

**Presented to the
University of Toronto
by J. H. Cornyn**

Date *Nov. 26, 1937.*



EL JARDIN DE LOS SUPPLICIOS

PRINTED IN SPAIN

Del mismo autor

se venta en esta casa editorial

Memorias de una doncella.

LF
M 673j
85

OCTAVIO MIRBEAU

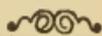
El Jardín de los Suplicios



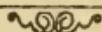
TRADUCCIÓN

de

R. Sempau y C. Sos Gautreau



CUARTA EDICIÓN



344059
8. 12. 37.

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 160

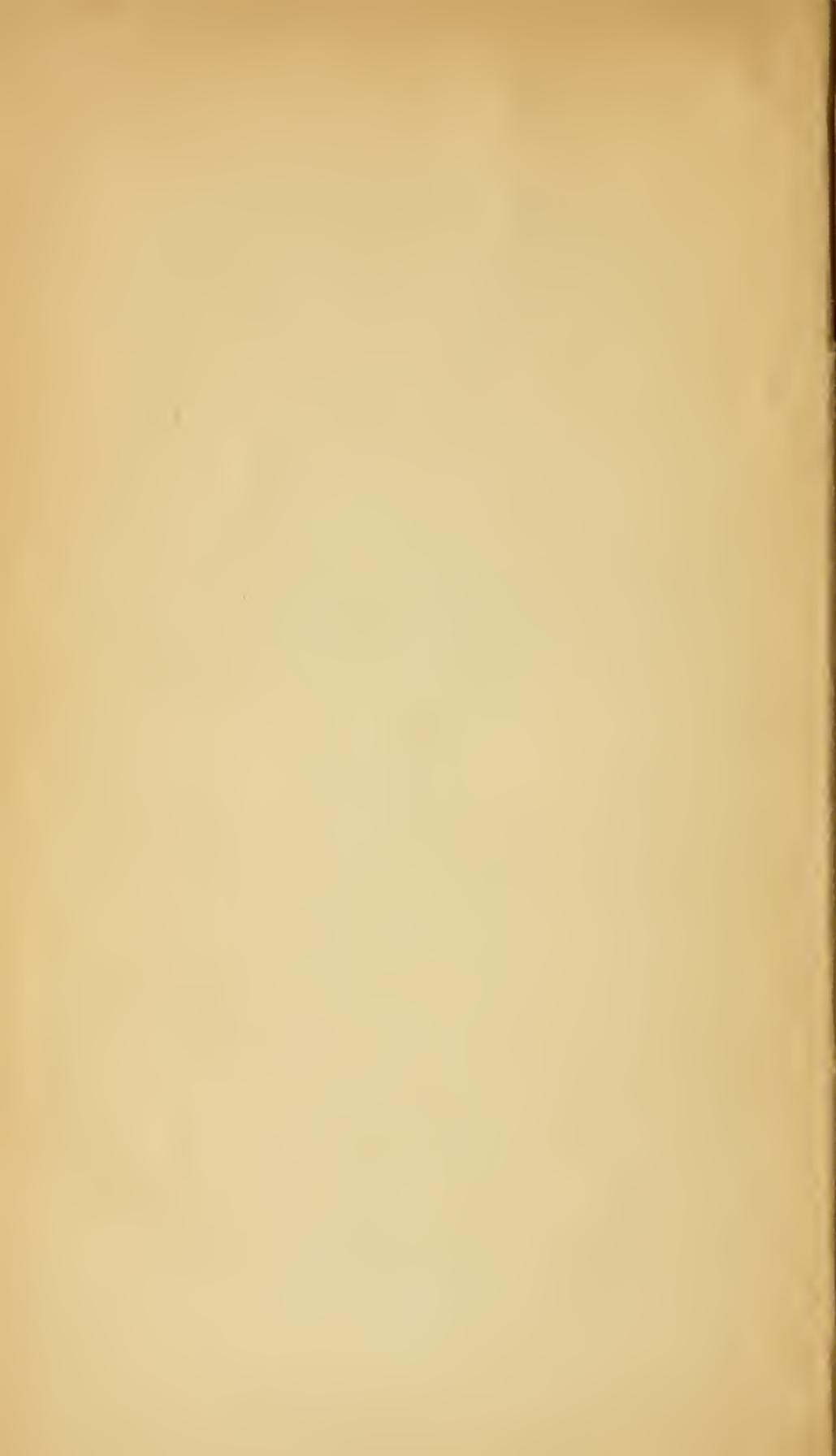
PQ

2364

M-7J318

*Es propiedad de la Casa Editorial
Maucci de Barcelona.*

*A los Sacerdotes, los Soldados, los Jueces
y los Hombres
encargados de instruir y gobernar á los hombres
dedico estas páginas de Muerte y Sangre.
O. M.*



EL JARDIN DE LOS SUPPLICIOS

Proemio

Una tarde se reunieron varios amigos en casa de uno de nuestros más célebres escritores. Habiendo comido opíparamente, empezaron á tratar del homicidio, á propósito de no sé qué, á propósito de nada, con seguridad. No había allí más que varones: moralistas, poetas, filósofos, médicos, gentes, en fin, que podían discutirlo todo libremente, dando rauda vuelo á su fantasía, á sus manías, á sus paradojas, sin temor á la súbita aparición de esos azoramientos y esos terrores que la menor idea un poco audaz pone de manifiesto en el convulso rostro de un notario. Y digo notario como pudiera decir abogado ó portero; no ya con desdén, sino ciertamente para precisar el término medio de la mentalidad francesa.

Con gran aplomo, como si únicamente hubiese tratado de ponderar los méritos de su cigarro medio consumido, un miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas dijo:

—¡A fe mía!... creo que el homicidio es la mayor de las preocupaciones humanas, y que todos nuestros actos derivan de él.

Se esperaba una retahila de hechos, pero él, de pronto, se calló.

—¡Es evidente!...—aprobó un sabio darwinista...—Ha emitido usted una de esas verdades eternas, á estilo de las que descubría diariamente el renombrado Pero Grullo... Sí, la muerte es la base misma de nuestras instituciones sociales, y, por lo tanto, la más imperiosa necesidad de la vida civilizada... Si no se matase á nadie, ya no habría gobiernos de ninguna clase, dado que el crimen en general, y el homicidio particularmente, constituyen, no sólo un pretexto, sino también la razón de ser de los gobiernos... Entonces viviríamos en plena anarquía, cosa que ni aun se puede concebir... Por lo mismo, en vez de destruir el homicidio, debemos cultivarlo con acierto y perseverancia... Y no conozco un medio mejor de propagarlo que el que nos suministran las leyes.

Y como alguien protestase, el sabio preguntó:

—¡A ver! ¡Vamos á ver! ¿Estamos en familia y podemos hablar sin hipocresía?

—¡Sí, hable usted!—suplicó el dueño de la casa.—Aprovechemos en lo posible la única ocasión en que nos será permitido expresar nuestras ideas íntimas; porque yo en mis libros y vosotros en vuestras lecciones sólo podemos ofrecer al público mentiras.

El sabio se repantigó más que lo estaba en su sillón; apoyándose en el respaldo, estiró sus piernas, que, por haber permanecido harto tiempo cruzadas, se habían entumecido algún tanto, y con la cabeza echada hacia atrás, los brazos pendientes y el vientre dilatado en una feliz digestión, lanzó al techo bocanadas de humo.

—Como quiera—repuso,—el homicidio se desarrolla bastante por sí mismo... Hablando en puridad, no es el resultado de tal ó cual pasión, ni la forma patológica de la degeneración: se trata de un instinto vital que existe en nosotros... que existe en todos los seres organizados y les domina con la fuerza de un instinto genésico... Y esto es tan cierto como que, las más veces,

los dos instintos se combinan entre sí y se confunden uno con otro; de manera que los dos forman un solo instinto y ya no se sabe cuál de ellos nos impulsa á dar la vida y cuál á quitarla, en cuál está la muerte y en cuál el amor. He oído en confesión á un respetable asesino que mataba á las mujeres, no ya para robarles el dinero, sino para violarlas. Su objeto propendía á que el espasmo de placer del uno concordase exactamente con el espasmo de muerte de la otra... «En tal momento, decía, yo me imagino ser un Dios y crear el mundo»

—¡Ah!—exclamó el célebre escritor.—¡Usted recurre para sus ejemplos á los facultativos del crimen!

El sabio replicó suavemente:

—Es que todos tenemos algo de asesino... Todos nosotros hemos notado cerebralmente, en menor grado, eso sí, sensaciones análogas... Se contiene, se refrena y se atenúa, en su violencia física, el impulso innato del crimen por medio de exutorios legales: la industria, el comercio colonial, la guerra, la caza, el antisemitismo... porque resulta peligroso el obedecer sin moderación, y prescindiendo de las leyes, á ese impulso, y porque las satisfacciones morales que de él derivan no equivalen á las comunes consecuencias de un acto atrevido, la prisión, los coloquios con el juez, siempre fatigosos y desprovistos de interés científico... y por último la guillotina...

—Usted exagera—le interrumpió el primer interlocutor.—Sólo para los matadores sin arte y sin ingenio, brutos inconscientes y faltos de toda psicología, es peligroso el homicidio... Un hombre inteligente y acostumbrado á raciocinar podrá, si estuviere dotado de serenidad imperturbable, cometer todos los homicidios que le vengan en gana. Contará con la absoluta impunidad... La superioridad de sus combinaciones prevalecerá siempre sobre la rutina de las indagaciones de la policía y, fuerza es afirmarlo, sobre las míseras investigaciones criminalistas en que se complacen los

jueces de instrucción... En este respecto, como en todos los demás, los chicos pagan por los grandes... No cabe dudar, mi querido amigo, de que el número de crímenes ignorados...

—Y tolerados...

—Tolerados... ya iba á decirlo. ¿No admite usted que este número es mil veces mayor que el de los crímenes descubiertos y castigados, de que los periódicos pico-tean con tan extraña prolijidad y con tan repugnante falta de filosofía?... Si me concede usted esto, no podrá negarme que el gendarme dista mucho de ser un espantajo para los intelectuales del crimen...

—Tiene usted razón... Pero no se trata de eso... Confunde usted las especies... Decía yo que el homicidio es normal, y no excepcional, en la naturaleza y en todo sér viviente. Por lo mismo, resulta extraordinario eso de que, con pretexto de gobernar á los hombres, las sociedades se arroguen al derecho exclusivo de matarles, en perjuicio de los individuos, á quienes este derecho compete exclusivamente.

—¡Caball!...—profirió un amable y locuaz filósofo, cuyas conferencias semanales atraen á la Sorbona un público distinguido.—Nuestro amigo ha puesto el dedo en la llaga... Por mi parte, no creo que exista una sola criatura humana que, al menos virtualmente, no sea un asesino... A veces me entretengo en los salones, en las iglesias, en las estaciones del ferrocarril, en la acera de los cafés, en el teatro y en todos los lugares donde se agita y bulle la multitud, me entretengo en observar; desde el estricto punto de vista homicida, las fisonomías... Todos ostentan en la mirada, en la nuca, en la caja craneana, en los maxilares, en el cigoma de las mejillas, en alguna parte de su persona, los estigmas aparentes de la fatalidad fisiológica á la que se ha dado el nombre de homicidio... Y no es aberración de mi espíritu, no: creed que no puedo dar un paso sin codearme con el asesinato, sin verle llamear bajo los párpados, sin sentir su contacto misterioso en las ma-

nos que estrechan la mía... El domingo último estuve en una aldea con ocasión de una festividad... En la plaza mayor, adornada con follaje, con guirnaldas de flores y brillantes cucañas, estaban reunidas todas las diversiones propias de estos entretenimientos populares... A la vista y con el beneplácito de la autoridad paternal, aquella buena gente se entregaba á su honrado regocijo... Los caballos de madera, las montañas rusas y los columpios atraían á contadas personas. En vano los organillos gangueaban sus canciones más picarescas y sus más dulces ritornelos. Otros placeres seducían á la gozosa multitud. Unos tiraban con la carabina, la pistola ó la vieja y desusada ballesta y hacían blanco en monigotes de faz humana; otros derribaban á pelotazos los polichinelas alineados torpemente encima de barrotes de madera; otros daban maza-das en un resorte que patrióticamente movía á un marinero francés, el cual se erguía en una tabla y atravesaba con su bayoneta á un pobre hova ó á un dahomeyano ridículo... En todas partes, debajo de las tiendas ó en las botiquillas iluminadas, simulacros de muerte, parodias de matanza, representaciones de hecatombes... ¡Y aquellos buenos lugareños parecían muy dichosos!

Todos comprendimos que el filósofo se remontaba en alas de su imaginación. Nos acomodamos bien en nuestros asientos, para aguantar mejor el alud de sus teorías y sus anécdotas. El prosiguió:

—Noté también que estas diversiones pacíficas han adquirido, desde hace algunos años, un desarrollo considerable. El placer de matar se acrecienta y se vulgariza cada vez más á medida que se endulzan las costumbres,—porque, no lo dudéis, las costumbres se endulzan cada día más... Antes, cuando éramos aún salvajes, el tiro dominical resultaba pobre y monótono y daba grima contemplarle. No se rompían más que pipas y cáscaras de huevo que bailaban en los chorros de agua. En los establecimientos de mayor lujo había

ciertamente pájaros, pero eran pájaros de yeso. Decidme: ¿ofrecían éstos un aliciente positivo? Hoy, por la eficacia del progreso, todo hombre honrado puede procurarse, gastando únicamente dos sueldos, la emoción delicada y civilizadora del asesinato... Se os darán por añadidura platos coloreados y conejos. A las pipas, á las cáscaras de huevo, á los pájaros de yeso que se rompían tontamente, sin sugerirnos nada de sangriento, la imaginación ferial ha substituído figuras de hombres, de mujeres, de niños cuidadosamente articulados y vestidos de un modo conveniente. Y luego se ha logrado que estas figuras gesticulen y anden. Por medio de un mecanismo ingenioso se pasean felizmente ó huyen asustadas. Se las ve, ya solas, ya en grupos, en decorados paisajes, trepando por las paredes, subiendo á los torreones, salir rodando por las ventanas, y surgir por escotillón. Se mueven como seres reales; agitan los brazos, las piernas, la cabeza. Las hay que parecen llorar... otras tienen el aspecto de pordioseros... otras de enfermos... algunas visten de oro como las princesas de una leyenda. Ciertamente se puede imaginar que poseen un entendimiento, una voluntad, un alma... ¡y que viven!... A veces toman actitudes patéticas, suplicantes... se cree oírles decir: «¡Por piedad, no me matéis!» Por lo tanto se nota la sensación exquisita del que va á matar cosas que se mueven, que avanzan, que padecen, que imploran... Al apuntarles con la carabina ó la pistola, sentís en la boca un gusto de sangre caliente... ¡Qué placer cuando la bala destroza esos semblantes humanos!... ¡Qué patalear cuando la saeta perfora los pechos de cartón y derriba al suelo los cuerpecitos inanimados, que quedan rígidos como cadáveres!... Todos se excitan, se animan mutuamente al combate, se ceban en el vencido. No se oyen más que gritos de destrucción y muerte: «¡Hazle añicos!... ¡apunta al ojo!... ¡apunta al corazón!... ¡Ya está!» Del mismo modo que permanece indiferente ante los tarjetones y las pipas, así también esta buena gente

se exalta cuando el blanco está representado por una figura humana. Los tiradores torpes se encolerizan, no ya contra sí mismos, sino contra el muñeco que no han tocado. Le tratan de cobarde, le llenan de innobles dicerios, al verle desaparecer intacto por la puerta del torreón. Y le retan: «¡Ven acá, miserable!» En seguida vuelven á tirar contra él hasta que le matan... Fijáos en estos hombres de bien... En tal momento son asesinos, seres impulsados por el solo deseo de matar. El bruto homicida que há poco dormitaba en ellos se ha despertado con la ilusión de que iba á destruir algo que vivía. Porque el hombrecillo de cartón, de salvado ó madera, que se pasea de un lado á otro en la escena, ya no es para ellos un juguete, un pedazo de materia inerte... Viéndole pasar y repasar, inconscientemente le vivifican, le prestan sensibilidad nerviosa, el calor del pensamiento, cosas todas que con amargo placer aniquilamos, que con tan deliciosa ferocidad vemos desangrarse por las heridas que les hemos causado... Llegan al extremo de conceder al estafermo opiniones políticas ó religiosas contrarias á las que ellos profesan, y le acusan de ser judío, inglés ó alemán, á fin de añadir un odio particular á ese odio general de la vida, y aumentar así con una venganza personal, lentamente saboreada, el instintivo placer de matar.

Al llegar á este punto el dueño de la casa, queriendo mostrarse cortés con sus huéspedes y llevado del fin caritativo de permitir al filósofo y á los oyentes respirar un poco, objetó dulcemente:

—Usted no nos habla más que de brutos, de los campesinos, los cuales concedo á usted que están siempre dispuestos á matar... Pero no cabe aplicar idénticas observaciones á las «inteligencias cultivadas», á las «naturalezas urbanas», á los hombres de mundo, por ejemplo, que cuentan las horas de su existencia por las victorias alcanzadas sobre el instinto original y la salvaje persistencia del atavismo.

A lo que nuestro filósofo replicó vivamente:

—Usted dispense... ¿Cuáles son los hábitos, los placeres predilectos de aquellos á quienes usted, mi querido amigo, denomina «inteligencias cultivadas y naturalezas urbanas»? La esgrima, el duelo, los deportes violentos, el abominable tiro de pichón, las corridas de toros, los variados ejercicios patrióticos, la caza, son cosas que realmente constituyen retrocesos hacia la época de las antiguas barbaries en la que el hombre —si cabe decirlo así,—por su cultura moral, asemejábase á las enormes fieras que perseguía sin descanso. Sin embargo, no debemos quejarnos de que la caza haya sobrevivido al artificio mal transformado de las costumbres de nuestros antepasados. Se trata de un enérgico derivativo por el que los «ingenios cultivados» y las «naturalezas urbanas» expelen, sin perjuicio notorio para nosotros, todo lo que en ellos subsiste de fuerza destructora y de pasiones sangrientas. Sin esto, en vez de correr un ciervo, de acosar un jabalí, de exterminar á inocentes volátiles en los sembrados, tened por cierto que las jaurías de los «ingenios cultivados» nos morderían los talones, y que las «naturalezas cortesananas» nos acribillarían alegremente á balazos, cosa que no dejan de ejecutar cuando están en el poder, en una ú otra forma, con mayor decisión y—lo diremos francamente—con menos hipocresía que los brutos. ¡Ah, no deseemos nunca la desaparición de los venados de nuestros bosques!... Ellos son nuestra salvaguardia y, en cierto modo nuestro rescate. El día en que desaparecieran súbitamente, pronto deberíamos reemplazarles para mayor placer de los «ingenios cultivados». El asunto Dreyfus nos da un ejemplo admirable de ello, y creed que jamás se ha mostrado la pasión del asesinato y la alegría de la caza del hombre de un modo tan cínico y repugnante. Entre los incidentes extraordinarios y los sucesos monstruosos que cotidianamente, y desde hace más de un año, presenciarnos, el más característico y el que más honra á los «ingenios cultivados» y á las «naturalezas urbanas» es la persecución

en las calles de Nantes de M. Grimaux, ese sabio ilustre á quien debemos importantísimos trabajos químicos, y á quien se ultrajó y se amenazó con la muerte. Hay que recordar que el alcalde de Clisson, «ingenio cultivado», negó, por medio de una carta que se ha publicado, á M. Grimaux el permiso de entrar en la ciudad, doliéndose de que las leyes modernas no le permitiesen ahorcarle bonitamente, según se hacía con los sabios en la hermosa época de las antiguas monarquías. Dulce exabrupto que mereció la aprobación de cuanto en Francia representa á esos hombres de mundo tan corteses y que, á juicio de nuestro huésped, ganan cada día esplendentes victorias sobre el instinto original y la salvaje persistencia del atavismo. Observad, por otra parte, que entre estos ingenios cultivados y naturalezas urbanas se reclutan casi exclusivamente los militares, es decir, los hombres que, sin ser más ó menos malos ó más ó menos necios que los otros, escogen libremente una profesión realmente honrosa, cuyo esfuerzo intelectual consiste en realizar en la persona humana las más diversas violencias, en desarrollar y multiplicar los más completos, amplios y seguros medios de saqueo, de destrucción y de muerte. ¿Por ventura no existen buques de guerra á los que se ha dado los nombres grandemente leales y verídicos de «Devastación», «Furor», «Terror»?... Pues ¿y yo?... ¡Ah, tened por seguro que yo no soy un monstruo! Yo me juzgo un hombre normal, con ternuras y sentimientos elevados, una instrucción superior, con refinamientos de civilización y sociabilidad... Pues bien: ¡cuántas veces no he oído rugir en mi pecho la voz imperiosa del asesinato! ¡Cuántas veces no ha subido del fondo de mi sér á mi cerebro, en una oleada de sangre, el deseo, el áspero, violento y casi invencible deseo de matar! No creáis que este deseo se haya manifestado en una crisis pasional, ni que haya acompañado á un coraje súbito é irreflexivo ó se haya combinado con el vil interés del dinero. No, en manera alguna. Este

deseo nace repentino, potente, en mí no justificado, por nada y á propósito de nada, en la calle, á la vista de la espalda de un paseante desconocido. Sí, en la calle hay espaldas que atraen el cuchillo. ¿Por qué?

Tras esta confesión inesperada, el filósofo se calló y nos miró un instante con timidez. Luego repuso:

—No, el moralista puede hacer los comentarios que guste... Esa necesidad de matar nace en el hombre con la necesidad de comer y ambos impulsos se confunden... Esta necesidad instintiva, motor de todos los organismos vivientes, se desarrolla por la educación en vez de anularse, y las religiones la santifican en vez de maldecirla; todos los elementos se combinan para convertirla en eje de nuestra admirable sociedad. Desde que despierta el hombre á la voz de su conciencia, la idea de la muerte germina en su cerebro. El homicidio exaltado á la categoría de deber, popularizado hasta el heroísmo, le acompañará en todas las fases de su existencia. Se le hará adorar en dioses extravagantes, en dioses locos de atar que se complacen únicamente en los cataclismos, y que, monomaniacos de ferocidad, se atiborran de vidas humanas y siegan en los pueblos como en los campos de trigo. Se le hará que respete solamente á los héroes, bestias repulsivas cargadas de crímenes y enrojecidas de sangre humana. Las virtudes por las que se elevará á un grado preeminente, y que han de valerle gloria, fortuna, amor, sólo se apoyarán en el homicidio... Encontrará en la guerra la suprema síntesis de la eterna y universal locura de matar, del asesinato regularizado, reglamentado, obligatorio, verdadera función nacional. Donde quiera que fuere, haga lo que haga, verá siempre esta palabra: *asesinato*, perennemente escrita en la portada del inmenso matadero llamado humanidad. Así, ese hombre á quien se inculcó desde su niñez el desprecio de la vida humana, ese hombre consagrado al asesinato legal, ¿cómo va á retroceder ante la muerte si en ella encuentra un interés ó una distracción?... ¿En nombre de qué derecho con-

dena la sociedad á los asesinos que, en realidad, no han hecho más que conformarse á las leyes homicidas por ella dictadas, é imitar los sangrientos ejemplos que ella misma les da?... «¡Cómo!—podrán exclamar los asesinos—¿nos obligáis un día á romper el bautismo á una infinidad de individuos á quien no conocemos y á los que, de consiguiente, no podemos odiar, y cuanto mayor es el número de homicidios que ejecutamos, tanto más se nos honra y recompensa?... Otras veces, confiando en vuestra lógica, suprimimos á otros seres porque nos molestan y porque los detestamos, porque deseamos su dinero, su mujer, su empleo, ó simplemente; porque nos place suprimirlos: razones todas precisas; plausibles y humanas... ¿Y nos salís con el gendarme; el juez y el verdugo?... ¡Ved ahí una irritante injusticia que carece de sentido común!...» En buena lógica, y aun en lógica menos que buena, ¿qué podría responder á esto la sociedad?...

Un joven, que hasta entonces no había despegado los labios, dijo á su vez:

—¿Se trata, acaso, de esta singular manía del homicidio, que es ingénita en nosotros ó debida á causas accidentales?... No lo sé ni quiero saberlo. Prefiero creer que nos rodean las tinieblas del misterio. De este modo satisfago la pereza de mi espíritu al que repugna la solución de los problemas sociales y humanos, solución imposible, por otra parte, y esto me mortifica en mis ideas, en las razones exclusivamente poéticas por las cuales trato de explicar, ó mejor dicho, de no explicar todo aquello que no comprendo... Usted, querido maestro, nos ha hecho una confesión bastante terrible y descrito impresiones que si adoptasen una forma activa podrían llevarnos muy lejos; impresiones que con frecuencia he notado en mí y recientemente en un caso trivial... Pero, antes de referir este caso, permitidme añadir que los estados de espíritu anormales los debo quizás al medio en que he sido educado y á

las influencias cotidianas que se ejercen en mí, sin que yo me dé cuenta de ello... Ya conocéis á mi padre, el doctor Trépano, y sabéis que no hay hombre más sociable ni más seductor que él. Además, no existe entre los de su profesión un asesino más consciente... Infinitas veces he asistido á esas operaciones maravillosas que le han dado celebridad en el mundo entero... Su desprecio de la vida tiene algo de verdaderamente peligroso. En cierta ocasión, después de practicar ante mí una laparotomía muy difícil, examinó á su enferma que dormía aún el sueño del cloroformo, y luego dijo: «Esta mujer debe de padecer una afección del piloro... ¿Y si le abriéramos también el estómago?... Aún es tiempo.» Y lo ejecutó como lo decía. El piloro estaba indemne. Entonces mi padre empezó á coser la inútil herida, diciendo: «Así, por lo menos, sabe uno á qué atenerse.» Y, en efecto, tan enterado quedó, que la enferma murió aquella noche... Otro día, en Italia, adonde le habían llamado para una operación, visitábamos un museo... Yo me extasié allí... «¡Ah, poeta, poeta! exclamó mi padre, que no se interesaba ni poco ni mucho por las obras maestras ante las que yo me derretía de entusiasmo... ¡El arte!... ¡lo bello!... ¿sabes en qué consiste?... Pues bien, amiguito, lo bello es un vientre de mujer abierto, ensangrentado, con unas pinzas dentro...» Pero no filósofo... sino que cuento... Vosotros deduciréis del relato que os he prometido todas las consecuencias antropológicas que en él se encierran; si es que contiene alguna...

Aquel joven se expresaba con tal seguridad y con tan sarcástico acento, que los oyentes nos conmovimos un poco.

—Volvía de Lyon—prosiguió el narrador,—y hallábame solo en un compartimiento de primera clase. Al llegar á no sé qué estación, entró un viajero. El disgusto de verse turbado en la soledad puede determinar un violento estado de ánimo y predisponernos á reprobables acciones. Sea como quiera, no sentí aquella

vez nada parecido... Me fastidiaba solo en mi vagón la llegada fortuita de aquel compañero me sirvió más bien, por de pronto, de alivio. El se acomodó frente á mí, después de haber colocado con minuciosas precauciones en la red sus trebejos... Era un caballero gordiflón, de aspecto vulgar, y cuya crasa y luciente fealdad se me hizo pronto antipática... Al cabo de algunos minutos, su presencia inspirábame repugnancia invencible... Se había repantigado en los cojines gravemente, con los muslos separados, y con el traqueteo del tren su vientre enorme temblaba y saltaba lo mismo que una jalea. Indudablemente sentía calor, porque se descubrió, se enjugó puercamente la frente, una frente deprimida, rugosa, llena de protuberancias, y en la que se extendían como una lepra los cabellos cortos, escasos y pegajosos. Su cara estaba formada de vejigas de grasa; su papada, floja corbata de carne blanda; descansaba en el pecho. Para no verle tomé el partido de mirar al paisaje, y traté de olvidar por completo la presencia de aquel importuno compañero. Transcurrió una hora... Y cuando la curiosidad, más fuerte que mi decisión, me obligó á mirarle, vi que se había dormido con sueño innoble y profundo. Dormía hecho un ovillo; con la cabeza pendiente doblada sobre un hombro; las gruesas manos hinchadas y abiertas descansaban en los muslos. Noté que sus ojos reventones sobresalían de los párpados plegados, en medio de los cuales y en un desgarró aparecía una miaja de pupilas azuladas semejante á una equimosis, á un colgajo de piel. ¿Qué súbita locura cruzó por mi mente? En verdad no lo sé... Si con frecuencia me he sentido predispuesto á matar, este deseo permanecía en estado de embrión y no había tomado aún la forma precisa de un ademán y de un acto... ¿He de creer que la ignominiosa fealdad de aquel hombre ha podido determinar por sí sola ese ademán y ese acto?... No, hay una causa más profunda que ignoro... Me levanté cautelosamente y me acerqué

al durmiente con las manos separadas, crispadas y temblorosas como dispuesto á estrangularle...

Aquí hizo una pausa, á fuer de narrador que sabe graduar los efectos de su relato. En seguida, notoriamente satisfecho de sí mismo, añadió:

—No obstante mi aspecto delicado, estoy dotado de una fuerza poco común, de una rara flexibilidad muscular, de un extraordinario poder de presión, y en aquel momento un calor extraño centuplicaba el dinamismo de mis facultades fisiológicas... Mis manos se iban espontáneamente al cuello de aquel hombre, ellas solas, os lo juro, ardientes y terribles... Noté en mí una ligereza, una elasticidad, un aflujo de ondas nerviosas, algo así como la fuerte embriaguez de un deseo sensual... Sí, esta es la comparación más adecuada que puedo hacer... En el punto en que mis manos iban á estrechar, opresiva argolla, aquel cuello graso, el viajero despertó... Y despertó con terror en la mirada y balbuceó: «¿Qué?... ¿qué?... ¿qué?» ¡Y nada más!... Comprendí que se esforzaba por hablar, mas no pudo. Sus ojos redondos lanzaron el último débil resplandor, que se extinguió en seguida, quedaron fijos en mí, inmóviles en su medrosa fijeza... Sin decir palabra, sin tratar siquiera de tranquilizarle con una excusa ó una explicación, volví á sentarme frente á él, é indolentemente; con una facilidad que me sorprende todavía; desdobló un periódico que no pude leer... A cada instante crecía el espanto en la mirada del viajero que lentamente se convulsó, y vi su cara mancharse de rojo, tornarse violácea, rígida después... ¡La mirada conservó su borrosa expresión, y al llegar á París, al detenerse el tren, aquel hombre no bajó!...

El narrador encendió un cigarrillo en la llama de una bujía y, despidiendo una bocanada de humo, dijo con su voz flemática:

—¡Ya lo creo!... ¡Estaba muerto!... Yo le había matado produciéndole una congestión cerebral...

Esto relato nos causó bastante malestar... Nos mi-

ramos unos á otros con estupor... ¿Era sincero aquel extraño joven?... ¿No había tratado de embelecarnos?... Aguardábamos una explicación, un comentario, una piqueta... Mas él se calló... Imperturbable, serio, se ocupaba en fumar, y ahora parecía pensar en otra cosa... Desde aquel instante, la conversación siguió sin orden; sin entusiasmo, lánguida, girando acerca de mil asuntos inútiles...

Levantóse, por fin, un individuo de rostro ajado, con la espalda encorvada, los ojos melancólicos, cabellera y barba prematuramente grises, se levantó con esfuerzo y su voz temblona dijo:

—Hasta aquí todo lo habéis tratado, excepto las mujeres, y esto es verdaderamente inconcebible en un asunto que con ellas tiene estrecha relación.

—Pues bien—asintió el ilustre escritor;—hablemos de las mujeres (estaba en su elemento natural, porque en literatura se le tenía por uno de esos curiosos imbéciles llamados *adalides del feminismo*). Conviene que disipemos con un poco de alegría todas esas pesadillas de sangre... Amigos míos, hablemos de la mujer, ya que en ella y por ella olvidamos nuestros salvajes instintos... ya que por ella aprendemos á amar y nos exaltamos á la concepción suprema del ideal y de la piedad.

El hombre de rostro marchito se rió con ironía que chirriaba como una vieja puerta de enmohecidos goznes.

—¡La mujer maestra de piedad!...—exclamó.—Sí; ya conozco la cantinela... Se la emplea á menudo en cierta literatura y en los cursos de filosofía casera... Pero toda la historia de la mujer, y con su historia su cometido en la naturaleza y en la vida, desmienten esa proposición puramente romancesca... ¿Por qué, si no; corren las mujeres á los espectáculos sangrientos con igual frenesí que al amor?... ¿Por qué se las ve en la calle, en el teatro, en el tribunal, en la guillotina, tender el cuello, abrir sus ávidos ojos á las escenas de

tormento y sentir hasta el deliquio la horrible alegría de la muerte... ¿Por qué al sólo nombre de un gran homicida se estremecen las fibras más íntimas de su cuerpo con una especie de horror delicioso? ¡Todas ó casi todas han soñado con Pranzini!... ¿Por qué?...

—¡Bah!—exclamó el famoso escritor.—Las prostitutas...

—Y con ellas las grandes señoras y las de mediana posición—replicó el hombre de semblante marchito.—Lo mismo da... En las mujeres no hay categoría moral, sino solamente categorías sociales. Todas al fin mujeres... En el pueblo, en la burguesía grande y pequeña, y aun en las esferas más altas de la sociedad, las mujeres se lanzan sobre esas exposiciones vergonzosas, sobre esos abyectos museos del crimen denominados folletines del *Petit Journal*... ¿Por qué?... Pues porque los grandes asesinos han sido siempre terribles enamorados... Su poder genésico corresponde siempre á su poder criminal... ¡Aman de la misma manera que matan!... El asesinato nace del amor y el amor alcanza su máximo de intensidad por el asesinato... La propia exaltación fisiológica... los mismos gestos de agonía... los mismos mordiscos... frecuentemente las mismas palabras en contracciones idénticas.

Hablaba con esfuerzo, con aire doliente... Y á medida que hablaba, sus ojos se volvían más tristes y las arrugas de su rostro se marcaban cada vez más.

—¡La mujer maestra de ideal y de pureza!—exclamó.—Casi siempre se deben á ella los crímenes más atroces... Ella es quien los concibe, los combina, los prepara, los dirige... Si no los ejecuta con su mano, harto débil á menudo, en cambio les imprime su carácter de ferocidad- de implacabilidad, los perfecciona con su presencia moral, su pensamiento, su sexo... «¿Dónde está la mujer?» dice el entendido criminalista...

—¡Clumnia!—protestó el ilustre escritor, que no pudo disimular su indignación.—Lo que usted propone como regla general, no es más que una excepción rara.

¡Degeneración; neurosis, neurastenia!... ¡Voto á fall!... La mujer no es más refractaria que el hombre á las enfermedades psíquicas... si bien que en ella esas enfermedades adoptan una forma hechicera y conmovedora que nos hace comprender mejor la delicadeza de su exquisita sensibilidad. Sí, caballero, está usted en un error lamentable, me atreveré á decir criminal... Lo que debemos admirar en la mujer es por el contrario su profundo sentido y el grande amor que profesa á la vida, un amor que, como he dicho antes, encuentra su definitiva expresión en la piedad...

—¡Literatura, caballero, literatura!... Y la peor de todas.

—¡Pesimismo, caballero!... ¡blasfemia!... ¡necedad!...

—Creo que se engañan ustedes—les objetó un médico.—Las mujeres son mucho más refinadas y complejas de lo que ustedes sospechan... A fuer de incomparables artistas y supremas vestales del dolor, prefieren el espectáculo del padecimiento al de la muerte y las lágrimas á la sangre. Hay una antibología admirable que á todos complace, y de la que cada cual puede inferir conclusiones diferentes, y esta duplicidad consiste en exaltar la conmiseración femenina ó maldecir su crueldad, por razones igualmente irrefutables, y según nuestra predisposición momentánea á la gratitud ó al odio... Y en suma, ¿de qué sirven todas estas discusiones estériles?... Si en la eterna batalla de los sexos resultamos siempre vencidos, carecemos de todo poder... si todos nosotros, misóginos ó feministas, no hemos encontrado todavía, para mayor goce y para propagar la especie, un instrumento más perfecto de placer y un medio de reproducción distinto al que nos ofrece la mujer...

Pero el hombre de rostro macilento le opuso un adonán de enérgica negación.

—Oídme—dijo.—Los azares de mi vida—¡y qué vida tan dolorosa!—me han puesto en contacto, no ya con una mujer, sino con la mujer. La he visto libre de

todos los artificios, de todas las hipocresías con que la civilización, túnica de mentira, cubre su alma verdadera. La he visto entregada al capricho, ó si gustáis, á la sola dominación de sus instintos, en un medio donde, en verdad, nada podía refrenarlos, sino por el contrario espolearlos y exaltarlos... Nada la ocultaba á mis ojos, ni las leyes ni la moral, ni los prejuicios religiosos, ni las convenciones sociales... ¡Estaba allí en toda la realidad, en su desnudez original, entre los jardines y los suplicios, la sangre y las flores!... Cuando se me apareció, hallábame caído en el fondo de la abyección humana—yo al menos así lo creía.—Entonces, ante sus ojos de amor, ante su piadosa boca he proclamado mi esperanza, y he creído... ¡oh, sí! he creído redimirme por ella. Pues bien: me ha ocurrido algo que no se puede calificar... La mujer me ha hecho conocer crímenes que yo ignoraba, tinieblas á las que yo no había descendido todavía... Ved mis ojos muertos, mi boca que ya no sabe hablar, mis manos que tiemblan... nada más que por haberla contemplado... Pero no puedo maldecirla, como no puedo maldecir el fuego que devora ciudades y bosques, el agua en cuyo seno se hunden las naves, y el tigre que se lleva en sus fauces la presa sangrienta al fondo de los junglares... La mujer tiene en sí una fuerza cósmica de elementos, una insensible fuerza de destrucción, al igual que la naturaleza. ¡Ella es por sí misma toda la naturaleza! Constituyendo la matriz de la vida, cabe considerarla también como matriz de la muerte... ya que la vida renace perpetuamente de la muerte, y suprimir ésta equivaldría á matar aquélla en su fuente única de fecundidad...

—Y esto ¿qué prueba?—preguntó el médico encogiéndose de hombros.

El respondió sencillamente:

—Esto no prueba nada. ¿Qué necesidad hay de probar las cosas, bien expresen alegría, bien tristeza?... Nos basta con sentir las.

Después, tímidamente, y—¡oh poder del amor propio humano!—con visible satisfacción de sí mismo, el hombre de rostro ajado sacó de su bolsillo un rollo de papeles que desdobló cuidadosamente.

—Aquí está escrito—dijo—el relato de esta parte de mi vida. Largo tiempo he vacilado en publicarlo y vacilo todavía. Os lo quiero leer á vosotros, que sois hombres y que no teméis penetrar el más negro de los misterios humanos... ¡Espero que podréis soportar el horror de esta abominable lectura!... Lleva por título *El Jardín de los Suplicios*.

Nuestro huésped mandó traer más cigarros y bebidas.



PRIMERA PARTE

EN COMISION

Antes de contaros uno de los episodios más horribles de mi viaje al extremo Oriente, será preciso que explique en pocas palabras la razón que me obligó á emprender ese viaje. Se trata de la historia contemporánea.

A los que se extrañen de mi anónimo en lo que se refiere á este verídico y doloroso relato, cúpleme decir: «¡No importa mi nombre!... Es el nombre de alguien que ha causado mucho daño á sus semejantes y se lo ha causado á sí mismo, más que á sus semejantes á sí mismo, y que tras muchas desventuras á que le llevó su afán de analizar el deseo humano, trata de renovar su alma en la soledad y en la obscuridad. Paz á las cenizas de su pecado.»

I

Hace doce años, no sabiendo qué hacer y condenado por una serie de fracasos á la dura necesidad de ahorcarme ó de arrojarme al Sena, me presentó en las

elecciones legislativas—recurso desesperado—en un departamento donde, en verdad, nadie me conocía, y en el que nunca había puesto los pies.

Cierto que mi candidatura la apoyaba oficiosamente el ministerio, que de ese modo encontraba un medio ingenioso y delicado para librarse, de una vez para todas, de mis diarias y molestas peticiones.

En aquella ocasión tuve con el ministro, que era amigo mío y antiguo condiscípulo, una entrevista á la vez solemne y familiar.

—¡Ya ves cuán condescendientes somos contigo!...—me dijo aquel excelente y dadivoso amigo.—Apenas te hemos librado de las garras de la justicia,—y á fe que nos ha costado trabajo,—hacemos de ti un diputado.

—No lo soy todavía—respondí en tono áspero.

—¡Claro!... Pero cuentas con todas las probabilidades de éxito... Inteligente, apuesto, liberal, buen muchacho cuando te place serlo, posees el soberano don de gustar... Un tenorio, mi querido amigo, es siempre un hombre popular... Respondo de ti... Comprendes la situación... que nada tiene de difícil...

Y en seguida, con gesto paternal:

—¡Nada de política!—añadió.—¡No te comprometas... no te aturrulles!... En el distrito que se ha buscado para ti hay una cuestión que predomina sobre las demás, la remolacha... El resto no tiene importancia é incumbe al prefecto... Eres un candidato puramente agrícola... ó, por mejor decir, exclusivamente remolachero... No lo olvides... Suceda lo que sucediere, mantendrás en el curso de la lucha este programa excelente... ¿Sabes algo de la remolacha?

—¡Qué diantre! no,—respondí.—Sólo sé, como todo el mundo, que se extrae de ella azúcar... y alcohol.

—¡Bravo! con eso basta—aprobó el ministro con tranquilizadora y cordial autoridad.—Haz hincapié en este dato... Promete ganancias fabulosas... abonos químicos extraordinarios y gratuitos, ferrocarriles, canales y carreteras para la exportación de esa interesante

.. patriótica hortaliza... Anuncia rebajas en impuestos, primas á los cultivadores, derechos feroces sobre las materias similares, todo lo que tú quieras... En este orden de ideas te doy carta blanca y te ayudaré... Pero no te enzarces en polémicas personales ó generales que podrían perjudicarte y comprometer, á la vez que tu elección, el prestigio de la República... Porque, chico, dicho sea entre nosotros,—y cuenta que no hago más que una mera observación,—tu pasado no es muy decente...

Yo no tenía ganas de reír... Humillado por aquella reflexión que me pareció inútil é impolítica, repliqué vivamente mirando á mi condiscípulo á los ojos, de manera que él pudo leer en los míos una fría y resuelta amenaza.

—Ya podrías decir con mayor lógica: «Nuestro pasado.» Me parece que el tuyo, apreciable camarada, no tiene nada que envidiar al mío...

—¡Oh! yo...—profirió el ministro con expresión de soberbio despego y serena indolencia,—ya no es lo mismo... ¡Hijo, yo... hállome escudado por la Francia!

Y volviendo á mi elección continuó:

—En conclusión... ¡la remolacha, la remolacha, siempre la remolacha!... Tal debe ser tu programa... procura no salir de ahí.

Dicho esto, me proveyó discretamente de fondos y me deseó buena suerte.

Seguí fielmente el programa trazado por mi encofetado amigo, y me equivoqué... No salí elegido. La aniquiladora mayoría obtenida por mi adversario cabe atribuirla, aparte de ciertos desleales manejos, al hecho de que aquel demonio era aún más ignorante y más canalla que yo.

Observaremos de paso que una vileza ostensible sirve en nuestra época de mayor provecho que todas las

cualidades, y que cuanto más infame es un hombre, más fácilmente se le reconoce fuerza intelectual y valer moral.

Mi adversario, que hoy es una de las celebridades menos discutibles de la política, se había pasado la vida robando. Y su superioridad procedía de que, en vez de ocultarlo, se vanagloriaba de ello con el cinismo más repugnante.

—He robado... he robado...—clamaba en las calles de las aldeas, en las plazas de las ciudades, en las carreteras y en los campos...

—He robado... he robado...—publicaba en sus profesiones de fe, en sus carteles y circulares reservadas.

Y en las tabernas, sus agentes subidos en los toneles, y emporcados de vino y ahitos de alcohol, repetían; trompeteaban la mágica palabra:

—Ha robado... ha robado...

Maravilladas las poblaciones laboriosas de las ciudades, no menos que las diligentes poblaciones del campo, aclamaban á ese sujeto audaz con un frenesí que diariamente crecía, en razón directa del frenesí de sus confesiones.

¿Cómo luchar contra un rival que exhibía semejante hoja de servicios, si yo no tenía sobre mi conciencia; púdicamente ocultos, más que pecadillos de juventud, á saber: hurtos, engaños á mujeres, fullerías, *chantages*, anónimos, delaciones y falsedades?... ¡Oh, candor de la ignorancia juvenil!

Poco faltó para que una noche, en cierta reunión pública, me cascasen los electores, irritados de que ante las declaraciones escandalosas de mi adversario yo me hubiese atrevido á reivindicar, con la supremacía de la remolacha, el derecho á la virtud, á la moral, á la probidad, proclamando la necesidad de limpiar la República de las inmundicias individuales que la deshonoraban. Lanzáronse todos contra mí; me cogieron por el cuello; mi personalidad rodó de mano en mano como una pelota... Por fortuna, mi arrebató de elocuencia me

costó solamente una contusión en la mejilla, tres costillas hundidas y seis dientes rotos...

Ved ahí el beneficio que obtuve con mi desdichada aventura, á la que en mal hora me lanzara la protección de un ministro que se titulaba mi amigo.

Yo estaba fuera de tino.

Y esta indignación mía era tanto más legítima, cuanto que, de repente, en lo más encarnizado del combate, el gobierno me abandonaba, me dejaba sin apoyo, con sólo mi remolacha á guisa de amuleto, y se entendía y concertaba con mi adversario.

El prefecto, en un principio muy humilde, se había vuelto harto insolente: me negaba hasta los informes indispensables para la elección; por último me dió portazo ó poco menos. El propio ministro no contestaba ya á mis cartas, no me concedía nada de lo que yo le tenía pedido, y los periódicos adictos me molestaban con ataques insidiosos y me dirigían tristes alusiones envueltas en rítmica y florida prosa. No se llegaba al extremo de combatirme oficialmente, pero resultaba para todos evidente que el ministerio me abandonaba á mi suerte... ¡Ah, no creo que hombre alguno haya tragado tanta bilis como yo!

De vuelta á París, y firmemente resuelto á promover un escándalo aun á riesgo de perderlo todo, exigí explicaciones al ministro, al que mi actitud hizo tornarse conciliador y dúctil...

—Querido mío—me dijo,—duéleme en el alma lo que te ha ocurrido... ¡Palabra de honor!... Ello me aflige mucho más de lo que tú puedes figurarte. Pero ¡qué remedio!... no soy único en el ministerio... y...

—¡Yo sólo te conozco á tí!—interrumpí enérgicamente, haciendo saltar un rintero de expedientes que estaba en la mesa al alcance de mi mano...—Me río de los demás... Los demás me importan un bledo... Sólo me entiendo contigo... Me has traicionado; eso es inoble...

—¡Cáspita!... Pero aguarda un poco—suplicó el ministro.—No te dejes llevar de tu enojo sin saber...

—Sólo sé que te has quedado conmigo... Y eso me basta... ¡No, no! No dejaré así las cosas... Llegó mi vez.

Paseábame por el despacho, profiriendo amenazas y distribuyendo manotazos entre las sillas.

—¡Ah, ah, conque me has tomado el pelo!... Ahora sí que vamos á divertirnos un poco... El país sabrá al fin qué cosa es un ministro... Con peligro de envenenar al país, le mostraré desnuda un alma ministerial... ¡Imbécil! ¿No has comprendido que me pertenecéis, por entero, tú, tu fortuna, tus secretos y tu cartera?... ¡Ah! ¿Te molesta mi pasado?... ¿Mi pasado ofende tu pudor y el de Marianne?... (1). ¡Aguarda, aguarda!... Mañana, sí, mañana se sabrá todo...

Ahogábame la ira. El ministro trató de calmarme; me cogió por el brazo y suavemente me hizo sentar en el sillón de que yo acababa de levantarme airado.

—¡Calla, ten la lengua!—me dijo con suplicante voz.—Oyeme, te lo ruego... ¡A ver si te sientas!... ¡Diablo de hombre que no quiere escucharme! He aquí lo que ha sucedido...

Y rápidamente, en frases breves, cortadas, inseguras, me espetó lo siguiente:

—No conocíamos á tu rival... Se ha revelado en esta elección como un hombre muy hábil... ¡cómo un verdadero hombre de Estado!... Ya sabes cuánto escasea la madera de que se hacen los ministros... Por más que siempre resultan los mismos, de vez en cuando conviene mostrar á la Cámara y al país una nueva figura... Ahora bien, no las hay... ¿Conoces tú alguna?... Hemos calculado que tu contrario podía ser una de ellas... Le adornan todas las cualidades que convienen al ministro providencial, al ministro de crisis... Se le podía, en suma, comprar y vender inmediatamente... ¿Me entien-

des?... Confieso que esto te perjudica... pero los intereses del país ante todo...

—Déjate de cuentos... Aquí no estamos en la Cámara... No se trata de los intereses del país, que te importan una higa lo mismo que á mí... Se trata de este cura... Ahora bien: me veo por tu causa en el arroyo. Anoche el banquero de mi garito me negó brutalmente unos francos... Mis acreedores, que fiaban en un éxito, exasperados en vista del fracaso, me persiguen como á una liebre... Van á venderme en la almoneda... Ni aun tengo para comer hoy... ¿Y crees tontamente que voy á resignarme? ¿Te has vuelto idiota, tan idiota como un miembro de tu mayoría?

El se sonrió. Dándome unos golpecitos en las rodillas, bondadoso, me dijo:

—Hállome bien dispuesto... pero no me dejas hablar... hállome dispuesto á concederte una indemnización...

—¡Una re-pa-ración!

—Una reparación, sí.

—¿Completa?

—Completa... Vuelve dentro de algunos días... Sin duda te la podré ofrecer entonces. Mientras tanto ahí van cien luisas... todo lo que me queda de los fondos secretos...

Y con gentil cordialidad añadió en seguida:

—Con media docena de mozos de tu fuste, ¡adiós; presupuestos!

Tan notable largueza; que yo no esperaba, dió por resultado el que se calmasen instantáneamente mis nervios. Embolsé—aunque refunfuñando, por no mostrarme ni desarmado ni satisfecho—los dos billetes, que mi amigo me ofrecía sonriendo... y me retiré con majestuosidad.

Pasé los tres días siguientes entregado á la más vergonzosa licencia.

II

Permitidme otra excursión hacia el pasado. Tal vez no os será indiferente el saber quién soy y de dónde vengo... Así se explicará mejor la ironía de mi sino.



Nací en provincias, de una familia medianamente acomodada, de estos modestos burgueses, económicos y virtuosos, que constituyen, según se afirma en discursos oficiales, la verdadera Francia... lo cual, si he de hablar con franqueza, me tiene sin cuidado.

Mi padre era comerciante en granos. Hombre rudo, mal educado, conocía admirablemente los negocios. Se le reputaba por muy hábil, y su grande habilidad consistía en dar gato por liebre á sus compradores. Se gobernaba por los principios siguientes: engañar en el peso y la calidad de la mercancía; hacer pagar dos francos por lo que sólo costaba dos sueldos, y, cuando el caso lo permitía, sin demasiado escándalo, cobrar dos veces. Así, por ejemplo, nunca vendía su avena sin humedecerla previamente con agua. Las semillas, hinchadas, pesaban doble al litro y al kilo, especialmente cuando se les añadía menuda arena, operación que mi padre realizaba con gran tino. También sabía distribuir juiciosamente, en los sacos, las semillas de

arañuela y otras venenosas separadas por la cribadura, y nadie mejor que él ocultaba el fermento de las harinas con la harina fresca. No hay que desperdiciar nada en el comercio, donde el peso es todo. Mi madre, más apasionada aún por la ilícita ganancia, le ayudaba con su ingeniosidad depredadora, y desconfiada, implacable, llevaba los libros como se monta la guardia frente al enemigo.

Rígido republicano, fogoso patriota—proveedor del regimiento—moralista intolerante, en suma, hombre honrado en el sentido popular de la palabra, mi padre se mostraba inexorable sin excusas para la improbidad ajena, principalmente cuando ésta le irrogaba perjuicios. Entonces no cesaba de vocear la necesidad del honor y de la virtud, que, en una democracia bien entendida, debían, á su juicio, convertirse en obligatorios, como la enseñanza, el impuesto, las quintas. Un día advirtió que un carretero que estaba á su servicio, desde hacía quince años, le robaba. Inmediatamente le hizo prender. En la audiencia, el carretero se defendió como pudo.

—Pero si en casa de mi amo no se procuraba más que engañar á la gente. Cuando se la había jugado á un parroquiano, mi amo se jactaba de esto como de una buena acción. «El toque está, me decía, en coger dinero, no importa cómo ni dónde. Vender gato por liebre; ese es el secreto del comercio...» Pues bien, yo he hecho lo mismo que hace este caballero con los parroquianos... Se la he jugado de puño...

Este cinismo disgustó á los jueces, que condenaron al carretero á dos años de cárcel, no sólo por haber hurtado algunos kilogramos de trigo, sino principalmente porque había calumniado á una de las más acreditadas casas de comercio de la región, una casa fundada en 1794, y cuya antigua, constante y proverbial honradez adornaba la ciudad, de padres á hijos.

Recuerdo que la noche del día en que se pronunció el fallo memorable, mi padre reunió en su mesa á al-

gunos amigos, comerciantes también, y como él convencidos de que el principio capital de «engaitar á la gente» es el alma del comercio. Ya pensaréis que la conducta provocadora del carretero fué censurada con dureza. No se habló de otra cosa hasta media noche. Y entre los gritos, los aforismos, las discusiones y los tragos de aguardiente de orujo con que se amenizó aquella reunión inolvidable, se expuso este precepto que he tenido siempre presente y que fué la moraleja, por decirlo así, de aquella aventura, al mismo tiempo que la síntesis de mi educación:

—Tomar una cosa á otro y guardarla para sí, es robar... Tomar una cosa á otro y dársela á un tercero en cambio de la mayor cantidad de dinero posible, es comerciar... El robo es tanto más imbécil cuanto que se limita á un solo beneficio, con frecuencia peligroso, en tanto que el comercio supone doble ganancia sin albur...

En esta atmósfera moral, crecí y me desarrollé solo; en cierto modo, y sin más norma que el ejemplo cotidiano de mis padres. En el comercio por menor, los niños, generalmente, quedan abandonados á sus propias fuerzas. Falta tiempo para ocuparse de su educación. Se crían como pueden, á su albedrío, según las influencias perniciosas del ambiente, con frecuencia depresivo y limitado. Espontáneamente y sin ajena excitación, intervine por instinto de imitación ó ingénitamente en los pasteleos de mi familia. Desde la edad de diez años no concebí de la vida más que el robo, y con toda ingenuidad me convencí de que el arte de «engatusar á la gente» forma la única base de todas las relaciones sociales.

El colegio determinó la dirección extravagante y torcida que yo debía dar á mi existencia, puesto que allí conocí al que más tarde debía ser mi único amigo; el célebre ministro Eugenio Mortain.

Vástago de un tabernero y adiestrado para la política como yo lo estaba para el comercio, iniciado en

estos secretos por su padre, que era el principal agente electoral de la región y vicepresidente de los comités gambetistas, fundador de distintas ligas, sociedades de resistencia y sindicatos profesionales, Eugenio, desde su niñez, estaba llamado á ser un «verdadero hombre de Estado.»

Aunque pensionado, se impuso en seguida á sus condiscípulos por una evidente superioridad de desparpajo é impudencia, y también por su especial fraseología campanuda y huera, que provocaba nuestro entusiasmo. Además, había heredado de su padre la manía provechosa y dominadora de la organización. En pocas semanas logró transformar el patio del colegio en centro de toda clase de asociaciones y subasociaciones; comités y subcomités, de los que se erigía en presidente, secretario y tesorero, todo en una pieza. Había la asociación de los jugadores de pelota, de peonza, de comba y el ejercicio militar; el comité de la barra-fija, la liga del trapecio, el sindicato de la cozcojita, etc... Cada uno de los miembros de estas diversas asociaciones venía obligado á entregar en la caja central, es decir, en los bolsillos de nuestro camarada una cuota mensual de cinco sueldos, que entre otras ventajas ofrecía la suscripción al periódico trimestral, redactado por Eugenio Mortain en defensa de las ideas y los intereses de los numerosos grupos que él proclamaba «autónomos y solidarios.»

Malos instintos que nos eran comunes y apetitos análogos nos juntaron, y convirtieron esta estrecha avenencia en explotación codiciosa y continua de nuestros camaradas, orgullosos de su sindicato... Pronto comprendí que de los dos yo era el más débil; pero por esta misma razón me aferré más fuertemente todavía á la suerte de mi ambicioso compañero. A falta de un reparto equitativo, tenía yo la seguridad de recoger algunas migajas... Eso me bastaba entonces. ¡Ay, nunca he podido comer más que las migajas de los bizcochos devorados por mi amigo!

Encontré á Eugenio más tarde, en circunstancias bien difíciles y dolorosas de mi vida. A fuerza de querer engañar á la gente, mi padre concluyó por engañarse á sí mismo en lo que se refería á la acostumbrada lenidad de los jueces. Un abastecimiento desdichado, que, según parece, envenenó á todo un regimiento, dió lugar á tan lastimosa caída, coronamiento de la ruina de nuestra casa fundada en 1794. Mi padre hubiera sobrevivido tal vez á su deshonra, porque conocía la inagotable indulgencia de su época; su ruina lo mató. Un ataque de apoplejía dió fin de él cierta noche. Nos dejó á mi madre y á mí sin blanca.

Como ya no podíamos contar con él, me vi obligado á componérmelas yo mismo, y sustrayéndome á los lamentos maternales corrí á París, donde Eugenio Mortain me recibió muy afectuosamente.

Mi amigo se abría paso con perseverante lentitud. Merced á la protección parlamentaria hábilmente explotada, y á su ductilidad, unida á la carencia absoluta de escrúpulos, lograba ya que se hablase de él con elogio en la prensa, la política y la administración. Inmediatamente me empleó en feos trabajos, y viviendo constantemente á su sombra no tardé en adquirir á mi vez un poco de su notoriedad, de lo cual no supe aprovecharme como debiera. Pero la persistencia en el mal es la cualidad que mayor falta me hace; y no es que yo repare en pelillos, ni que sienta remordimientos ó fugaces deseos de honradez, sino que mi fantasía diabólica, mi agujadora é inexplicable perversidad me obligan, de repente y sin razón plausible, á desistir de los negocios mejor empezados, á desaferrar mis dedos de las gargantas más estrechamente apretadas. Con cualidades prácticas de primer orden, con un sentido muy aguzado de la vida, una audacia que me permite concebir lo imposible y una extraordinaria rapidez de ejecución, carezco de la tenacidad necesaria del hombre de acción. ¿Quién sabe si bajo mi capa de

pícaro se esconde un poeta descarriado?... ¡Quién sabe si un burlador, víctima de sus propias burlas!

Sin embargo, en previsión del porvenir y comprendiendo que llegaría fatalmente un día en que mi amigo Eugenio querría librarse de mí, por representarle un pasado fastidioso, me ingenié para comprometer á mi amigo en asuntos vergonzosos, y supe guardar en mi bolsillo las pruebas inequívocas de su culpabilidad. So pena de caerse, Eugenio me debía arrastrar tras sí constantemente, como el presidiario su grillete.

En espera de los honores supremos á que le conducía la ola cenagosa de la política, Eugenio se ocupaba de cosas honorables y de intrigas de gusto dudoso.

Tenía oficialmente una querida, que por entonces se llamaba condesa Borska. No muy joven, pero linda aún y estimable, ora polaca, ora rusa, á menudo austriaca, pasaba lógicamente por espía alemana. Así, frecuentaban su casa nuestros más ilustres hombres de Estado. Se hablaba allí mucho de política, y se anudaban, con innumerables precauciones amorosas, gran número de asuntos importantes é ilícitos. Entre los concurrentes más asiduos á ese salón, notábase á un banquero levantino, el barón K..., personaje taciturno; de cara de plata pálida, de ojos muertos, que trastornaba la Bolsa con sus operaciones formidables. Se sabía, ó por lo menos se daba por cierto, que tras aquel semblante impenetrable y mudo, se agitaba uno de los imperios más potentes de Europa. Pura suposición romántica, tal vez, dado que en esos círculos pervertidos no cabe nunca adivinar si es mayor la perversión que la «estolidez». Como quiera, la condesa Borska y mi amigo Eugenio Mortain deseaban vivamente intervenir en los negocios del misterioso barón, tanto más cuanto que éste oponía á insinuaciones discretas, pero evidentes, una frialdad no menos discreta y notoria. Es más: creo que de esta frialdad había nacido la malicia de un consejo, del que resultara para nuestros amigos una liquidación desastrosa. Entonces ellos lanzaron con:

tra el banquero recalitrante una hermosísima joven, que, adiestrada por ellos, estaba dispuesta á prestar oídos al banquero, como cosa seria, y á mí, por gusto. No comprendí de momento su sencillo cálculo, que consistía en introducirme en la plaza sitiada y averiguar allí, yo por medio de la joven, y ellos por mi conducto, los secretos del barón, revelados en los instantes de tierno abandono... Podía darse á este ardid el nombre de política de concentración.

¡Ay de mí el demonio de la perversidad que viene á visitarme en el momento en que voy á poner manos á la obra, quiso que sucediese otra cosa y que el magnífico proyecto abortase sin gloria. En la comida que debía sellar este pacto verdaderamente parisiense, me mostré tan mentecato con la joven, que ésta, llorando y avergonzada y furiosa, salió ruidosamente del salón; y se volvió á sus lares, viuda de nuestro doble amor.

La fiesta quedó reducida á su mínima expresión... Eugenio me hizo subir á su coche y bajamos por los Campos Elíseos en trágico silencio.

—¿Dónde quieres que te deje?—me dijo el grand-hombre, en el punto que doblábamos la esquina de la calle Royale.

—En mi garito... en el boulevard...—respondí con fisga.—Necesito respirar un poco de aire puro... en compañía de gente honrada...

De pronto, con gesto de abatimiento, mi amigo empezó á dar palmaditas en mis rodillas—¡oh! jamás olvidaré la expresión siniestra de su boca, ni su mirada de odio,—y suspiró:

—¡Vamos!... ¡No se puede esperar de ti cosa de provecho!

Tenía razón... Y aquella vez no pude echarle la culpa de lo ocurrido...

Eugenio Mortain pertenecía á la clase de políticos, llamados oportunistas, que Gambetta lanzó como manada de carnívoros contra Francia. No codiciaba el poder más que por los goces materiales que él mismo

procura, y por el dinero que en este impuro manantial encuentran los hombres listos. Con todo, no sé por qué he de atribuir solamente á Gambetta el honor histórico de haber azuzado á esa hambrienta trailla, que vive aún á despecho de todos los Panamás. Ciertamente Gambetta amaba la corrupción; en este demócrata tonante alentaba un voluptuoso, ó mejor dicho, un diletante de la voluptuosidad y que se regocijaba al hedor de la podredumbre humana; mas para gloria suya cabe asegurar que los amigos de que se rodeaba y que el azar, á veces la prudente selección, le dió en su breve reinado, eran bastante atrevidos para arrojarlos ellos mismos, por impulso propio, sobre la Presa eterna, en la que tantas y tantas mandíbulas han clavado sus afilados dientes.

Antes de llegar á la Cámara, Eugenio Mortain había realizado todos los oficios—aun los más bajos—y rastreado por todas las profundidades—aun las más tenebrosas—del periodismo. No siempre se empieza por donde se quiere; el principio está á nuestro lado... Su iniciación en la vida parisiense, se entiende esa vida que va de las redacciones al Parlamento, fué ardiente y rápida, no menos que meditada. No había *chantage* notable ni asunto deshonesto del que no hubiese participado nuestro apreciable Eugenio, al que devoraban deseos ruinosos y necesidades perentorias. Se había distinguido por ese rasgo genial que consistió en syndicar á gran número de periódicos, con objeto de llevar á feliz término complicadas operaciones. Se le conocen combinaciones que son puras obras maestras de un género desacreditado y que revelan, en el humilde provinciano, rápidamente desbastado, á un admirable psicólogo y un sorprendente organizador de los malos instintos del vividor. Pero, modesto en extremo, no se jactaba de sus picardías, y poseía el arte precioso de servirse de los demás, sin exponerse personalmente en las horas de peligro. Con una habilidad constante, y con perfecto conocimiento del terreno en que se movía;

supo siempre evitar, dando los oportunos rodeos, los charcos fétidos y cenagosos del tribunal correccional en el que tantos otros resbalaron y cayeron torpemente. Cierto que mi auxilio—dicho sea sin fatuidad—en muchas circunstancias le fué útil en extremo.

Por otra parte, era un muchacho encantador. Sólo se le podían reprochar el embarazo de su actitud, persistente vestigio de su educación de provincia, y por menores vulgares en su flamante elegancia demasiado ostentosa. Pero todo esto no era más que aparente y le servía para ocultar mejor, á los ojos del observador superficial, todos los recursos sùtiles de su espíritu, su penetrante olfato, su notable maleabilidad, todo lo que encerraba su alma de terrible y ávida tenacidad. Para sorprenderle había necesidad de ver—como yo las he visto, cuántas veces ¡ay!—las dos arrugas que en ciertos momentos se formaban en las comisuras de sus labios y que daban á su boca una expresión espantosa... ¡Ah, sí, era un muchacho seductor!...

Mediante oportunos desafíos, hizo callar á la maledicencia que murmura en torno de los personajes nuevos, y su natural jovialidad, su cinismo bondadoso, calificado en buen hora de amable paradoja, no menos que sus amores lucrativos y ruidosos, le labraron una reputación discutible, pero suficiente para un futuro gobernante destinado á ser blanco de la crítica. Poseía, además, la facultad maravillosa de poder hablar, durante cinco horas, sobre un asunto cualquiera sin expresar una sola idea. Su locuacidad se desbordaba sin una pausa, sin fatiga visible en la lenta, monótona, desesperante lluvia del vocabulario político, y ora discurría sobre las cuestiones de marina y las reformas escolares, ora sobre la hacienda y las bellas artes, ora sobre la agricultura y la religión. Los periodistas parlamentarios acataban su incompetencia universal y la jerga escrita de estos señores reflejaba el galimatías hablado del ministro. Servicial cuando el serlo no le gustaba nada, generoso y aun pródigo, cuando su pro-

digalidad debía producirle algo, altivo ó servil, según los acontecimientos y los hombres, escéptico sin elegancia, pervertido sin refinamiento, entusiasta sin espontaneidad, espiritual sin novedad, se captaba las simpatías de todos. Por lo mismo su rápida elevación no sorprendió, no indignó á nadie. Por el contrario, fué acogida favorablemente por los partidarios políticos, dado que Eugenio no pasaba por austero sectario, no defraudaba ninguna esperanza, ninguna ambición, sabiéndose que llegado el caso era posible entenderse con él. Todo consistía en el precio de esta inteligencia.

Ese era el hombre, ese el «muchacho encantador», en el que yo cifraba mi fortuna y en cuyas manos estaban realmente mi vida y mi muerte



Obsérvese que en este ligero croquis que he hecho de mi amigo, no aparece mi modesta persona, por más que yo he colaborado obstinadamente con medios singulares á su encumbramiento. Podría contar infinidad de anécdotas que, créedme, nada tienen de edificante. Pero de qué me serviría una confesión general si ya se adivinan mis bajezas, sin que tenga necesidad de ser más explícito... Y luego que mi cometido, al lado de ese bribón audaz y prudente, fué siempre, no diré insignificante, ¡oh, no!... ni honroso, porque os reiríais en mis barbas, pero sí casi secreto. Permitidme guardar esta reserva poco menos que discreta, en la que me place envolver esos años de luchas siniestras, de intrigas tenebrosas... Eugenio callaba mi complicidad... y yo mismo, por un resto de pudor, asaz extraño, me estremecía á veces á la idea de que pudiesen tomarme por su testaferro.

No obstante, pasé meses enteros sin verle, desviado

de su trato, encontrando en los garitós, en la Bolsa, en los tocadores de las damas galantes, recursos que estaba harto de mendigar á la política, y cuya busca convenía mejor á mi pereza y amor de lo imprevisto... A menudo, devorado por remordimientos poéticos, iba á ocultarme en un ignorado retiro campestre, y absorto en la contemplación de la naturaleza, deseaba el silencio, la pureza, una reconquista moral, propósito que, por desgracia, duraba poco... Y volvía á Eugenio en las horas de crisis difícil. No siempre me recibía con la cordialidad que yo tenía derecho á exigir de él. Echábase de ver que con gusto se hubiera librado de mí; pero, tirándole fuertemente del ronzal, le recordaba yo la realidad de nuestra mutua situación.

Un día vi claramente iluminarse sus ojos con fulgor homicida. Sin inquietarme por ello, con reposado ademán, le puse una mano en el hombro, como hubiera podido hacerlo un gendarme con un ladrón, y le dije en tono de befa:

—Y luego ¿qué?... ¿De qué te serviría eso?... ¡Mi propio cadáver te acusará! ¡No seas imbécil!... Te he permitido llegar á donde has querido... Jamás he contrariado tus ambiciones... He trabajado por ti... como he podido... lealmente... ¿no es eso? ¿Crees que es para mí agradable verte encumbrado y pavoneándote en la luz, y estar yo debajo chapoteando neciamente en el cieno?... Y no obstante, de un papirotazo, este maravilloso edificio que hemos levantado los dos con tanto trabajo...

—¡Oh, los dos!—masculló Eugenio...

—¡Sí, canalla, nosotros dos!...—repetí, exasperado por aquella rectificación importuna.—Sí, sí, con un papirotazo... con un soplo... puedo dar al traste con esa maravillosa fortuna... Bribón, no tengo más que decir una palabra para arrojarte de tu poltrona á la cárcel... para convertir tu ministerial persona en un presidiario, porque presidiario debieras ser si hubiese justicia y si yo no fuese el último de los cobardes... ¡Pues bien!...

ese ademán no lo haré, no, esa palabra no he de pronunciarla... Te permito conservar la admiración de los hombres y el respeto de las cortes extranjeras... porque... ¿lo creerás?... ello me parece prodigiosamente cómico... sólo que quiero mi parte... ¿lo entiendes?... quiero mi parte... ¿Qué es lo que te pido?... Pero si te pido una simpleza... Nada... unas migajas... siendo así que podría exigirlo todo... todo... todo... Te ruego que no me molestes más... No me hagas tomar una resolución desesperada... no me obligues á representar un drama burlesco... El día que me haya cansado de la vida, de vivir en el lodo, en este lodo, en tu lodazal... de cuyo intolerable hedor estoy impregnado... ese día Su Excelencia Eugenio Mortain no se reirá más... ¡Yo te lo juro!

Entonces Eugenio se sonrió con falsa sonrisa, en tanto que las arrugas de sus labios colgantes daban á su fisonomía una doble expresión de miedo innoble y de criminal impotencia, y me dijo:

—Pero ¿eres loco? ¿A santo de qué me cuentas ahora todo eso?... ¿Por ventura te he rehusado algo, pedazo de alcornoque?

Y jovialmente, multiplicando sus arrumacos y visajes que me aturdían, añadió con acento chancero:

—¿Quieres que te condecuremos, eh?

Sí, era en verdad un excelente chico.

III

Pocos días después de la violenta escena que siguió á mi lamentable fracaso, hallé á Eugenio en casa de unos amigos, en casa de la buena señora G..., que nos había invitado á comer. Nos estrechamos la mano cordialmente, como si nada desagradable hubiera ocurrido entre nosotros.

—No te dejas ver—me manifestó en ese tono de indiferente amistad que en él no era más que cortesía del odio.—¿Te hallabas enfermo?

—No... sencillamente viajaba por el país del olvido.

—A propósito... ¿te has vuelto más cuerdo?... Quisiera hablar contigo dos minutos... Después de comer, ¿verdad?

—¿Ha ocurrido novedad?—le pregunté con helada sonrisa, de la que pudo deducir que no le sería dable despachar conmigo como se despachan asuntos de poco interés.

—No—profirió,—nada... un proyecto vago... En fin, ya se verá...

Iba á replicarle con aspereza, cuando la señora G...; fardo descomunal de pintadas flores, de plumas ligeras, de encajes volanderos, vino á interrumpir nuestro conato de conversación. Y suspirando: «¡Ah! mi

querido ministro, ¿cuándo nos libraré usted de esos horribles socialistas?» se lo llevó á un grupo de jóvenes que, por el modo como estaban colocados en un ángulo del salón, me pareció que podían alquilarse al igual que las nocturnas muchachas del café cantante, que adornan con su descote excesivo y sus caprichosos atavíos el trampantojo del decorado.

A la señora G... se le atribuía un papel importante en la sociedad y en el Estado. Esta suposición no era de las menos cómicas entre las innumerables farsas de la vida parisiense. Los historiógrafos de menor cuantía de aquel tiempo, hacían comparaciones con el pasado y afirmaban que su salón era el punto de partida y la consagración de las fortunas políticas y de la fama literaria, esto es, el lugar de cita de todas las ambiciones modernas y antiguas. A creerles, allí se elaboraba la historia contemporánea, se tramaba la pérdida ó la exaltación de los ministros, y se negociaban, entre geniales intrigas y habladurías deliciosas porque era un salón parlante,—lo mismo las alianzas exteriores que las elecciones académicas. El propio Sadi Carnot—que entonces reinaba en los corazones franceses,—veíase obligado, según cuentan, á transigir hábilmente con aquel poder temible, y para no romper con él le enviaba cortésmente, en vez de una sonrisa, las más hermosas flores de los jardines del Eliseo y de los invernáculos de la ciudad... Habiendo conocido en sus años juveniles ó maduros—no estaba muy fuerte en cronología,—á monsieurs Thiers y Guizot, á Cavour y el viejo Metternich, aquella estantigua conservaba un prestigio con el que la República gustaba de adornarse, como de una tradicional elegancia, y su salón resplandecía con el brillo póstumo que tales nombres ilustres, diariamente invocados, proyectaban sobre las empequeñecidas realidades del presente.

Por otra parte, se entraba al elegante salón como á la feria, y nunca he visto—yo que he visto tantas cosas—más rara mezcolanza social ni más risible masca-

rada mundana. Vencidos de la política, del periodismo, del cosmopolitismo, de los casinos, del mundo, de los teatros, y hembras bien parecidas, todos se reunían allí y representaban algo. Nadie se engañaba, pero todos estaban satisfechos de alabarse á sí mismos alabando una sociedad ignominiosa, de la que muchos sacábamos, no sólo recursos ilícitos, sino también nuestro sustento. Paréceme, además, que la mayor parte de los salones tan célebres de otro tiempo, en los que comulgaban, bajo especies diversas, los apetitos errantes de la política y las vanidades desocupadas de la literatura, debían tener bastantes puntos de contacto con mi salón... Ni se me ha demostrado que éste difiriese esencialmente de los demás que también han inspirado un lírico entusiasmo por su exquisita moralidad y por lo difícil de su acceso.

Lo cierto es que la señora G...; libre del aumento visual y auditivo de los reclamos y de la poesía de las leyendas, y reducida al carácter estricto de su personalidad mundana, era una vieja de ingenio vulgar, de educación descuidada, extremadamente viciosa, por añadidura, y que no pudiendo cultivar la flor del vicio en su propio jardín, la cultivaba en el de los demás, con tranquilo descaro, sin que cupiera afirmar si era en ella más admirable la desvergüenza ó la ignorancia. Reemplazaba el amor profesional, al que había debido renunciar, por la manía de intervenir en uniones y separaciones extraconyugales, que se complacía en iniciar, dirigir, proteger ó incitar, á fin de calentar así su viejo corazón atrofiado con el hálito del ardor prohibido. Siempre se podían encontrar, en aquella señorial casa política, además de la bendición de Monsieurs Thiers y Guizot, Cavour y el caduco Metternich; almas hermanas, adulterios en embrión, deseos preparados, amores de todas clases, coches para una carrera, para una hora, para un mes, recurso precioso en los casos de la ruptura sentimental y en las veladas de la ociosidad.



¿Por qué se me hubo de ocurrir aquella noche dirirme á casa de la señora G?... Lo ignoro, porque ciertamente estaba triste y poco dispuesto á divertirme. Mi furor contra Eugenio había menguado, de momento, por lo menos. Una inmensa fatiga, un desvío invencible lo substituía, desprecio de mí mismo, de los demás, de todo el mundo. Por la mañana había meditado seriamente en mi situación, y á pesar de las promesas del ministro, las cuales yo tenía muy en cuenta; no encontré los medios de salir del atascadero. Comprendí que sería difícil á mi amigo procurarme una posición oficial estable, algún empleo honrosamente parasítico, administrativamente remunerador, que me permitiese terminar mi vida en paz, vejestorio respetable, prebendado, impertérrito funcionario. Por de pronto era seguro que esa posición yo la hubiera echado á perder; y luego que de todas partes se hubieran elevado, en nombre de la moral pública y de la decencia republicana, censuras unánimes, á las que el ministro, interpelado; no habría sabido qué contestar. Todo lo que podía el tal ofrecerme era retrasar, por medio de expedientes dilatorios, transitorios y execrables, y merced á prestidigitaciones en el presupuesto, la hora inevitable de mi caída. Y yo no podía ni aun contar eternamente con ese mínimo de favores y de protección, dado que Eugenio tampoco contaba con la eterna imbecilidad del público. Innumerables peligros amenazaban entonces al ministerio, y se esperaba surgiesen muchos escándalos, á los que, de un lado y otro, algunos periódicos descontentos aludían, más ó menos directamente, envenenando la existencia de mi protector... ¡Eugenio se mantenía en el poder, merced únicamente á escara:

muzas contra los partidos impopulares ó vencidos, y por el dinero que, como más tarde se demostró, recibía del extranjero en cambio de favores perjudiciales á la patria francesa!...

Labrar la ruina de mi camarada, insinuarme diestramente en el ánimo de un futuro leader ministerial, reconquistar, con la ayuda de ese nuevo amigo, una especie de virginidad social; en estas cosas había yo pensado varias veces... Me impulsaban á ello mi naturaleza, mi interés, y también el placer magníficamente sabroso de la venganza... Pero además de lo incierto y arriesgado de la combinación, había que tener en cuenta mi falta de valor para empezar otro experimento y reanudar los procedimientos usuales. Yo había quemado por los dos cabos mi juventud. Y hallábame cansado de las aventuras peligrosas y embrolladas que me habían conducido al quinto infierno. Sentía fatiga cerebral, una anquilosis en las articulaciones de mi actividad; mis facultades menguaban en el vigor de mi edad, deprimidas por la neurastenia. ¡Ah, cómo lamentaba no haber emprendido el camino recto de la vida! En aquella hora sinceramente anhelé el modesto goce de la regularidad burguesa, y no quería... no podía soportar más los sobresaltos de la fortuna, las alternativas de miseria que no me habían permitido un minuto de tregua y que convertían mi existencia en incesante y doloroso tormento. ¿Qué sería de mí? El porvenir se me aparecía más triste y desesperante que los crepúsculos de invierno que oscurecen el cuarto de un enfermo... Y ahora, después de comer, ¿qué nueva infamia me propondría el ministro infame?... ¿En qué profundo lodazal quería hundirme y hacerme desaparecer para siempre?...

Le busqué con la mirada, en medio del gentío... Mariposeaba alrededor de las mujeres. Nada en su cabeza ni en sus hombros revelaba agobio bajo el grave peso de sus crímenes. Se mostraba olvidadizo y placentero. Y al verle de tal modo, acrecentóse mi furor con el

sentimiento de la doble impotencia en que estábamos el uno y el otro, él de salvarme de la deshonra y yo de hundirle en ella... ¡oh, sí, de aniquilarle por completo!

Anonadado por esas múltiples y punzantes preocupaciones, perdí—¡cosa nada de extraña!—mi verbosidad, y no pude conmoverme en presencia de las hermosas criaturas que la señora G... había elegido para delicia de sus invitados... Durante la comida estuve insoportable, y apenas dirigí dos palabras á mis vecinas, cuyos senos delicados y mórbidos resplandecían entre las piedras preciosas y las flores. Se creyó que mi caída electoral producía aquellas demostraciones de negro humor, impropio de mi habitual y galante alegría.

—¡Animo!—me decían.—¡Qué diablo, usted es aún joven!... No hay que arredrarse en política... Todo se andará...

A esas frases de trivial consuelo, á las sonrisas provocativas, á los senos desnudos, respondí obstinadamente:

—No, no... No me habléis de política... ¡Da vergüenza!... No me habléis más del sufragio universal... Otra imbecilidad... No, no quiero oír hablar más de esto...

Y la señora G..., con sus flores, plumas y encajes, que formaban á mi entorno ondas multicolores y perfumadas, me deslizaba al oído, haciendo aspavientos y llena de coquetefías de vieja alcahueta:

—No hay más que el amor, ¿no lo ve usted?... ¡Sólo el amor! ¡Pruebe usted el amor!... Precisamente esta noche tengo aquí una joven romana... apasionada... ¡oh!... y poeta, querido mío... ¡y condesa!... ¡Se muere por usted!... ¡Todas le quieren á usted muchísimo... Voy á presentarle...

Rechacé la coyuntura tan favorable... y aguardé en silencio, triste y encorvado, el fin de aquella interminable velada...



Solicitado vivamente por todos, Eugenio no pudo acercarse á mí tan pronto como yo hubiera querido. Aprovechamos un momento en que una célebre cantora absorbía la atención general para refugiarnos en un saloncillo de fumar, discretamente alumbrado por lámpara de largo pie, enfundada en crespón rosa. El ministro se sentó en el diván, encendió un cigarrillo, y en tanto que yo me encabalgaba en una silla, frente á él, y apoyaba mis brazos en el remate del respaldo, me dijo gravemente:

—He pensado mucho en ti estos días.

Esperaba sin duda una palabra de gratitud, un amistoso ademán, un movimiento de interés ó de curiosidad. Permanecí impassible, esforzándome en conservar el aire de indiferencia altiva, casi insultante, con que había resuelto acoger las pérfidas insinuaciones de mi amigo, porque desde el principio de la velada me había empeñado en que tales insinuaciones habían de ser pérfidas. Insolentemente afecté mirar el retrato de Thiers que, detrás de Eugenio, en un elevado tablero, se obscurecía con sombrío reflejo, que daba en su barnizada superficie, distinguiéndose, empero, el tupé blanco, cuyo apéndice piriforme venía á ser la expresión única y completa de la fisonomía ausente... Apagado por los tapices caídos; el rumor de la fiesta llegaba á nuestro oído como un zumbido lejano... El ministro, moviendo la cabeza, me dijo:

—Sí, me he ocupado de ti... La verdad, es cosa difícil... ¡muy difícil!

De nuevo se calló, abismándose, al parecer, en profundas reflexiones...

Me divertí prolongando mi silencio para gozar de la perplejidad en que aquella actitud muda y zumbona

debía colocar á mi amigo... ¡Este querido protector iba á parecer una vez más ante mí, ridículo y desenmascarado, suplicante acaso!... Con todo, no perdió su calma y no demostró haberse inquietado por la hostilidad visible de mi talante.

—¿No fías en mí?—preguntó con voz firme y tranquila.—Sí, comprendo que no das crédito á mis palabras... ¿Crees que te voy á jugar una pieza... como á los demás?... ¿no es cierto?... Pues bien: te engañas... Con todo, si esta conversación te molesta... nada más fácil que ponerle término...

Hizo ademán de levantarse; pero yo protesté con vigor.

—¡No he dicho eso!...—prorrumpí, apartando del tálamo de M. Thiers la mirada, para dirigirla al sereno rostro de Eugenio.—¡No he dicho nada!...

—Oyeme, pues... ¿Quieres que hablemos ahora con toda franqueza de nuestra respectiva situación?..

—¡Bueno! ya te escucho...

Ante su aplomo, perdí las tres cuartas partes de mi osadía... Contra lo que yo me había augurado á mí mismo vanidosamente, Eugenio reconquistaba toda su autoridad sobre mí... Noté que se me escabullía otra vez... Lo noté en el desembarazo de su ademán; en la semielegancia de sus modales, en la firmeza de su voz; en aquella completa posesión de sí mismo, que no demostraba realmente más que cuando meditaba en algunos de sus siniestros planes. Entonces ejercía una especie de imperiosa seducción, una fuerza atractiva; á la que, aun previniéndose con tiempo, era difícil resistir... Yo, que le conocía, muchas veces sufrí, por desgracia, los efectos de ese encanto maléfico que ya no debía sorprenderme... Pues bien: desapareció toda mi combatividad, relajóse mi odio, y á pesar mío recobré mi confianza y llegué á olvidar tan por completo el pasado, que aquel hombre, del que yo había penetrado en sus más recónditos pliegues, el corazón inexo-

rable y pestilente, se me apareció todavía como un generoso amigo, un héroe de bondad, un salvador.

Y he aquí—¡ah! yo bien quisiera expresar el acento de energía, de crimen, de inconsciencia y amabilidad que había en sus palabras,—he aquí lo que me dijo:

—Conoces bastante la vida política para saber que existe un grado de poder en que el hombre más infame está protegido contra sí mismo por su propia infamia, y mayormente contra los demás por la infamia ajena... Para un hombre de Estado no hay más que un daño irreparable: ¡la honradez!... La honradez es inerte y estéril; como que ignora de qué modo prevalecen los apetitos y la ambición, única energía con la que se puede fundar algo estable. Tenemos de ella una prueba en ese imbécil de Favrot, único hombre honrado del ministerio, y el único que, por dictamen universal, se ha hundido políticamente para no volverse á levantar más... Lo que quiere decir, mi querido amigo, que la campaña emprendida contra mí me tiene sin cuidado...

Y como yo torciera el gesto con rapidez ambigua, de un modo equívoco:

—Sí, sí... ya sé...—añadió—se habla de mi *ejecución*... de mi desgracia inminente... de no sé qué gendarmes... de Mazas... «¡Mueran los ladrones!...» ¡Está muy bien!... ¡Siempre hay que hablar de algo!... ¿Y qué?... ¡Me río de eso!... Tú mismo, so color de haberte inmiscuido en algunos de mis asuntos,—que, dicho sea entre paréntesis, no conoces más que por el forro,—con el pretexto de que guardas,—al menos así lo proclamas,—algunos papeles sin interés, de los que no me preocupo ni tanto así...

Sin detenerse me mostró su cigarrillo apagado, que dejó en un cenicero colocado en una mesita de laca, á su lado...

—¡Tú mismo crees subyugarme por el miedo, hacerme cantar, en suma, como á un banquero estafador! ¡Eres un chiquillo! Medita un poco. ¿Mi prédica?

¿Quién se atrevería en estos momentos, dime, quién se atrevería á cargar con la responsabilidad de semejante locura? ¿Quién desconoce que conmigo se hundirían demasiadas cosas, sobrada gente contra los que tampoco se puede tirar, bajo pena de abdicación, bajo pena de muerte?... Porque no caería yo solo... no sería yo solo el que debiese llevar el gorro del presidiario... El gobierno, el Parlamento, la República se hallarían asociados, quieran ó no, á lo que se ha dado en llamar mi venalidad, mis concusiones, mis crímenes... ¡Creer haberme cogido, y soy yo quien les ha cogido á ellos!... ¡Pierde cuidado, les tengo bien sujetos!...

É hizo un ademán, como si apretase una garganta imaginaria.

La expresión de su boca, muy contraída, se tornó execrable, y en los globos de sus ojos aparecieron vénulas purpúreas que dieron á su rostro un implacable gesto homicida. Pero en seguida se repuso, encendió otro pitillo y prosiguió:

—Que derriben el ministerio, ¡sea!... yo les ayudaré, si quieren... Nos hallamos, por culpas del honrado Favrot, enzarzados en una serie de cuestiones inexplicables, cuya solución lógica consiste en la carencia de solución... Se impone una crisis ministerial con un programa nuevo... Te haré observar que nada tengo que ver, ó al menos parece que nada tengo que ver con esas dificultades. Mi responsabilidad no es más que una ficción parlamentaria. En los pasillos de la cámara, y con la cooperación de parte de la prensa, se ha separado mi causa de la de mis colegas. Por lo tanto, mi situación personal es clara, políticamente, se entiende... Es más: sostenido por grupos cuyos jefes se han asociado á mi fortuna, apoyado por la alta banca y las grandes compañías, me convierto en el hombre necesario de la nueva combinación... soy el probable presidente del consejo de mañana... ¡Y en el punto que se anuncia mi caída llego á la cima de mi

carrera!... No dejarás de convenir conmigo en que esto es cómico, y que no me han pescado todavía...

Eugenio retozaba otra vez conmigo... La idea de que no había para él término medio ni ecuador entre esos dos polos: la presidencia del consejo, ó Mazas, le halagaba en extremo... Se acercó á mí y dándome unos golpecitos en las rodillas, como solía en sus ratos de expansión y de buen humor, repitió:

—¡Vamos, confiesa que esto es cómico!

—¡Burlesco!—proferí.—¡Y yo... ¿qué tengo que ver con todo esto?

—¿Tú?... ¡Cáspital!... Tú querido mío, debes tomar el portante, eclipsarte... un año... dos años... muy poco tiempo... Debes hacer que se olviden de ti...

Y como yo me preparase á protestar:

—¡Por vida!...—exclamó.—¿Tengo yo la culpa de que hayas despreciado neciamente todas las admirables posiciones que yo te he creado?... Un año... dos años... se pasan en seguida... Volverás remozado y te daré cuanto me pidas... De aquí á entonces... nada... nada puedo hacer por ti... ¡Palabra de honor!... no puedo hacer nada.

Todavía quise enfurecerme... pero grité al fin con blanda voz:

—¡Basta!... ¡Basta!

Eugenio se sonrió, comprendiendo que con esta exclamación terminaba mi resistencia.

—¡Bueno! ¡Bien va!—me dijo con bondadosa expresión,—¡no seas porfiado! Oyeme... He meditado mucho... Tienes que marcharte... Yo te lo aconsejo por tu interés, por tu porvenir... Vamos á ver: ¿eres por ventura?... ¿cómo lo diré?... ¿eres embriólogo?

El adivinó mi respuesta en la mirada de sorpresa que le dirigí.

—¡No!... ¡No eres embriólogo!... ¡Qué lástima!... ¡qué lástima!

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué guasa es esta?

—Es que, en este momento, puedo lograr un crédito

considerable; ¡oh, relativamente considerable! pero al fin un crédito para una comisión científica, que yo tendré el gusto de confiarte...

Y sin darme tiempo de responder, con frase breve, picante, acompañada de ademanes grotescos, me explicó el asunto:

Se trata de ir á las Indias, á Ceilán, me parece para escudriñar en el mar... en los golfos... para estudiar lo que los sabios llaman la gelatina pelásgica, ¿no me entiendes? y encontrar entre los gasterópodos, los corales, los heterópodos, las madreporas, los sifonóforos, las holoturias y los radiolarios... ¡yo qué sé!... la célula primordial... atiende... el *initium* protoplasmático de la vida organizada... algo parecido, en suma... ¡Es delicioso, y como ves, muy sencillol...

—Sencilísimo, en efecto—murmuré distraído.

—Sí, pero hay un obstáculo—repuso aquel verdadero estadista;—tú no eres embriólogo...

Y añadió con benévola tristeza:

—¡Es un fastidiol...

Mi protector reflexionó algunos segundos... Yo me callaba no teniendo espacio para reponerme del estu-
por en que me había sumido aquella inesperada proposición...

—¡Dios mío!—repuso;—hay además otra comisión, porque en la actualidad se dan comisiones... y no sabemos cómo emplear el dinero de los contribuyentes... trata, si mal no recuerdo, de llegarse á las islas Fidji y á Tasmania para estudiar los diversos sistemas penales que allí funcionan... y su aplicación á nuestro estado social... Sólo que es menos divertido... y te prevengo que no se han consignado para ello créditos exorbitantes... Además, allí hay aún antropófagos, ¿me entiendes? Crees que me chanco, ¿eh?... y que te explico una opereta... Pero en verdad, mi dulce amigo, todas las comisiones son por ese estilo... ¡Ah!...

Eugenio empezó á reirse con risa maliciosamente discreta.

—También tenemos la policía secreta... ¿Qué tal?... quizá podríamos procurarte un buen empleo... ¿qué te parece?

En circunstancias difíciles redobla mi actividad mental, mis energías se exaltan y se duplican; además, mis ideas se transforman y tengo una prontitud de resolución que, á menudo, me ha sido útil.

—¡Bah!—exclamé.—Después de todo, bien puedo ser embriólogo una vez en mi vida... ¿Qué arriesgaré con ello? La ciencia no perecerá... otras cosas más graves le han ocurrido á la ciencia... ¡Está dicho! Acepto la comisión de Ceilán...

—¡Bravísimo!—corroboró el ministro.—Y te sobra razón... tanto más cuanto que la embriología, Darwin; Hœckel, Carlos Vogt, en el fondo, todo eso debe ser pura guasa!... ¡Ah, mi caro amigo, no te aburrirás allí!... Ceilán es un país maravilloso. Se dice que hay allí mujeres extraordinarias... pequeñas encajeras de una belleza... de un temperamento... ¡Ni en el paraíso terrenall... Vente mañana al ministerio... y arreglaremos este asunto oficialmente... Entre tanto no tienes necesidad de explicárselo á nadie... porque, ya lo sabes, estoy jugando una partida difícil, peligrosa para mí y que puede costarme cara... ¡Vámonos!...

Nos levantamos á un tiempo, y en tanto que yo volvía al salón del brazo del ministro, éste me decía aún, con encantadora ironía:

—¡Eh, no hay qué decir!... ¿La célula?... ¿si encontrases la célula?... ¿Quién puede afirmar?... Berthelot se quedaría con un palmo de narices; ¿verdad?...

Esta combinación me había devuelto parte de mi valentía y mi buen humor... Y no porque me gustase en absoluto... A la patente de ilustre embriólogo yo hubiera preferido una tesorería general... ó un cómodo sitial del Consejo de Estado... pero hay que conformarse con cualquier cosa, sin contar con que la aventura me parecía algo divertida. No sin altivez burlesca y cómico orgullo puede uno convertirse, por ensalmo

ministerial, de simple vagabundo de la política en sabio respetable que va á violar los misterios de la naturaleza en la fuente misma de la vida...

La velada, empezada melancólicamente, terminó con alegría.

Me dirigí á la señora G...; que, muy excitada, organizaba el amor y paseaba el adulterio de grupo en grupo y de pareja en pareja.

—Y esa adorable condesa romana—le pregunté, —¿se muere todavía por mí?

—Sí, amigo mío.

Me cogió del brazo... Sus plumas estaban lacias, sus flores marchitas, sus encajes arrugados.

—Venga usted—me dijo.—Está ahora chicoleando con la princesa Onane en el saloncillo de Guizot...

—¡Qué! ¿ella también?...

Pero, querido mío—replicó aquella hembra ilustre,— á su edad y con su temperamento de poeta... sería verdadera lástima que no lo hubiese probado todo...

IV

No tardé en salir airoso de mi empeño. Tuve la fortuna de que la joven condesa, que se había prendado de mí, me ayudase con sus consejos, y he de confesarlo, aunque levemente ruborizado, con su bolsillo.

Por lo demás, la suerte me favorecía.

Mi comisión me prometía mil felicidades. Por excepcional infracción de las costumbres oficinescas, ocho días después de la entrevista decisiva en los salones

de la señora G...; recibí, sin mayor demora y sin tropiezo los créditos susodichos. Estaban decretados con liberalidad, y de un modo que, francamente, no esperaba, porque conocía «la tacañería» del gobierno y los misérrimos presupuestos con que el tal suele gratificar torpemente á los sabios en comisión... los verdaderos. Esa largueza insólita se debía sin duda á la circunstancia de que, no siendo yo un sabio ni mucho menos, había menester más que otro de grandes recursos para desempeñar en regla mi cometido.

Se había provisto á la manutención de dos secretarios y dos criados, y se habían comprado por precio exorbitante instrumentos de anatomía, microscopios, máquinas fotográficas, canoas desmontables, campanas de buzo, y aun bocales de vidrio para colecciones científicas, escopetas y jaulas destinadas á traer vivos á Francia todos los animales capturados. Ciertamente el gobierno hacía las cosas á pedir de boca, y yo le felicitaba por ello cordialmente. Excusado es decir que no compré ninguno de esos bártulos, que prescindí de esa impedimenta y resolví no llevar conmigo á nadie, contando con sólo mi ingenio para componérmelas en medio de aquellas selvas desconocidas de la ciencia y de las Indias.

Aproveché mis ratos de vagar para instruirme en punto á Ceilán, á sus costumbres, su topografía, y pude formarme idea de la vida que había de llevar allá lejos, bajo el trópico terrible. Aun eliminando lo que pudiera haber de exagerado, jactancioso y falso en los relatos de los viajeros, mis lecturas me dejaron satisfecho y encantado, en particular aquel dato, recogido por un grave sabio alemán, de que en los alrededores de Colombo, entre mágicos jardines, á orillas del mar, existe una quinta maravillosa, un *bungalow*; como allí se dice, en el que un rico y excéntrico inglés posee una especie de serrallo, con perfectos ejemplares femeninos de todas las razas de la India, desde las negras tamules hasta las serpentinas bayaderas de La-

hore y las diabólicas bacantes de Benarés. Me juré á mí mismo buscar y encontrar un permiso de visita á la casa del aficionado polígamo, y limitar á ello mis estudios de embriología comparada.

El ministro, de quien hube de despedirme y al que confié mis proyectos, aprobó esas precauciones y encomió alegremente mis hábitos de economía. Al separarse de mí, con amabilidad conmovedora que despertó en mi ánimo una ternura ideal, gratísima y sublime de hombre honrado, me dijo lo siguiente:

—Vete, amigo mío, y vuelve á tu patria convertido en un glorioso sabio... Tu destierro, que no dudo sabrás emplear en grandes cosas, renovará tus energías para la lucha futura... Las templará en el manantial mismo de la vida, en la cuna de la humanidad que... de la humanidad á la cual... Vete... y si á tu regreso encontrases,—cosa que no espero,—si encontrases, repito, los funestos recuerdos persistentes, las dificultades, la hostilidad, en suma, un obstáculo á tu legítima ambición... sabe que posees documentos relativos al personal del gobierno que te permitirá triunfar en toda la línea... *¡Sursum corda!*... Cuenta también conmigo... A la vez que tú te agitas allá lejos, valiente soldado del progreso, campeón de la ciencia... en tanto que tú sondearás los golfos é interrogarás los misteriosos atolones en bien de la Francia, de nuestra Francia querida, créemelo, no te olvidaré... Diestra y progresivamente, en la Agencia Havas y en mis periódicos, sabré mantener el crédito de tu flamante reputación de embriólogo... Yo encontraré reclamos admirables, patéticos... «Nuestro inmortal embriólogo...» «Hemos recibido de nuestro joven é ilustre profesor, cuyos descubrimientos embriológicos, etc...»—«Mientras, estudiaba en el mar, á veinte brazas de profundidad, una holo-turia aún desconocida, nuestro infatigable embriólogo estuvo á punto de ser devorado por un tiburón... Una lucha espantosa... etc...» Parte, pues, amigo mío... Trabaja sin temor por la prosperidad de tu país. Hoy día

un pueblo no sólo es grande por sus armas, sino además por sus artes... por su ciencia... Las conquistas pacíficas ayudan mucho más á la civilización que las conquistas, etc... *Cedant arma sapientiae.*

Yo lloraba de gozo, de orgullo, de exaltación, una exaltación de todo mi sér á las cimas de la inmensidad, de lo inmensamente bello. Arrebatado de grandeza, me sentí, en aquel momento, otra alma, un alma casi divina, de creación y sacrificio, el alma de un héroe más que humano en el que reposaban la confianza suprema de la Patria y todas las esperanzas decisivas de la humanidad.

En cuanto al propio ministro, ese bandido de Eugenio, apenas podía contener su emoción. Su mirada brillaba con sincero entusiasmo y su voz verdaderamente temblaba. Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas... Estrechó mi mano hasta estrujarla...

Durante algunos minutos, ambos fuimos el juguete inconsciente y cómico de nuestros mismos embelecos.

¡Ah, cuánto pienso en estas cosas!

V

Provisto de cartas de recomendación para «las autoridades» de Ceilán, me embarqué al fin, cierta hermosa tarde, en el «Sagholien», en Marsella.

Apenas me hallé en el vapor, conocí lo que vale un título oficial, y como por estos prestigios conquista un

hombre desacreditado, cual yo lo estaba, la estimación de los desconocidos y los transeuntes, y se engrandece; por consiguiente, á sus mismos ojos. El capitán, «sabador de mis admirables trabajos», me colmó de atenciones, de honores casi. Se me había reservado el más agradable camarote, así como el mejor sitio de la mesa. Habiéndose esparcido la noticia de mi presencia á bordo, todos los pasajeros se apresuraron á manifestar su respeto del ilustre sabio... No vi en los semblantes más que el florecimiento de la admiración. Las mujeres mismas demostraban su curiosidad y benevolencia, aquélla discreta, ésta característica de un sentimiento preferible. Una de las tales llamó vivamente mi atención. Era una deliciosa criatura, de enorme cabellera rubia y de ojos verdes, con reflejos de oro como los ojos de las fieras. Viajaba acompañada de sus tres doncellas, una de las cuales era china. Pregunté al capitán el nombre de la hermosa.

—Es inglesa—me dijo.—Se llama miss Clara... La hembra más original que darse puede... No tiene más de veinte años, y, sin embargo, conoce toda la tierra... Al presente vive en China. Es la cuarta vez que la veo á mi bordo..

—¿Rica?

—¡Oh, riquísima!... Su padre, que hace tiempo murió, era, según me han dicho, mercader de opio, en Cantón. Allí nació la joven... Me parece algo loca, pero seductora

—¿Casada?

—No.

—Y...

En esta conjunción había una infinidad de preguntas íntimas y aun algo libres...

El capitán se sonrió.

—Eso... no lo sé... no lo creo... Yo aquí no he notado nada...

Tal fué la contestación del amable marino, que me pareció sabía mucho más y no quería decirlo... No

insistí; mas, para mis adentros, conciso y familiar, dije: «¡Ah, ya!... nos veremos, pequeña.»

Los primeros pasajeros con quienes intimé fueron dos chinos de la embajada de Londres y un gentilhombre normando que se dirigía al Tonkín. Este último me habló en seguida de sus proyectos... Era un corazón apasionado.

—Huyo de Francia—me declaró,—la abandono siempre que puedo. Desde que se proclamó República, Francia es un país perdido. Hay en él demasiados cazadores furtivos, que son los que mandan. ¡Figúrese usted que ya no hay caza en mis tierras! Los cazadores furtivos se la comen, y los tribunales les dan la razón... ¡Esto es demasiado fuerte!... Sin contar que las pocas piezas que ellos dejan se mueren de no sé qué epidemia... Por eso me marché al Tonkín... ¡Qué admirable país de caza!... Es la tercera vez, caballero, que voy al Tonkín...

—¿De veras?

—¡Sí!... En el Tonkín hay abundante caza... en especial pavos reales... ¡Qué sorprendente cacería!... Pero peligrosa; precisa tener puntería.

—¿Se trata por ventura de pavos feroces?

—¡Oh, no!... Pero ved la situación... Donde hay ciervos salta un tigre, y donde salta un tigre corre un pavo real.

—¿Es aforismo?

—Me explicaré... Atienda usted bien... El tigre se come al ciervo y...

—Y el pavo se come al tigre; ¿no es eso?

—¡Bien pensado!... pero no hay tal... Cuando el tigre se ha hartado de ciervo, se duerme... en seguida se despierta... se espereza y se va... Y ¿qué hace el pavo?... Encaramado en un árbol contiguo, aguarda prudentemente esa partida... y luego baja al suelo y se come los excrementos del tigre. Entonces es cuando se le debe sorprender...

Y con los brazos tendidos, como si sujetase una escopeta, apuntó á un pavo imaginario.

—¡Ah, qué pavos!... No puede usted formarse de ellos idea... Porque los que ustedes toman en las pajarreras y en los jardines por pavos reales, no llegan ni aún á gallina... No merece la pena... Yo lo he matado todo, caballero... todo... hasta hombres... Pues bien: el escopetazo que me da mayor gusto es el que dirijo contra los pavos reales... Los pavos... ¿cómo decirlo?... ¡es maravilloso matarles!...

Y, tras una pausa, añadió:

—¡Viajar, nada más que viajar!... Viajando se ven cosas extraordinarias y que dan motivo á meditar...

—Sin duda—le interrumpí.—Pero se debe ser un gran observador, como usted...

—¡Cierto!—repuso con orgullo el bravo hidalgo;—yo he observado mucho... Y de todos los países que he visitado—el Japón, la China, Madagascar, Haití y parte de Australia,—el más divertido es el Tonkín... Usted cree, quizás, haber visto gallinas...

—Sí, creo.

—Se engaña usted, caballero... no ha visto usted gallinas... Hay que ir al Tonkín... Aun así, no se las ve... Están en los bosques y se ocultan en los árboles... No se las ve nunca... Sólo que yo me valía de un recurso... Subía los ríos en sampana con un gallo enjaulado... Me detenía junto al bosque y colgaba la jaula de una rama... El gallo cantaba... Entonces de lo más profundo del bosque venían... venían las gallinas... Venían en bandas innumerables... ¡Y yo las mataba!... ¡He matado hasta mil doscientas en un día!...

—¡Grandioso!—proclamé lleno de entusiasmo.

—Sí, sí; pero no tanto como los pavos reales... ¡Ah; los pavos reales!...

El tal gentilhombre no sólo era cazador, sino también jugador. Antes de llegar á Nápoles los dos chinos, el matador de pavos y yo jugamos una interesante par-

tida de poker. Merced á mis conocimientos especiales en ese juego, al llegar á Port-Said, ya había yo aligerado de su dinero á esos tres incomparables personajes y triplicado el capital que debía permitirme llegar á la alegría de los trópicos á lo desconocido de las embriologías fabulosas.

VI

En aquella época no hubiera podido yo enfrascarme en la menor descripción poética; el lirismo me ha invadido después, con el amor. Verdad que, como todo el mundo, gozaba de las bellezas de la Naturaleza, pero no me deslumbraban hasta el éxtasis; gozaba de ellas á mi modo, que era el de un republicano moderado. Y me decía:

—La Naturaleza, vista de la ventanilla de un vagón ó desde el tragaluz de un buque, se parece constantemente á sí misma. Su principal carácter consiste en la falta de improvisación. Se repite siempre, no teniendo más que algunas formas, algunos aspectos que, aquí y allá, aparecen casi iguales. En su inmensa y pesada monotomía, sólo se diferencia por matices, apenas perceptibles y sin interés alguno, como no sea para los domadores de bestezuelas—y yo nada tengo de tal, aunque soy embriólogo—y para los psicólogos que cortan un pelo en el aire... En resolución, cuando se han recorrido cien kilómetros cuadrados de un país cualquiera, se ha visto todo... Y ese canalla de Eugenio que me decía: «Ya verás qué naturaleza... qué árbo-

les... qué flores!...» A mí los árboles me dan grima y no tolero las flores más que en los talleres de las modistas y en los sombreros... En punto á naturaleza tropical, Montecarlo hubiera bastado á satisfacer mis deseos de estética paisajista y mis ensueños de lejanos viajes... No comprendo las palmeras, ni los cocoteros, ni los bananos, ni los nopales, ni las pampelmusas, ni los pandanos, más que cuando puedo atrapar, á su sombra, plenos y lindas mujeres que mascan cosas más dulces que el betel... Cocotero: árbol que da *cocottes*... No gusto de los árboles más que con arreglo á esta clasificación parisiense.

¡Ah, entonces yo era una bestia sorda y ciega!... ¡Cómo he podido, con tal cinismo descorazonador, blasfemar de la infinita belleza de la Forma, que va del hombre á la bestia, de la bestia á la planta, de la planta á la montaña, de la montaña á la nube, y de la nube al guijarro, que en sus reflejos contiene todo el esplendor de la vida!...

Por más que nos hallábamos en el mes de octubre, la travesía del Mar Rojo resultó algo penosa. El calor era sofocante y el aire tan molesto á nuestros pulmones europeos, que muchas veces temí morir asfixiado. Durante el día no salíamos del salón, en el que un gran punka indio, moviéndose sin cesar, nos daba la ilusión, bien efímera, de una fresca brisa, y pasábamos la noche en el puente, donde, por otra parte, el dormir resultaba tan difícil como en los camarotes... El gentilhomme normando resollaba como un buey enfermo y ya no se preocupaba de contarnos sus anecdotas de caza tonkinesa. Entre los pasajeros, los más presuntuosos é intrépidos estaban aniquilados, inertes, y silbaban al modo de bestias despeadas. Nada más ridículo que la vista de aquellas gentes hundidos en sus *pyjamas* multicolores... Unicamente los dos chinos parecían insensibles á esa temperatura de fuego... No habían modificado para nada sus costumbres y dividían su tiempo

entre los paseos silenciosos por el puente y las partidas de naipes ó dados en su camarote.

Nosotros no nos preocupábamos de cosa alguna. Nada nos podía distraer del suplicio de una cocción lenta y regular de olla puesta á la lumbre. El vapor navegaba por el centro del golfo; encima de nosotros y á nuestro alrededor no había más que el azul del cielo y el azul del mar, un azul sombrío de metal calentado que en algunas partes conserva la incandescencia de la forja; apenas percibíamos la costa somalí, la cadena roja, lejana, en cierto modo volatilizada de aquellas montañas de ardiente arena, de las que no brota ni un árbol ni una hierba y que están rodeadas de una especie de brasero, constantemente encendido, aquel mar siniestro parecido á un inmenso depósito de agua hirviendo.

He de añadir que durante la travesía hice alarde de un gran valor y que alcancé á disimular, del mejor modo posible, mi padecimiento... Lo alcancé por la vanidad y el amor.

La casualidad—tal vez el capitán—me había colocado en la mesa al lado de miss Clara. Un incidente hizo que trabásemos amistad al punto... Por otra parte, mi brillante posición científica y la curiosidad de que yo era objeto, me autorizaban para ciertas infracciones de las reglas ordinarias de urbanidad.

Según me había indicado el capitán, miss Clara volvía á China, después de haber dividido su verano entre Inglaterra por su interés, Alemania por su salud, y Francia por su placer. Me confesó que Europa le inspiraba cada vez mayor repugnancia... No podía soportar sus costumbres afectadas, sus modas ridículas, sus paisajes friolentos... ¡Sólo en China se sentía feliz y libre!... De aire atrevido, de vida excepcional, hablando á veces sin ton ni son, otras veces con vivo sentimiento de la realidad, de una jovialidad febril y enderezada á lo extraño, sentimental y filósofa, ignorante é instruída, impura y cándida, en suma, misteriosa, con lagunas... arrebatos... caprichos inexplica-

bles, deseos terribles... picó mi curiosidad, por más que todo debe esperarse de la excentricidad de una inglesa. Y ya no dudé yo, yo, que, en punto á mujeres, no había encontrado más que cortesanas parisienses, ó lo que es peor, mujeres políticas y marisibidillas, ya no dudé de dominar á Clara, y me prometí salpimentar de este modo encantador é imprevisto mi viaje. Rubia de cabellos, de piel radiante, frecuentemente alegraba con su sonrisa sus carnosos y rojos labios. Era verdaderamente la alegría de á bordo, y como el alma de aquel navío, encaminada á la loca aventura y á la edénica libertad de los lugares vírgenes, de los trópicos de fuego... Eva de los países maravillosos, flor ella misma, flor de embriaguez y fruto sabroso del eterno deseo, la vi errar y triscar entre las flores y los frutos de oro de los jardines primordiales, no ya con aquel traje de piqué blanco que modelaba su talle flexible y henchía de vida potente su seno, parecido á un bulbo, sino en el esplendor sobrenatural de su desnudez bíblica.

No tardé en reconocer el error de mi diagnóstico galante y en ver que miss Clara, al revés de lo que yo había vanidosamente augurado, era de una honradez inconquistable... Lejos de afligirme por ello, me pareció aún más hermosa y me enorgulleció la idea de que ella, pura y virtuosa, hubiese acogido con tan sencilla y graciosa confianza á un libertino desvergonzado como yo... No quise dar oídos á la voz interior que me gritaba: «Esa mujer miente... Esa mujer se burla de ti... Imbécil, mira esos ojos que lo han visto todo, esa boca que lo ha besado todo, esas manos que todo lo han acariciado, esa carne que, tantas veces, se ha estremecido de voluptuosidad en brazos innumerables... ¿Pura?... ¡ahl... ¡ahl... ¡ahl... ¿Y sus ademanes que lo saben todo? ¿Y esta blandura y esta flexibilidad y estas contorsiones del cuerpo que conservan las señales del abrazo? ¿Y este busto hinchado como el cáliz de una flor llena de polen?... No, en verdad, yo no

quería escuchar nada... Y fué para mí una sensación deliciosamente casta, mezcla de ternura y de reconocimiento, de altivez, una sensación de reconquista moral el poder penetrar cada día más en la intimidad de una bella y virtuosa joven, de la que yo de antemano creía que no sería para mí más que un alma... Esta idea me exaltaba, me rehabilitaba á mis propios ojos. Merced á ese puro contacto cotidiano creció, sí, creció mi estimación de mí mismo. Todo el lodo de mi pasado se transformaba en luminoso azul... y vislumbré el porvenir á través de la límpida esmeralda de la felicidad tranquila... ¡Ah, cuán lejos me hallaba de la señora G..., los Mortain y sus congéneres! ¡Cómo se desvanecían esos rostros grotescos de fantasmas á la celeste mirada de aquella criatura lustral, por la que yo me revelaba á mí mismo como hombre nuevo, con generosidades, ternuras y arranques que nunca había conocido!...

¡Oh, ironía de los enternecimientos de amor! ¡Oh, comedia de los entusiasmos que dormitan en el fondo del alma humana!... ¡Cuántas veces, junto á Clara, he creído en la realidad, en la grandeza de mi comisión; y que en mí alentaba el poder de trastornar todas las embriologías de todos los planetas del Universo!

Pronto llegamos al capítulo de las confidencias... En una serie de mentiras hábilmente graduadas, que por una parte indicaban petulancia y por otra parte el muy natural deseo de no desprestigiarme en el ánimo de mi amiga, me mostré del modo más favorable en mi papel de sabio, narrando mis descubrimientos biológicos, mis éxitos de academia, todas las esperanzas que los más ilustres científicos cifraban en mi método y en mi viaje. Y luego, descendiendo de tan encumbradas cimas, intercalé historietas de la vida mundana en mis apreciaciones de literatura y de arte, medio sanas y medio perversas, suficientes para interesar á una mujer sin turbarla. Y tales conversaciones, frívolas y ligeras, á las que yo quería dar un cariz espiritual,

revestían mi grave personalidad de sabio de un carácter particular, tal vez único. Terminé mi conquista de miss Clara durante aquella travesía del Mar Rojo. Dominando mi malestar, supe encontrar cuidados ingeniosos y atenciones delicadas que adormecieron su mal. En el punto que el *Saghalién* se detuvo en Aden para aprovisionarse de carbón, ella y yo éramos perfectos amigos, con esa maravillosa amistad que ni una sola mirada turba, y de la que ni un gesto ambiguo ni una intención culpable empañan la hermosa transparencia... Y, con todo, la voz interior aún me gritaba: «¿No ves esa nariz que, con terrible voluptuosidad, aspira la vida?... Contempla esos dientes que tantas veces han mordido el fruto sangriento del pecado.» Heroicamente le impuse silencio.

Grande fué nuestra alegría al entrar en las aguas del Océano Indico; esto nos parecía una resurrección después de los mortales y tormentosos días pasados en el Mar Rojo. Una vida nueva, vida de goces y actividad, reinaba á nuestro bordo. Por más que hacía aún mucho calor, era una delicia respirar el aire: una leve brisa impregnada, podía decirse, de todos los perfumes de la flora tropical refrescaba el cuerpo y el espíritu. El cielo, de una diafanidad mágica, aparecía de un verde de oro, con llamas rosáceas; el mar tranquilo, de un ritmo potente bajo el hálito del monzón, se dilataba extraordinariamente azul, adornado, aquí y allá, con grandes volutas esmeraldinas. Sentíamos físicamente, como una caricia de mar, la proximidad de los maravillosos continentes, de los países de luz en que la vida un día de miseria, había exhalado sus primeros vagidos. Y todos, sin exceptuar al hidalgo normando, tenían en su rostro un poco de aquel cielo, de aquel mar, de aquella luz.

Miss Clara—inútil decirlo—atrafía, excitaba mucho á los hombres; siempre había en torno de ella una corte de apasionados admiradores. Yo no estaba celoso, sino seguro de que ella los juzgaba ridículos, y de que

me prefería á los demás, aún á los dos chinos, con los que hablaba frecuentemente, pero á quienes no miraba como me miraba á mí con aquella expresión singular, en la que tantas veces, no obstante su estudiada reserva, creí sorprender una complicidad moral y no sé qué secreta correspondencia... Entre los más obstinados, hallábase un explorador francés, que se dirigía á la península malaya para estudiar las minas de cobre, y un oficial inglés que se había reunido con nosotros en Aden, y que volvía á su guarnición de Bombay. Cada cual en su género eran dos brutos perfectos, pero chistosos, de los que Clara se burlaba á menudo. El explorador no cesaba de hablarnos de sus viajes á través del Africa Central. En cuanto al militar inglés, capitán de artillería, trataba de deslumbrarnos ponderando á cada instante sus invenciones de balística.

Una tarde, después de comer, en el puente, estábamos todos reunidos alrededor de Clara, muellemente repantigada en un *rocking chair*. Unos fumaban cigarrillos, otros soñaban... Todos deseábamos ardientemente á Clara, y todos con el mismo pensamiento de dominación seguíamos el vaivén de los dos piecitos, calzados con zapatillas rosadas que, con el movimiento del sillón, salían del cáliz perfumado del traje como pistilos de flores... No decíamos nada... La noche era de una serenidad mágica; el barco deslizábase suavemente por el mar como si éste fuese de seda. Clara se dirigió al explorador.

—¿Qué?—observó con malicia.—¿No será broma? ¿Ha comido usted alguna vez carne humana?

—¡Lo juro!—respondió él con fiereza y de un modo que afirmaba su indiscutible superioridad sobre los presentes.—No había más remedio... Se come lo que se tiene...

—¿Qué gusto advirtió usted?—preguntó ella, no sin repugnancia.

El meditó un punto. Y luego, con ademán indiferente;

—¡Dios mío!—profirió.—¿Cómo explicar?... Figúrese usted, adorable miss, imagine usted carne de puerco... puerco con salsa de aceite de nueces...

Indolente y resignado, añadió:

—No es muy bueno... no se come por glotonería. Prefiero la pierna de carnero, ó el biftek.

—¡Claro está!—contestó Clara.

Y como si hubiese querido, por cortesía, disminuir los horrores de esta antropofagia, aclaró su concepto:

—Porque seguramente no comía usted más que carne de negro...

—¡Negro!—prorrumpió con sobresalto...—¡Puah!... Felizmente, mi querida señorita, no me vi reducido á tan dura necesidad. ¡Gracias á Dios no nos faltaron blancos! Nuestra escolta la formaban en gran parte europeos: marseleses, alemanes, italianos, de todo un poco. Cuando teníamos demasiado apetito, degollábamos á un blanco de la escolta, con preferencia un alemán... El alemán, divina miss, resulta más apetitoso que las otras razas, y pesa más. ¡Y luego que para nosotros los franceses es un alemán menos! El italiano es correoso y duro. No tiene más que nervios...

—¿Y el marsellés?—interrogué.

—¡Psé!—declaró el viajero, moviendo la cabeza.— El marsellés es demasiado recio..., huele á ajo... y además, y no sé por qué, sabe á churre. No diré que no sea aceptable, no, ya se puede comer, pero nada más...

Volviéndose hacia Clara; con ademán de protesta; insistió en su afirmación.

—¿Negro?... ¡Jamás! Creo que los habría vomitado. He conocido gentes que los habían comido. Cayeron enfermos. El negro no es comestible. Y aún los hay, se lo juro á usted, que son venenosos.

Y, con muchos remilgos, rectificó:

—Después de todo, ¿habrá que escogerlos como las setas? Tal vez los negros de la India se puedan comer...

—¡No!—afirmó el oficial inglés, de un modo breve y categórico que terminó, en medio de risas, aquella discusión culinaria, que empezaba á producir náuseas.

El explorador, algo desconcertado, repuso:

—No importa; á pesar de todas esas molestias, me felicito de haber emprendido otra excursión. En Europa me siento enfermo... no vivo... no sé á dónde ir... Hállome en Europa extenuado y preso como en una vasta jaula... Imposible mover los codos, extender los brazos, abrir la boca, sin chocar con prejuicios imbeciles, con leyes estúpidas, con costumbres inicuas. El año pasado, encantadora miss, me paseaba por un campo de trigo. Con mi bastón segaba las espigas á mi alrededor. Eso me divertía. Tengo el derecho de hacer lo que me plazca; ¿no es eso? Y he aquí que sobrevino un labriego que empezó á gritar, á insultarme, á mandarme que saliese de su campo. ¡No pueden ustedes formarse idea de lo ocurrido! ¿Qué hubieran hecho ustedes en mi lugar? Yo le asesté tres fuertes bastonazos en la cabeza. Cayó con el cráneo roto. Pues bien: ¿no adivinan ustedes lo que me ocurrió?

—¿Se lo comió usted, tal vez?—insinuó Clara, riendo.

—No, me llevaron ante no sé qué jueces, que me condenaron á dos meses de cárcel y á diez mil francos de indemnización. ¡Todo por un cochino labriego! ¡Y esto se llama civilización! ¡Quién lo creyera! ¡Está bien! ¡Si se me hubiera condenado del mismo modo en Africa cada vez que he matado negros, y aún blancos!

—¿Mataba usted también á los negros?—preguntó Clara.

—Cierto que sí, adorable miss.

—Pero ¿por qué, si dice usted que no había de comerlos?

—Pues para civilizarlos, esto es, para quitarles su marfil y sus gomas. Y luego ¡qué quiere usted! si los gobiernos y las casas de comercio que nos confían

comisiones civilizadoras supiesen que no hemos matado á nadie... ¿qué dirían?

—¡Es lógico!—exclamó el hidalgo normando.—Por otra parte, los negros son bestias feroces... cazadores furtivos... ¡tigres!...

—¡Los negros!... ¡No hay tal, caballero!... Son dulces y pacíficos... al igual que niños... ¿Ha visto usted retozar los conejos, al caer de la tarde, en la pradera, en el lindero de un bosque?

—¡Ya lo creo!

—Se mueven graciosamente, con loca alegría; se alisan el pelo con sus patas, saltan y juegan en medio de las matas... Pues bien: los negros son como los gazapos; ¡es muy divertido!

—Con todo, creo que son antropófagos...—insistió el gentilhombre.

—¿Ellos?...—protestó el explorador.—¡En manera alguna! En los países negros no hay más caníbales que los blancos... Los negros comen bananas y pacen en las hierbas floridas... Conozco á un sabio que sostiene que los negros tienen estómago de rumiante. ¿Cómo quiere usted que coman carne, sobre todo carne humana?

—Entonces ¿por qué matarles?—objeté, sintiéndome pío y lleno de indulgencia.

—Ya se lo he dicho á usted... para civilizarles. ¡Es muy divertido!... Cuando llegábamos, tras larga é interminable caminata, á una aldea de negros, éstos se asustaban... ¡Lanzaban al punto gritos lastimeros... ni siquiera se atrevían á huir y lloraban con la frente hundida en el polvo! Se les distribuía aguardiente, porque en nuestro equipaje llevábamos siempre buena provisión de alcohol... y cuando estaban bebidos, los despachábamos...

—¡Un fusilazo mal empleado!—resumió, no sin repugnancia, el gentilhombre normando, que en aquel momento, sin duda, vió en los bosques del Tonkín una bandada de pavos voladores.

La noche aparecía aún deslumbrante; el cielo resplandecía; á nuestro entorno el Océano movía sus olas de luz fosforescente. ¡Yo me hallaba triste, entristecido con las palabras de Clara, con las de aquellos hombres y con las mías que ofendían al silencio y á la Belleza!

De pronto:

—¿Conoce usted á Stanley?—preguntó Clara al explorador.

—Vaya que sí... Le conozco—respondió el interpe-lado.

—Y ¿qué opina usted de él?

—¡Oh, él!—profirió moviendo la cabeza.

Y como si un recuerdo espantoso turbase la calma de su espíritu, concluyó con voz solemne:

—¡Fuerza es confesar que ha traspasado el límite!

Conocí que el capitán inglés quería, desde hacía algunos minutos, meter baza en el asunto. Aprovechando el momento de tregua que siguió á esa confesión:

—¡Yo!—dijo...—yo he hecho algo mejor que todo eso... Y vuestras matanzas no son nada en comparación con las que yo realizaré. He inventado una bala extraordinaria. Se llama la bala Dum-Dum, del nombre del lugarejo indio donde tuve el honor de inventarla...

—¿Mata mucho?...—preguntó Clara.—¿Mata más que las otras?...

—¡Oh, querida miss, no se diga!—prorrumpió él riendo.—¡Es incalculable!...

Y modestamente añadió:

—Sin embargo... su aspecto... es muy pequeña. Fí-gúrense ustedes una cosita... ¿cómo se llamará?... menos que una avellana. ¡Encantador!...

—¡Y qué bello, capitán!—suspiró Clara.

—¡Bello, efectivamente!—confirmó el capitán, halagado en su amor propio.—¡Muy poético!

—Diríase, ¿no es verdad? diríase un nombre de hada en una comedia de Shakespeare. El hada Dum-Dum... ¡Esto me encanta! Un hada reidora, ligera y rubia, que

salta, baila y trisca entre los brazos y rayos del sol...
¡Vaya por Dum-Dum!...

—¡Vaya por Dum-Dum!...—repetió el oficial...—¡Perfectamente! Por otra parte, adorable miss, va muy bien... Y lo más notable de ella es que suprime, por decirlo así... los heridos.

—¡Ah, ah!

—¡No hay más que muertos!... ¡Veán ustedes por dónde resulta verdaderamente insuperable!

Se volvió hacia mí, y con acento de pesar, en el que se confundían nuestros dos patriotismos, suspiró:

—¡Ah, si ustedes la hubiesen tenido en los días de la maldita Commune!... ¡Qué triunfo!

Y pasando bruscamente á otro asunto:

—Me pregunto á veces si se tratará de un ensueño de Edgar Poe, ó de nuestro Tomás de Quincey. Pero es el caso que yo mismo he probado esa adorable pequeña Dum-Dum... Véase cómo ocurrió... Hice que me colocasen doce indostanos...

—¿Vivos?

—¡Naturalmente!... El emperador de Alemania practica sus experimentos de balística en cadáveres. Confesadme que esto es absurdo y completamente inútil. Yo opero en seres vivientes, de robusta constitución y de excelente salud. Al menos se ve lo que se hace y á dónde se tira. ¡Yo no soy un visionario, no, sino un sabio!...

—Usted perdone, capitán... Prosiga usted.

—Decía que coloqué á doce indostanos uno tras otro en fila india... y que tiré...

—¿Y qué?—prorrumpió Clara.

—Pues bien, mi deliciosa amiga, la pequeña Dum-Dum obró prodigios. ¡Ni un solo de los indostanos quedó en piel! La bala había atravesado los doce cuerpos que después del tiro no eran más que papilla y huesos triturados. ¡Positivamente mágico!... ¡Nunca habría creído en un éxito tan admirable!...

—¡Admirable, en efecto, y que tiene algo de sobrenatural!

—¿No es verdad?...

Y pensativo, tras un breve silencio conmovedor.

—Busco—murmuró...—estoy buscando algo mejor... algo definitivo... una bala... una pequeña bala que no deje ni vestigio de aquéllos á quienes haya herido... ni rastro... ¿Me entienden ustedes?

—¿Cómo es eso?... ¿ni rastro?

—¡O poca cosa!...—añadió el oficial...—apenas un montón de ceniza... ó bien una leve humareda rojiza que se disipará al punto... Nada más fácil...

—¿Una incineración automática?...

—Como usted lo dice... ¿Han calculado ustedes las numerosas ventajas de tal invento?... De esta manera, suprimo los cirujanos castrenses, los enfermeros, las ambulancias, los hospitales militares, las pensiones á los heridos, etc., etc... Sería una economía incalculable... un beneficio para los presupuestos... ¡Y no hablemos de higienel... ¡Qué conquista para la higienel

—Podrá usted bautizar esa bala con el nombre pim-pam-pum—exclamé.

—¡Muy lindo!... ¡lindísimo!—aplaudió el artillero, que, sin fijarse en el sentido irónico de mi interrupción, se echó á reír, con la risa leal y ruda de los soldados de toda graduación y de todos los países...

Se calmó y añadió lo siguiente:

—Preveo que la Francia, cuando haya conocido ese maravilloso instrumento, nos insultará por el órgano de sus periódicos... y entonces vuestros más fieros patriotas, aquellos que en voz alta proclaman que nunca se gastan bastantes millones para la guerra, que sólo hablan de matar y bombardear, serán los primeros que, una vez más, condenarán á Inglaterra... Pero ¡qué diablos! nosotros somos lógicos y estamos en armonía con nuestro estado de barbarie... ¡Cómo!... se admiten obuses explosivos, y se querría que las balas no lo fuesen... ¿Por qué?... ¿No vivimos en perpetua

guerra? Ahora bien: ¿en qué consiste la guerra?... Consiste en despachar el mayor número posible de hombres en el menor espacio de tiempo posible... Para hacerla cada vez más mortífera y expeditiva habrá que inventar máquinas destructoras cada vez más formidables... Es cuestión de humanidad... y también de progreso...

—Pero, capitán—objeté...—¿y el derecho de gentes?... ¿Dónde vamos á parar?...

El se rió con mofa... y levantando sus brazos al cielo:

—¿El derecho de gentes?—replicó...—pero si ese es el derecho que tenemos de matar á la gente en masa ó por menor, con obús ó bala, no importa cómo, con tal que se mate en regla...

Uno de los chinos se inmiscuyó en la conversación.

—¡Con todo, no somos unos salvajes!—dijo.

—¿Que no?... ¿Qué otra cosa somos, pues?... Somos salvajes peores que los de Australia, porque, teniendo conciencia de nuestro salvajismo, persistimos en él. Y ya que queremos gobernar, comerciar, ventilar nuestras diferencias, vengar nuestro honor... al menos sepamos soportar los inconvenientes de ese estado de barbarie en el que seguiremos á nuestro pesar... ¡Somos unos brutos! ¡está bien!... ¡obremos como tales!...

Entonces Clara dijo con voz dulce y sentida:

—Sin contar que sería un sacrilegio el luchar contra la muerte... ¡Es tan hermosa la muerte!

Se levantó, misteriosa y pálida á los reflejos de la luz eléctrica de á bordo. Su largo y tenue chal de seda la envolvía como un nimbo de visos tornasolados.

—¡Hasta mañana!—nos dijo.

Todos la rodeábamos y el militar le había cogido una mano y se la besaba... Y yo abominé de su rostro varonil, su talle flexible, sus corvas nervudas, su aspecto de vigor... El murmuró una excusa:

—Perdóneme—dijo—si la he molestado con mi re-

lato, y si he olvidado que en presencia de una mujer como usted no se debiera hablar más que de amor...

Clara respondió:

—¡Pero, capitán, el que habla de la muerte habla también del amor!...

Tomó mi brazo y la conduje al camarote, en el que sus doncellas la aguardaban para el tocado de noche...

Durante muchas horas me asaltaron ideas de matanza y destrucción... Aquella noche tuve una pesadilla. Encima de los brezos rojos, entre los rayos de un sol de sangre, vi á la blonda, riente y ágil ninfa Dum-Dum que tenía los ojos, la boca, todo el cuerpo seductor y misterioso de Clara...

VII

Una vez, mi amiga y yo, apoyados uno al lado de otro en el empalletado, mirábamos ora el mar, ora el cielo. El sol se dirigía á su ocaso. En el aire grandes aves, alciones azules, seguían al buque oscilando con gracioso ademán de bailarina; en el mar bandadas de peces voladores se levantaban á nuestro paso y, brillando al sol, se iban más lejos para volver en seguida á moverse á flor de agua, en el mar de un vivo azul turquesa... Y luego innumerables medusas rojas, verdes, purpúreas, rosáceas y glaucas flotaban formando un tapiz de flores en la movediza superficie del mar, y su color era tan hermoso, que Clara al verlas no podía contener sus gritos de admiración. Y de improviso me preguntó:

—¿Cómo se llaman esos maravillosos animales?

Yo habría podido inventar nombres estrambóticos, todo un tecnicismo científico. Ni siquiera lo intenté... Impulsado por un deseo violento y espontáneo de sinceridad:

—¡No lo sé!—respondí con dureza.

Sentíame perdido... sentí que todo aquel vago y encantador ensueño que alimentaba mis esperanzas y adormecía mi inquietud, iba á desvanecerse sin remedio... que otra caída más fatal me hundiría en el fango de mi existencia de paria... Todo lo comprendí... pero algo más fuerte que mi voluntad me ordenó desistir de mis imposturas, de mis mentiras, de aquel verdadero abuso de confianza por el que cobardemente había solicitado la amistad de un sér que fiaba en mis palabras.

—¡No, en verdad, no lo sé!—repetí, poniendo en esta sencilla negativa un acento dramático impropio de la situación.

—¿Qué me dice usted?... ¿Se ha vuelto loco?... ¿Qué le pasa?—repuso Clara sorprendida del sonido de mi voz y la incoherencia de mis ademanes.

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé!...

Y para dar mayor expresión á este triple «no lo sé» descargué tres fuertes golpes en el empalmetado.

—Qué, ¿no lo sabe usted?... Un sabio... un naturalista...

—No soy sabio, miss Clara... no soy naturalista,—exclamé...—No soy nada... ¡un miserable!... Sí... ¡Soy un miserable!... He mentido... he mentido torpemente... Es preciso que me conozca usted... Escúcheme.

En breves palabras, atropelladamente, le expliqué mi vida... Le hablé de Eugenio Mortain, de la señora G...; de la mentira oficial de mi comisión, de todos mis enredos, de mi vileza. Sentía un placer horrible en acusarme, en hacerme más despreciable y más canalla

de lo que era realmente... Cuando hube terminado mi doloroso relato, dije á mi amiga, anegado en llanto:

—¡Todo ha terminado!... Va usted á detestarme, á despreciarme como los demás... Huirá usted de mí con repugnancia... Y tendrá usted razón y no me quejaré de ello... ¡Qué horror!... pero yo no podía vivir de este modo... no he querido mentir más...

Lloré mucho... balbuceando frases sin sentido, como un niño.

—¡Es horrible!... ¡horrible!... Y yo que... porque en fin... ¡se lo juro!... Yo que... ya me comprenderá usted... Un engranaje, sí, eso es... un engranaje... yo no lo sabía... y luego su alma de usted... ¡Ah, su alma, esa alma querida... y sus miradas de pureza... y esa excelente... sí, en fin, usted ya me comprenderá... su cordial acogida... allí estaba mi salvación... mi redención... mi... mi... ¡Es horrible... horrible!... Todo lo perderé... ¡Es horrible!...

En tanto que yo hablaba y lloraba, Clara me contempló con fijeza; ¡oh, su mirada! jamás olvidaré la mirada que esa mujer adorable fijó en mí... Una mirada singular que denotaba á la vez asombro, alegría, conmiseración, amor—sí, amor,—y también malignidad é ironía... Una mirada que me penetró, que escudriñó todo mi sér.

—En verdad—dijo ella sencillamente,—eso no me sorprende... y creo firmemente que todos los sabios son como usted.

Sin dejar de mirarme se reía con su risa grata y argentina, parecida al canto de un ave.

—Conozco á uno—prosiguió.—Un naturalista... de la clase de usted. Había sido enviado por el gobierno inglés para estudiar en las plantaciones de Ceilán el parásito del cafeto... Pues bien, durante tres meses no salió de Colombo... Pasaba el tiempo jugando al poker y atiborrándose de champaña.

Y sin apartar sus ojos de los míos, mirándome con extrañeza, intensa y voluptuosa mirada, agregó, después

de unos instantes de silencio, con acento compasivo en que figuróseme vislumbrar la dicha del perdón.

—¡Ah, picaruelo!

Yo no sabía qué decir, ni si debía enjugar mis lágrimas, seguir llorando ó arrojarme á sus plantas. Balbucí con timidez:

—¿No me quiere usted ya?... ¿Me desprecia?... ¿me perdona?...

—¡Tonto!—dijo ella...—¡Ah, qué tontuelo!...

—¡Clara!... ¡Clara!... ¿Es posible?—exclamé, próximo á desmayarme de felicidad.

Como hacía rato que habían llamado á comer, y como ya no había nadie en la cubierta, me acerqué aún más á Clara, me acerqué tanto, que sentí su cadera tocar á la mía, y palpar su seno. Y cogiendo su mano, que ella me abandonó, en tanto que mi corazón me saltaba del pecho, exclamé:

—¡Clara! ¡Clara!... ¿me ama usted? ¡Ah, pido á usted que me ame!...

Ella replicó débilmente:

—¡Se lo diré á usted esta noche en mi camarote!...

Vi resplandecer en sus ojos una llama verde, una llama que me infundió temor... Sus manos se separaron de las mías, y con la frente marcada por una arruga y el cuello erguido, se calló mirando el mar.

¿En qué pensaba? Yo no lo sabía... Y mirando también el mar, dije entre mí:

—Mientras me ha juzgado un hombre decente, no ha podido amarme, no me ha deseado... Pero así que ha comprendido quién era yo, al aspirar el verdadero é impuro perfume de mi alma, se ha llenado de amor... ¡porque me ama!... ¡Bien está!... De modo que sólo el mal es verdad...

Declinaba la tarde, y anocheció sin crepúsculo. El aire era de una suavidad infinita. El buque navegaba en medio de hirviente y luminosa espuma... Una gran claridad hacía visible la dilatada superficie... Y se podía creer que del mar surgían hadas, que extendían sobre

el mar amplios mantos de fuego y derramaban con profusión en el mar perlas de oro.

VIII

Una mañana, al subir á cubierta, distinguí, merced á la transparencia de la atmósfera y tan claramente como si hubiese hollado con mis pies la tierra, la isla encantada de Ceilán, la isla verde y roja, que coronan las mágicas blancuras róseas del pico de Adán. La víspera lo habíamos advertido por los nuevos perfumes del mar y por una misteriosa invasión de mariposas, que, después de haber acompañado durante algunas horas al buque, se habían marchado súbitamente. Y sin preocuparnos de otra cosa, Clara y yo habíamos juzgado hermoso el que la isla nos enviase su bienvenida por medio de esos esplendentes y poéticos mensajeros. Tal era mi exceso de lirismo sentimental, que una mariposa hacía vibrar en mí todas las arpas de la ternura y el éxtasis.

Pero aquella mañana la visión real de Ceilán me produjo ansiedad, y más que ansiedad, terror. Lo que yo percibía allá lejos, al otro lado de las olas, que tenían en aquel instante el color azul del miosotis, era no ya un territorio, no ya un puerto, ni la ardiente curiosidad de todo lo que en nosotros suscita el descubrimiento de algo desconocido... sino el retorno brutal á la mala vida, á mis viejos instintos, el amargo y

tristísimo despertar de todo lo que durante aquella travesía había dormido en mí, y que yo creía muerto. Era algo más doloroso, en lo que yo jamás había pensado, y cuya realidad no podía ni aun concebir: el fin del ensueño prodigioso en que el amor de Clara me había extasiado. Por la primera vez una mujer me había hecho suyo. Yo era su esclavo, no la deseaba más que á ella, sólo á ella quería. Nada existía para mí fuera de ella. En vez de extinguir el incendio de ese amor, la posesión diariamente atizaba su llama; ¡Cada vez me hundía más en el candente abismo de su deseo, y cada día comprendía mejor que toda mi vida se consumiría en buscar, en tocar el fondo!... ¿Cómo admitir que, después de haber sido conquistado en alma, cuerpo y cerebro por aquel irrevocable, indisoluble y penoso amor, debiese abandonarlo al punto?... ¡Demencia!... Aquel amor palpitaba en mí, era carne de mi carne; se había substituído á mi sangre, á mi médula; me poseía por completo; ¡mi amor era yo!... Separarme de él, era separarme de mí mismo; equivalía á matarme... Era más: me acometía como una pesadilla extravagante, por la que mi cabeza estaba en Ceilán, mis pies en China, separados por el extenso mar, y yo persistía en vivir en dos pedazos, que no se juntarían más... Que al día siguiente ya no poseyera aquellos ojos extáticos, aquellos labios devoradores, el milagro más increíble cada noche de aquel cuerpo de formas divinas, de abrazos salvajes, y después de largos espasmos potentes como el crimen, profundos como la muerte, aquel ingenuo balbuceo, aquellas débiles quejas, aquellas leves risas, aquellas menudas lágrimas, aquel suspirante y dulcísimo canto de niño ó de pájaro... decidme: ¿era posible perderlo todo de una vez?... ¿Y me quedaría sin lo que era para mí más necesario que el aire para mis pulmones, que el pensamiento para mi cerebro, que mi corazón para alimentar con sangre cálida mis venas? ¡Imposible!... Yo pertenecía á Clara como el carbón pertenece al

fuego, que lo devora y consume... A ella y á mí ños parecía tan inconcebible la separación, y tan locamente quimérica, tan contraria á las leyes de la naturaleza y de la vida, que nunca hablábamos de eso. El día anterior nuestras dos almas, confundidas, pensaban únicamente en la eternidad del viaje, como si el buque que nos conducía debiese llevarnos así siempre, siempre... y no llegar jamás, jamás al puerto... Porque llegar á un punto cualquiera es morir...

Y he aquí que yo iba á bajar allí, á hundirme allí, en aquella isla verde y roja; á desaparecer allí, en lo desconocido... á quedarme solo y más abandonado que nunca. Y he aquí que Clara ya no sería más que un fantasma, un puntito gris, apenas visible en el espacio... y luego nada... nada... ¡nada!... ¡Ah, todo me parecía preferible á eso!... ¡Ah, que el mar nos trague á los dos!...

Esta mar se mostraba apacible y radiante. Exhalaba el olor de una feliz orilla, de un jardín florido, de un lecho de amor, y rompí á llorar...

En la cubierta reinaba gran animación; no se veían allí más que semblantes gozosos y miradas dilatadas por la impaciencia y la curiosidad.

—¡Entramos en la bahía hemos llegado á la bahía!...

—Veo la costa.

—Veo los árboles

—Y yo el faro.

—¡Hemos llegado!... ¡hemos llegado ya!...

A cada una de estas exclamaciones se me oprimía el corazón... No quise tener delante de mí aquella visión de la isla todavía lejana, pero ya implacablemente clara, y á la que el rodar de la hélice me acercaba cada vez más, y, apartándome de ella, contemplé el infinito del cielo, en el que hubiera querido penetrar como aquellas aves que allá arriba, allá lejos, volaban un punto en el aire y con él se confundían.

Clara vino á mi encuentro... ¿Sería por haber ama-

do excésivamente?... ¿Habría llorado demasiado?... Sus párpados estaban fatigados y tenía grandes ojeras azules, que daban á su rostro una expresión marcada de tristeza. Y había en sus ojos algo más que tristeza; había en ellos una piedad ardiente, á la vez victoriosa y compasiva. Bajo los pesados cabellos de oro intenso, su frente se plegaba en una arruga sombría, una arruga que ella mostraba en la voluptuosidad como en el dolor... Un perfume raro y embriagador se exhalaba de sus cabellos... Me dijo sencillamente una palabra:

—¿Ya?

—¡Ay de mí!—suspiré...

Se arregló su sombrero, un sombrerito á la marinera, y lo prendió al cabello por medio de un largo alfiler de oro. Sus dos brazos levantados enderezaban su busto, cuyas líneas esculturales adiviné bajo la blusa de seda que la envolvía... Y repuso con voz que temblaba ligeramente:

—¿Había usted pensado en ello?

—¡No!...

Clara se mordió los labios, á los que afluyó la sangre.

—De modo...—dijo.

No respondí... no tuve aliento para responder... Huiera querido hundirme en la nada con mi corazón desgarrado... Ella estaba conmovida, muy pálida... excepto en la boca, que me pareció más roja y húmeda de besos... Largo espacio sus ojos me interrogaron con insistente pesadez:

—El buque se detiene dos días en Colombo... Y luego se marchará... ¿no lo sabía usted?...

—¡Sí... sí!...

—Luego...

—Luego... ¡todo ha terminado!...

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Nada... ¡Gracias! ¿para qué?...

Y conteniendo mis sollozos en el fondo de la garganta, balbucí:

—¡Usted lo ha sido todo para mí!... ¡usted ha sido para mí más que todo!... No me hable más, se lo ruego... Me hace usted demasiado daño... inútilmente. No me hable más, porque todo ha terminado...

—Nada termina jamás—profirió Clara...—nada, ¡ni aun la muerte!...

Sonó una campana... ¡Ah, aquella campana!... ¡Cómo sonó en mi corazón!... ¡Cómo sonó en mi corazón el doble tristísimo!...

Los pasajeros se agrupaban en la cubierta, prorrumpían en exclamaciones, se interpelaban mutuamente, asestaban sus gemelos, sus anteojos y sus máquinas fotográficas á la isla, que se acercaba á nosotros. El hidalgo normando, designando la espesura verde, hablaba de los junglares impenetrables para el cazador... Y en medio del tumulto, de los empujones, los dos chinos, indiferentes y melancólicos, con las manos cruzadas bajo sus amplias mangas, continuaban su lento, majestuoso pasco, como dos curas que recitan el breviario.

—¡Ya hemos llegado!

—¡Hurra... hurra!... ¡ya hemos llegado!...

—Veo la ciudad.

—¿Es la ciudad?...

—¡No!... es un arrecife de coral...

—Allí está el *wharf*...

—¿A qué no?...

—¿Qué es lo que se mueve allá, en el mar?

Allá lejos, mostrando sus velas rosadas, avanzaba una verdadera flotilla de barcas. Las dos chimeneas, vomitando olas de humo negro, cubrieron el mar de sombra, y la sirena gimió largo tiempo... largo tiempo...

Nadie se preocupaba de nosotros. Clara me preguntó, con acento de imperiosa ternura:

—Veamos, ¿qué hará usted?

—No lo sé... ¿Qué importa?... Yo estaba perdido Me he encontrado con usted... Usted me ha detenido algu-

nos días al borde del abismo... Voy á caer en él de nuevo. ¡La fatalidad así lo quiere!

—¡La fatalidad! ¿por qué?... Es usted un niño. ¿Cree haberme hallado por casualidad?

Tras breve pausa, añadió:

—¡Es tan sencillo!... Cuento con algunos amigos en China... Sin duda se interesarán por usted. ¿Quiere que?...

No le permití concluir la frase:

—No, eso no—supliqué, sin gran empeño, por cierto...—De ninguna manera. Ya sé lo que quiere usted decir... Ni una palabra más.

—Es usted un niño—repitió Clara...—y habla usted como en Europa, corazoncito mío... Y conserva los escrúpulos imbéciles de Europa... En China, la vida es libre, feliz, total, sin contratos, sin prejuicios, sin leyes... al menos para nosotros no las hay... Libertad; sin más límites que los que cada cual se traza... No más amor que la variedad triunfante del deseo... Europa, con su civilización hipócrita y bárbara, representa la mentira... ¿Qué hacéis allí más que mentir, engañaros á vosotros mismos y engañar á los demás, faltar á todo lo que en el fondo de vuestro corazón reconocéis por verdadero?... Venís obligados á fingir un respeto exterior por personas, por instituciones que encontráis absurdas... Usted se halla torpemente atado á convencionalismos morales ó sociales que usted desprecia, que condena, porque no tienen razón de ser... Esta contradicción permanente entre vuestras ideas, vuestros deseos y todas las formas muertas, todas las vanas apariencias de vuestra civilización, os entristece y os desespera. En este conflicto intolerable perdéis toda la alegría del vicio, toda sensación de personalidad... porque á cada minuto se detiene el libre desenvolvimiento de vuestras fuerzas... He ahí la llaga emponzoñada, mortal, del mundo civilizado... Entre nosotros no ocurre nada parecido... ya lo verá usted. Yo poseo en Cantón, en medio de jardines maravillosos, un pa-

lacio en el que todo está dispuesto para la vida libre y el amor... ¿Qué teme usted?... ¿Qué pierde?... ¿Quién se preocupa de usted?... Cuando ya no le ame, ó cuando se sienta infeliz... podrá marcharse...

—¡Clara, Clara!—imploré.

Ella hirió con su pie el suelo del buque

—Aún no me conoce usted...—dijo;—no sabe quién soy, y ya trata de dejarme... ¿Le doy miedo? ¿Es usted acaso un cobarde?...

—¡No puedo vivir sin ti!... ¡Sin ti he de morir!...

—Pues bien: no tiembles más... no llores más... y ven conmigo...

Un relámpago brilló en sus pupilas verdes. En voz baja, casi ronca, me dijo:

—Te mostraré cosas terribles... cosas divinas... y sabrás en fin lo que es el amor... Te prometo que bajarás conmigo al fondo del misterio del amor... ¡y de la muerte!...

Y sonriendo con mortal sonrisa que heló la sangre en mis venas, agregó:

—¡Pobre bebé!... Te crees tal vez un gran libertino... un prodigioso bandido... ¡Ah, tus míseros remordimientos!... ¿no te acuerdas?... Y he aquí que tu alma es más tímida que la de un niño...

Y era verdad... En vano me consideraba un pícaro endurecido, y en vano me creía superior á todos los prejuicios morales; á veces aun prestaba oídos á la voz del deber y del honor que, en ciertos momentos de depresión nerviosa, surgía de las misteriosas profundidades de mi conciencia... ¿El honor de quién?... ¿El deber de qué?... ¡Qué abismo de locura es el espíritu del hombre! ¿En qué y por qué mi honor—¡mi honor!—estaba comprometido, ni qué abandono hacía de mi honor al irme á China, en vez de pasar á Ceilán; para fastidiarme allí?... ¿Me juzgaba, pues, bastante sabio para imaginar que iba á estudiar verdaderamente la «gelatina pelásgica», á descubrir «la célula», hundiéndome en los golfos de la costa cingalesa?... La

idea burlesca de haber tomado en serio mi cometido de embriólogo, me llevó de nuevo á las realidades de la situación... ¡Cómo!... el azar, el milagro querían que yo hallase á una mujer divinamente hermosa, rica, excepcional, á quien amaba y de la que era amado, que me ofrecía una vida extraordinaria, goces á granel, sensaciones raras é inimaginables, aventuras galantes, una protección fastuosa... la salvación, en fin, y más que la salvación, la alegría... ¿E iba á perder todo eso?... Una vez más el demonio de la perversidad—ese estúpido demonio al que yo había obedecido estúpidamente, al que debía mi desgracia—intervendría para aconsejarme una resistencia hipócrita contra un suceso inesperado, que parecía propio de un cuento de hadas, que no se presentaría otra vez, y que en el fondo de mi alma, ardientemente, yo deseaba ver realizado... No, no... Al fin, era sobrada imbecilidad.

—Tiene usted razón—dije á Clara, atribuyendo á una derrota amorosa, una sumisión que se avenía perfectamente con mis instintos de pereza y de crápula... —Tiene usted razón... Yo no sería digno de sus ojos, de su boca, de su alma, de ese paraíso y de ese infierno que están en usted... si dudase más tiempo. Y luego... yo no podría separarme de ti... Todo... todo menos eso... Tienes razón... soy tuyo... llévame á donde quieras... ¡Padecer... morir!... ¡No importa!... ya que tú, á quien no conozco, eres mi destino...

—¡Niño, niño, niño!...—profirió Clara con singular acento, del que no pude desentrañar la expresión verdadera, del que no pude saber si denotaba alegría, ironía ó lástima.

Y luego, con efusión casi maternal, me hizo la recomendación siguiente:

—Ahora... no se preocupe usted más que de ser dichoso... Quédese aquí... contemple la isla maravillosa... Voy á ver al comisario de á bordo para arreglar sus asuntos de usted.

—Clara..

—Nada tema usted... Ya sé lo que debo decirle...

Y como yo le quisiera objetar algo:

—¡Chut!... ¿No es usted mi bebé, mi angelito?... Debe obedecerme... Y luego, usted no sabe...

Dicho esto, desapareció, mezclándose con la multitud de los pasajeros amontonados en la cubierta, y muchos de los cuales llevaban va sus maletas y sus trebejos.



Clara y yo habíamos resuelto que los dos días de escala en Colombo, los pasaríamos visitando la ciudad y sus alrededores, en los que mi amiga había vivido y que conocía al dedillo. Hacia un calor insoportable; tanto, que los lugares más frescos—si así puede decirse—del aquel horrible país, en que los sabios colocan el Paraíso terrenal, tales como los jardines contiguos á los arenales, me parecieron sofocantes estufas. La mayor parte de nuestros compañeros de viaje no se atrevieron á resistir tal temperatura de horno, la que había de quitarles todo deseo de salir y aun de moverse. Y les veo todavía, ridículos y gimientes, en el gran salón del hotel, con servilletas húmedas atadas á la cabeza, elegante arreo renovado cada cuarto de hora y que transformaba la parte más noble de su individuo en chimenea, coronada de un penacho de vapor. Tendidos en sillones de báscula, bajo el punka; con el cerebro liquidado, los pulmones congestionados; sorbían bebidas heladas preparadas por los grumetes; que, por el color de su piel y la estructura del cuerpo, recordaban los hombrecillos de pastaflora de muchas ferias parisienses, en tanto que los demás *boys*, parecidos á los primeros, nos sacudían los mosquitos con fuertes abanicazos

Por lo que á mí se refiere, encontré otra vez—un poco tarde, acaso—mi alegría y mi locuacidad burlesca. Libre de cuidados, seguro del porvenir, volví á ser el mismo que era al salir de Marsella, el parisiense imbécil y zumbón «á quien nadie se la juega», el boulevardier «al que no se la pueden pegar», y que se las tiene tiesas con la naturaleza... aunque se trate de los trópicos.

Colombo me pareció una ciudad fastidiosa, ridícula, sin color local y sin misterio. Medio protestante, medio budista, embrutecida como un bonzo, avinagrada como un pastor evangelista, me proporcionó el placer de sustraerme á sus calles trazadas á cordel, á su cielo inmutable, á su áspera vegetación... Y jugué del vocablo con sus cocoteros que no dejé de comparar con horribles y pelados plumeros, lo propio que con sus enormes plantas, á las que acusé de haber sido podadas por siniestros mercaderes de faluchos pintados y de cinc barnizados. En nuestros paseos á Slave Island, que es el Bosque de Bolonia de la localidad, y en Peffah, que viene á ser un barrio Mouffetard, no encontramos más que tísicas inglesas de opereta, disfrazadas con trajes claros, medio indostanas, medio europeas, de carnavalesca apariencia, y cingalesas, más horribles todavía que las inglesas, viejas á los doce años, arrugadas como ciruelas, torcidas como añosas cepas, parecidas á jergones viejos, con encías llagadas, con labios quemados por la nuez de bonga, y dientes del color de una pipa usada. En vano busqué á las mujeres voluptuosas, á las negras maestras en prácticas de amor, á las pequeñas encajeras tan galanas y de ojos picarescos, de las que me hablara aquel embustero de Eugenio Mortain... Y compadecí de todo corazón á los pobres sabios, á los que se envía aquí, con la misión problemática de descubrir el secreto de la vida.

Pero comprendí que Clara no gustaba de las bromas burdas y ligeras, y creí prudente atenuarlas, no que

riendo ni herirla en su culto ferviente de la naturaleza, ni rebajarme á sus ojos. Repetidas veces yo había notado que ella me oía con sorpresa pensosa.

—¿Por qué está usted tan alegre?...—me había dicho.—No quiero que se goce de tanta alegría, bien mío. Esto me hace daño... Cuando se está alegre, es que ya no se ama. El amor es cosa grave, triste y profunda...

Lo cual no le impedía echarse á reír á propósito de todo, ó á propósito de nada...

Así fué como me animó para una burla que había concebido, y es como sigue:

Entre las cartas de recomendación que había traído de París, se hallaba una para cierto sir Oscar Terwich, que, amén de otros títulos científicos, era en Colombo el presidente de la «Association of the tropical Embriology and the British Entomology». En el hotel donde me informé, supe que, en efecto, sir Oscar Terwich era un respetable científico, autor de trabajos renombrados, un grandísimo sabio, en suma. Resolví visitarle. Esta visita no podía serme perjudicial, sin contar que no me disgustaba el conocer y palpar á un verdadero embriólogo. Vivía lejos, en un arrabal llamado Kolpetty, que es, por decirlo, el Passy de Colombo. Allí, en medio de espesos jardines, adornados con el inevitable cocotero, en quintas espaciosas y singulares, habitan los ricos comerciantes y los altos funcionarios de la ciudad. Ella me esperó en el coche, no lejos de la casa del sabio, en una como plazoleta, sombreada por elevadísimos tecks.



Sir Oscar Terwick se limitó á recibirme cortésmente.

Era un hombre muy largo, muy cenceño, afilado, de cara muy roja, y cuya blanca barba le llegaba hasta

el ombligo, cortada en cuadrilátero á modo de una cola de jaco. Traía ancho pantalón de seda, y su busto velludo aparecía envuelto en una especie de chal de lana clara. Leyó gravemente una carta que yo le había entregado, y después de mirarme de reojo con aire desconfiado—¿desconfiaba de mí ó de sí mismo?—me preguntó:

—¿Usted... ser... embriologist?...

Me incliné en señal de asentimiento.

—*All right!*—gruñó.

Y con el ademán del que echa una red al mar, repuso:

—¿Usted... ser... embriologist?... *Yes...* usted... así... en el mar... *fish... fish... little fish...*

—*Little fish...* claro está... *little fish...*—dije, repitiendo el ademán imitativo del sabio.

—¿En el mar?

—*Yes...* ¡oh, *yes!*...

—¡Interesante!... ¡muy lindo!... ¡muy curioso!... *Yes!*

Insistiendo en la jerigonza—mientras los dos nos obstinábamos en pescar un animal imaginario,—el respetable sabio me llevó delante de una consola de bambú, en la que estaban colocados tres bustos de yeso, coronados de loto artificial. Designándoles con el dedo, me los presentó en tono de gravedad tan cómica, que estuve á punto de soltar la carcajada.

—¡Master Darwin... colosal naturalista... colosal... muy colosal!... *Yes!*...

Saludé respetuosamente.

—Master Haeckel... gran naturalista... No tanto como el otro, no... ¡pero muy grandel!... Master Haeckel... aquí... así... en el mar... *little fish...*

Volví á inclinarme. Y con voz más fuerte, gritó, poniendo su mano extendida, roja como un cangrejo, en el tercer busto:

—¡Master Coqueline!... gran naturalista... del miusiam... ¿cómo lo llaman ustedes?... del miusiam Grévin... *Yes...* Grévin. ¡Muy bonito... muy curioso!...

—¡Interesante!—confirmé.
Tras lo cual me despidió.

Hice á Clara el relato detallado y mímico de esa extraña entrevista. Ella se reía como una loca.

—¡Oh... bebé... bebé... bebé!... ¡cuán chistoso eres, querido picaruelo!...

Tal fué el único episodio científico de mi comisión. ¡Y entonces comprendí qué venía á ser la embriología!

Al día siguiente, después de una salvaje noche de amor, volvíamos á zarpar, con rumbo á China.

SEGUNDA PARTE

I

—¿Por qué no me habla usted de nuestra querida Annie?... ¿No le avisó usted mi llegada?... ¿Vendrá hoy?... ¿Se conserva tan linda?...

—¿Cómo?... ¿No lo sabía usted?... Annie ha muerto, corazoncito mío...

—¡Muerta!—exclamé...—No es posible... quiere atormentarme...

Miré á Clara. Divinamente tranquila y linda, aparecía casi desnuda bajo una túnica amarilla, y recostada sobre una piel de tigre. Descansaba su cabeza entre cojines y sus manos, cubiertas de sortijas, jugaban con un bucle de sus cabellos sueltos. Un perro de Laos, de rojo pelaje, dormía junto á ella, con el hocico en su muslo y una pata en su seno.

—¿De veras no lo sabía usted?—repuso Clara...— ¡Es raro!

Y sonriente y esperezándose con la gracia de un felino, me explicó:

—¡Fué una cosa terrible, querido! Annie murió de la lepra... de esa lepra espantosa que llaman elefan-

tíasis... pues todo es aquí espantoso... el amor, las enfermedades... la muerte... ¡y las flores!... Nunca he llorado tanto... se lo aseguro á usted... ¡La amaba tanto, tanto! ¡Era tan bella, tan singularmente bella!...

Y añadió con encantadora sonrisa:

—¡Ya no podremos gustar jamás el áspero sabor de sus besos!... ¡Es una gran desdicha!

—Entonces... ¿es verdad?...—balbucí...—¿Cómo ocurrió eso?

—No lo sé... Hay tantos misterios aquí... tantas cosas que no se comprenden... Las dos íbamos á menudo junto al río... Entonces había, en un barco cubierto de flores... una bayadera de Benarés... una criatura enloquecedora, querido, á la que unos sacerdotes habían enseñado ciertos ritos malditos de los antiguos cultos brahmánicos... Quizá fué eso... quizá otra cosa... Una noche, volviendo del río, Annie se quejó de vivos dolores en la cabeza y los riñones. Al día siguiente, todo su cuerpo estaba cubierto de manchas purpúreas... Su piel, más rosada y de pulpa más fina que la flor de la altea, se hinchó, se volvió de un color gris ceniciento... gruesos tumores, monstruosos tubérculos la levantaron. Era una cosa tremenda. El mal, que primeramente devoraba las piernas, ganó los muslos, el vientre, los pechos, el rostro... ¡Ah! ¡su rostro, su rostro!... Imagine usted una ampolla enorme, un cuero asqueroso, gris; rayado de obscura sangre... que pendía y se balanceaba á cada movimiento de la enferma... De sus ojos—sus ojos, ¡amor mío!—no se advertía sino una mueca rojiza y rezumante... ¡Aún me pregunto si es posible!

Arrolló entre sus dedos el dorado bucle.

Un movimiento de la pata del perro dormido hizo que, resbalando la seda, quedase al descubierto el globo del seno cuyo pezón se irguió como una fresca flor.

—Sí... aún me pregunto á veces si lo he soñado...—dijo.

—¡Clara... Clara!—supliqué transido de horror... — no me hable usted más... Quisiera que la imagen de nuestra divina Annie apareciera intacta en nuestra memoria... ¿Cómo lo haré ahora para borrar de mi pensamiento esta pesadilla?... ¡Ah! ¡Clara, no diga usted nada más ó hábleme de Annie cuando era bella... cuando era demasiado bella!...

Pero Clara no me escuchaba... Prosiguió:

—Annie se aisló... se emparedó en su casa, sola en su casa, con una aya china que la cuidaba... Había despedido á todas sus criadas y no quería ver á nadie... ni aun á mí... En vano, como puede usted pensar... Los más célebres curanderos y brujos del Tibet, los que saben las palabras que resucitan á los muertos, se confesaron vencidos... No se cura jamás de ese mal; pero tampoco se muere de él... ¡Es horrible!... Entonces se mató... Una gota de veneno dió fin de la más bella de las mujeres.

El espanto sellaba mi labio. Miré á Clara sin ocurrírseme una palabra...

—Supe por esa china un detalle verdaderamente curioso... y que me encanta... Ya sabe usted cuánto le gustaban las perlas á Annie... Poseía algunas incomparables... quizá las más hermosas del mundo... Debe usted recordar qué placer físico, qué espasmo carnal le producía su contacto... Pues bien: al sentirse enferma; esta pasión se convirtió en una locura... en una furia... ¡como el amor!... Durante horas enteras se complacía en tocarlas, acariciarlas, besarlas, adornaba con ellas cojines, collares, esclavinas, capas... Y sucedió una cosa extraordinaria; las perlas morían sobre su piel... perdían poco á poco su brillo... luego se extinguían... ninguna luz se reflejaba en su oriente... y al cabo de unos días, contagiadas por la lepra, se convertían en bolitas de ceniza... Estaban muertas... muertas como las personas, amor mío... ¿Sabía usted que las perlas tuvieran alma?... A mí eso me encanta... Desde entonces pienso siempre en ello...

Después de un corto silencio repuso:

— ¡No es esto todo!... Muchas veces, Annie había manifestado el deseo de ser llevada, una vez muerta, al cementerio de los Parsis... allí... en la colina del Perro Azul... Quería que su cuerpo fuera destrozado por el pico de los buitres... ¡Ya sabe usted cuán singulares y exageradas ideas tenía en todo!... Pues bien: los buitres rehusaron el festín real que ella les ofrecía... Se alejaron, lanzando estridentes graznidos, de su cadáver... Fué preciso quemarlo...

— Pero ¿por qué no me escribió usted todo eso, Clara?—le reproché.

Con ademanes lentos y encantadores, Clara alisó el oro rojo de sus cabellos, acarició el pelo rojo del perro, que se había despertado, y dijo con abandono:

— ¿De veras?... ¿No le escribí nada de eso?... ¿Está usted seguro?... Sin duda me olvidé... ¡Pobre Annie! Y añadió:

— Desde esa gran desgracia... todo me aburre aquí... Estoy demasiado sola... Quisiera morir... morir... yo también... Si usted no hubiese vuelto, creo que ya estaría muerta...

Echó la cabeza sobre los cojines, ensanchó el espacio desnudo de su pecho... y con una sonrisa... con extraña sonrisa de niña y de prostituta á un tiempo:

— ¿Aún le gustan mis pechos?... ¿Aún le parezco á usted bella?... Entonces, ¿por qué huyó de mí... durante tanto tiempo?... Sí, sí, ya sé... no responda... no diga nada... ¡Es usted un tontuelo, amor mío!...

Yo hubiera querido llorar... no pude... Hubiera anhelado hablar siquiera... no pude tampoco...

Estábamos en el jardín, bajo el kiosco dorado, en que las glicinas caían en racimos azules, en racimos blancos; y acabábamos de tomar el té. Tornasolados coleópteros corrían por las hojas, las cetonias vibraban y morían entre los pétalos estremecidos de las rosas, y por la puerta abierta, del lado del norte, veíamos surgir de un estanque, alrededor del cual dor-

mían muchas cigüeñas, los altos tallos de los lirios amarillos jaspeados de rojo.

De repente Clara me preguntó:

—¿Quiere usted que vayamos á dar de comer á los forzados chinos?... Es muy curioso... muy entretenido... es la única diversión original y elegante que tenemos en este rincón de China... ¿quiere usted, amor mío?

Estaba cansado, con la cabeza pesada, todo mi sér invadido por la fiebre de aquel espantoso clima... Además, el relato de la muerte de Annie me había trastornado... Y el calor, allá fuera, era mortal como un veneno...

—No sé lo que me pide usted, Clara querida... pero aún no estoy repuesto de ese viaje á través de llanuras y llanuras, de selvas y selvas... ¡Y este sol... le temo como á la muerte!... Y además, me hubiese gustado tanto ser todo de usted... que fuese usted toda mía, hoy...

—¡Eso es!... Si estuviésemos en Europa y hubiese pedido á usted que me acompañara al teatro, á las carreras... no vacilaría usted... Eso es más hermoso que las carreras...

—Sea usted buena... iremos mañana...

—¡Oh, mañana! ¡siempre mañana!—replicó Clara; conmuecas de suave reproche...—¿No sabe usted que mañana no es posible? ¿Mañana?... Está prohibido... Las puertas del presidio están cerradas... hasta para mí... No se puede dar de comer á los presidiarios más que el miércoles... ¿no lo sabía?... Si no vamos hoy; tendremos que esperar toda una larga semana... ¡Qué aburrimiento!... Toda una semana... ¡imagine usted!... Venga usted, tontuelo, ¡oh! venga, se lo ruego... Hazlo por mí...

Se incorporó en los cojines... Su túnica entreabierta dejó ver más abajo de la cintura, entre nubes de gasa, pedazos de su carne ardiente y sonrosada. De una cajita de oro que estaba á su lado en una bandeja

de laca, cogió con el extremo de los dedos un *sello* de quinina, y, ordenándome que me acercara, lo llevó gentilmente á mis labios.

—¡Ya verá usted cuán embriagador es eso! ¡Ya verá usted!... No puede formarse idea de ello, querido... Como voy á amarle esta noche... ¡cómo te amaré locamente esta noche!... Traga, corazoncito... traga...

Y como viera que yo estaba triste, vacilante, para vencer mi última resistencia, me dijo:

—¡Escucha! He visto ahorcar ladrones en Inglaterra, he visto corridas de toros y dar garrote á los anarquistas en España... En Rusia vi fustigar por los soldados á muchas jóvenes... En Italia he visto fantasmas hambrientos, espectros animados, desenterrar los cadáveres de los coléricos y comérselos ávidamente... He visto en la India, á orillas de un río, millares de seres desnudos, retorcerse y morir entre las convulsiones de la peste... En Berlín, una noche, vi á una mujer á la que yo había amado, una graciosa criatura... la vi vestida de color de rosa entrar en una jaula y perecer entre las garras de un león enfurecido... He presenciado todas las torturas, los terrores todos... ¡Qué espectáculo más hermoso!... Pero ninguno tan hermoso como el que ofrecen... ¿oyes?... los presidiarios chinos... No puedes figurártelo... no eres capaz de concebirlo... Annie y yo íbamos todos los miércoles... ¡Ven, te lo ruego!

—Puesto que tan hermoso es, querida Clara... y tienes tanto gusto en ello...—respondí melancólicamente...— vamos á dar de comer á los presidiarios.

—¿De veras? ¿irás de buena gana?

Clara manifestó su alegría palmoteando como un chico á quien el ayo diera permiso para hacer una travesura. Después sentóse de un salto en mis rodillas, cariñosa y felina, y me rodeó el cuello con sus brazos desnudos... Y su cabellera inundóme el rostro, cegándome con sus reflejos de llamas doradas y embriagándome con sus perfumes...

—Qué bueno eres... querido... querido amor... ¡Besa mis labios... mi nuca... mis cabellos... adorado míol...

Su cabellera tenía un olor animal tan penetrante y rozábame la faz con tan eléctricas caricias, que á su solo contacto olvidaba yo fiebres, fatigas y dolores... y sentía circular, correr por las venas heroicos ardores, nuevas fuerzas...

—¡Ah, cómo vamos á divertirnos, alma mía!... La vista de los presos... me trastorna... y agitan mi cuerpo estremecimientos iguales á los que produce el amor... Paréceme... ¿sabes?... paréceme que penetro en lo más recóndito, hasta el fondo de las tinieblas de mi sér... Tu boca... dame, dame tus labios...

Y ligera, ágil, impúdica y gozosa, seguida del perro que saltaba alegre también, fué en busca de las mujeres encargadas de vestirla.

Mi tristeza y mi cansancio habían desaparecido casi por completo... El beso de Clara, del que tenía el sabor en los labios, mitigaba mis padecimientos, calmaba los latidos de mi fiebre, hasta haciame olvidar la monstruosa imagen de la difunta Annie... Y, tranquilo, recorrí el jardín con la mirada... ¿Tranquilo?...

El jardín descendía en suave pendiente hermoseedo por todas partes con raras y preciosas plantas... Una calle de alcanforeros enormes extendíase desde el kiosco en que yo estaba hasta una puerta roja, en figura de templo, y que daba al campo... Por entre las ramas frondosas de los árboles gigantescos percibí á mi izquierda el río que brillaba como plata bruñida... Traté de distraerme con los variados paisajes del jardín... con sus flores extrañas, su vegetación monstruosa... Un hombre pasó conduciendo atrailladas dos panteras de indolente andar...

Cerca de mí, en el centro de un arriate, aparecía colosal escultura de bronce representando no sé qué divinidad obscena y cruel... Más allá, algunas aves, grullas azules, tucanes de encendido cuello oriundos de la América tropical, sagrados faisanes, patos de

moña y pecho dorados, de alas rojas cual si llevasen un manto purpúreo á semejanza de los antiguos guerreros, y longirrostrós multicolores buscaban la sombra de los bosquecillos... Pero ni las aves, ni las fieras, ni los dioses, ni las flores podían atraer mi atención, como no la atraía el singular palacio que á mi derecha elevaba por cima de los cedros y bambúes sus claras galerías adornadas con flores, sus balcones umbrosos y sus coloreados techos... Mi pensamiento estaba en otra parte... lejos... muy lejos... más allá de los bosques y de los mares... ¡Estaba en mí... perdiase en mí... en lo más profundo de mi sér!

¿Tranquilo?

Apenas hubo desaparecido Clara por entre el follaje del jardín, los remordimientos de estar allí me asaltaron... ¿Por qué había vuelto?... ¿Qué locura, qué cobardía pudo moverme á ello?... Clara me dijo una vez durante la travesía: «Cuando usted se considere muy desgraciado, se va...» Yo me creía, merced á mi pasado infame, capaz de arrostrarlo todo impunemente... y, en efecto, no era más que un niño débil que vivía en constante desasosiego... ¿Muy desgraciado?... ¡Ah, sí, llegué á serlo, á padecer los mayores tormentos, llegué á aborrecerme!... Y partí... Por una ironía realmente perseguidora, aproveché para huir de Clara el viaje á Cantón de una comisión inglesa—yo había nacido, sin duda, para viajar en comisión—que iba á explorar las regiones poco visitadas de Annam... Así lograría olvidar quizás... y quizás la muerte... Durante dos años, dos interminables y crueles años, anduve errante... Y no encontré el olvido ni la muerte... A pesar de las fatigas, los peligros y la fiebre maldita, ni un día, ni un minuto, pude juzgarme curado del veneno terrible que había infiltrado en mí aquella mujer, á la que me ataba, á la que me remachaba la espantosa corrupción de su alma y sus crímenes, su monstruosidad que me encantaba... Había creído yo—¿lo creí de veras?—rehabilitarme por su amor... y caí

más bajo todavía, al fondo del abismo de donde no se sale jamás, una vez que se ha llegado á respirar su ambiente emponzoñado. Con frecuencia, en medio de los bosques, abrasado por la fiebre, después de una jornada, bajo mi tienda, he pensado alejar, por medio del opio, la monstruosa y persistente imagen... Y el opio la evocaba más distinta, más viva, más irresistible... Entonces escribía á la joven cartas disparatadas, insultantes, imprecatorias, cartas en que el odio más violento se mezclaba á la más sumisa adoración... Ella respondía con epístolas encantadoras, incoherentes y lastimeras que yo encontraba algunas veces en las ciudades y casas de postas por donde pasábamos... Quejábase de su soledad, lloraba, suplicaba... me llamaba. Excusábase en estos ó parecidos términos: «Comprende, querido mío, que no poseo el alma de la aborrecible Europa... sino el alma de la vieja China, que es mucho mejor... Me desespera que no puedas acostumbrarte á esta idea...» Por una de sus cartas supe que había salido de Cantón, donde no podía vivir sin mí, para ir á habitar en una ciudad situada más al sur de la China, «una ciudad maravillosa...» ¡Ah! ¿cómo pude resistir tanto tiempo al mal deseo de separarme de mis compañeros y marchar á la ciudad maldita y sublime, al delicioso y atormentador infierno, donde Clara respiraba, vivía en medio de voluptuosidades ignoradas y atroces, mientras yo moría por no poder gozar de ellas también?... Y volví á Clara como el asesino vuelve al lugar de su crimen...



Sonaron en la espesura risas y leves gritos... Un perro apareció dando saltos... Y tras él Clara... Vestía

mitad á la chinesca, mitad á la europea... Una blusa de seda color malva pálido, sembrada de flores doradas, la cubría formando numerosos pliegues que dejaban adivinar la esbeltez de su cuerpo y sus redondeadas formas... Llevaba á la cabeza un gran sombrero de paja, bajo el cual destacábase su rostro como una rosada flor en la sombra. Y calzaba los diminutos pies con zapatos de piel amarilla.

Cuando ella entró en el kiosco, llenóse el aire de perfumes...

—¿Le parezco á usted extrañamente ataviada, no es cierto?... ¡Oh, triste hijo de Europa que no ha reído una sola vez desde su regreso!...

Como yo no me moviese del diván en que estaba tendido, agregó:

—¡Aprisa! ¡aprisa!... querido... Hemos de dar un gran rodeo... Me pondré los guantes por el camino... Vamos... ven... No, tú no... prosiguió rechazando suavemente al perro que ladraba, y saltaba, y movía la cola...

Llamó á un criadito y le ordenó que nos siguiese llevando la cesta para la carne y un tenedor pequeño.

—¡Ah—siguió diciendo...—muy bonito!... Una cesta que es una monada, tejida por el mejor cesterero de China... y el tenedor... vas á ver... un juguete; los dientes son de platino con incrustaciones de oro y el mango de jaspe verde... ¡verde como el cielo á las primeras horas de la mañana... verde como eran los ojos de la pobre Annie!... Vamos, no pongas esa cara de entierro, y sígueme aprisa... aprisa...

Y echamos á andar por el sol, por el horrible sol que secaba la hierba, marchitaba las peonías del jardín y obligábame á bajar la cabeza, cual si la doblégase oprimida por un pesado casco de plomo.

II

El presidio estaba al otro lado del río, cuyas aguas hediondas y negras se deslizaban, al salir de la ciudad, lenta y siniestramente entre las orillas poco elevadas. Para ir allá era necesario dar un largo rodeo, pasando por un puente en el que todos los miércoles se instalaba el mercado de carne para los presidiarios, al que afluía considerable número de personas elegantes.

Clara había rehusado el palanquín. Descendimos á pie del jardín situado fuera del recinto de la ciudad, y por un sendero, adornado á trechos con pardas rocas, tupidos setos de rosas blancas ó recortados aligustres, llegamos á una parte de los arrabales donde las casas, reducidas chozas muy separadas entre sí, estaban rodeadas de pequeñas cercas de bambúes entretejidos. Más lejos se veían únicamente vergeles floridos, huertos y terrenos incultos. Hombres desnudos hasta la cintura, trabajaban en pleno sol, del que les resguardaba el sombrero en forma de campana, y plantaban lirios, esos hermosos lirios tigrados cuyos pétalos recuerdan las patas de la araña marina, y cuyos bulbos sabrosos sirven de alimento á los ricos. Pasamos cerca de algunos miserables cobertizos donde fabricaban ollas los alfareros, ó inventariaban los traperos, puestos en cuclillas entre grandes cestas, lo recogido durante la ma-

ñana, mientras por cima de ellos iba y venía una bandada de graznadores y hambrientos corors. Más allá, bajo enorme higuera, vimos sentado al lado de una fuente á un viejo de aspecto reposado y tranquilo que bañaba algunos pájaros. A cada instante dábamos con palanquines que conducían á la población marineros europeos ebrios del todo. Y detrás de nosotros, escalando la elevada colina, quedaba la ciudad, calurosa y laberíntica, con sus templos y extrañas viviendas rojas, verdes, amarillas, que inundadas por la luz del sol parecían arder.

Clara caminaba aprisa, indiferente á mi cansancio, sin cuidarse del sol que caldeaba la atmósfera, y que, no obstante nuestros quitasoles, nos quemaba la piel; movióse con desembarazo, ágil, resuelta, dichosa. A veces, con acento de festivo reproche, me decía:

— ¡Qué calmoso es usted, querido!... ¡Dios mío, qué calmoso!... No camina apenas... Cuando lleguemos, las puertas estarán ya abiertas y los presidiarios ahitos... ¡Sería horrible! ¡Oh, cuánto le aborrecería á usted entonces!

De rato en rato, dábame pastillas de hamamelis, que activan la respiración, y exclamaba, mirándome con ojos burlones:

— ¡Oh, débil criatura!... ¡pobrecito!... ¡pobrecito!...

Después, entre alegre y enojada, echaba á correr... Me costaba trabajo seguirla... Muchas veces hube de detenerme para tomar aliento. Parecíame que mis venas se rompían, que mi corazón estallaba.

Y Clara repetía con voz que semejaba un gorjeo:

— ¡Débil criatura!... ¡Pobrecito!...

El sendero finalizaba en el muelle. Dos grandes vapores desembarcaban carbón y mercancías de Europa; algunos juncos preparábanse para la pesca; numerosa flotilla de sampanas, con sus camarines de abigarrados colores, reposaba anclada, mecida por la leve agitación de las aguas. No soplabá la más ligera brisa.

Aquel muelle, ruinoso y sucio, cubierto de negro

polvo y de desperdicios de pescados, me causó viva repugnancia. Fétidas emanaciones, ruidos de risas, sonidos de flautas, ladridos de perros salían del interior de los zaquizamis que se extendían á lo largo de él; casas de té, que son criaderos de sabandijas, comercios ladroneras, oscuras factorías. Clara me indicó riendo una especie de puestecillo donde se vendían, colocadas en hojas de caladio, porciones de ratas y cuartos de perros, y ensaitados en un mismo asador, pescados podridos, pollos tísicos cubiertos con un baño de goma copal, raciones de banano, y murciélagos que todavía sangraban...

A medida que avanzábamos, los olores eran más insoportables, la inmundicia mayor. En el río, las embarcaciones se estrechaban unas contra otras, se agrupaban mezclando las extremidades siniestras de sus proas y los guiñapos de sus destrozadas velas. Allí vivía una población numerosa, compuesta de pescadores y piratas, horribles demonios de mar, de rostros atezados, labios enrojecidos por el betel, y mirada que hacía temblar. Jugaban á los dados, vociferaban, reñían; algunos, más pacíficos, despojaban de los intestinos á los pescados, que luego, en sartas, habían de poner á secar al sol, ó domesticaban monos, enseñándoles mil destrezas y obscenidades.

—Divertido, ¿verdad?...—dijo Clara.—Son más de treinta mil y no tienen otro domicilio que los barcos... ¡El diablo únicamente puede saber sus fechorías!...

Recogióse las faldas, descubriendo el principio de sus ágiles é incansables piernas, y por algún tiempo todavía seguimos el abominable camino hasta el puente, formado por extrañas construcciones superpuestas y cinco arcos macizos, pintados con vivos colores, y por entre los que, siguiendo el giro de las aguas, se deslizaban grandes manchas circulares de aceite.

En el puente, el espectáculo cambia, pero el olor aumenta, ese olor tan peculiar de toda China, y que en las ciudades, en los bosques y en las llanuras, hace

pensar constantemente en la podredumbre y en la muerte.

Puestecillos imitando pagodas, tiendas en forma de kioscos, hechas con telas ligeras y sedosas, inmensos quitasoles que cobijan carritos y cestos montados sobre ruedas, véanse allí en apretada fila. En aquellos puestecillos, bajo aquellas tiendas y quitasoles, rollizos mercaderes, ventrudos como hipopótamos, vestidos con amplios trajes amarillos, verdes, azules, aullando y golpeando sobre gongos para atraer á los compradores, venden ratas muertas, perros ahogados, trozos de ciervo y de caballo, aves purulentas, todo amontonado y revuelto en hondas vasijas de cobre.

—¡Aquí... aquí... por aquí!... ¡Venid por aquí!... ¡Y mirad!... ¡Y escoged!... En ninguna parte encontraréis nada mejor... Ni más podrido...

Y luego de buscar en las vasijas, agitaban como banderas, al extremo de largos asadores de hierro, asquerosas raciones de carne putrefacta, y haciendo muecas atroces, que lo parecían más á causa de las rayas purpúreas que cruzaban sus rostros, pintados lo mismo que caretas, repetían dominando el furioso resonar de los gongos y los gritos de la multitud:

—¡Aquí... aquí... por aquí!... ¡Venid por aquí!... ¡Y mirad!... ¡Y escoged!... En ninguna parte encontraréis nada mejor... Ni más podrido...

Así que entramos en el puente, Clara me dijo:

—¡Ah, ves, hemos llegado tarde!... ¡Es tuya la culpa!... Apresurémonos.

En efecto, una compacta muchedumbre de chinas, y entre ellas algunas inglesas y rusas—porque había muy pocos hombres á más de los comerciantes,—hormigueaba en el puente. Trajes cubiertos de bordados, que representaban flores y metamorfosis, sombrillas multicolores, abanicos ligeros como pájaros, risas, gritos, alegría, lucha, todo eso vibraba, espejeaba, cantaba, revoloteaba en la luz, como una fiesta de vida y de amor.

—¡Aquí... aquí... por aquí!... ¡Venid por aquí!...

Desconcertado por la violencia de los empujones, aturdido por el vocear de los vendedores y las vibraciones sonoras de los gongos, todavía hube de sostener casi un combate para avanzar por entre la concurrencia, y proteger á Clara contra los insultos de los unos y los golpes de los otros. Pelea grotesca en verdad, porque yo, cansado y sin fuerzas, era arrastrado por aquel tumulto humano, tan fácilmente como el árbol seco que arrollan las aguas furiosas del torrente... Clara se lanzaba á lo más fuerte de la refriega. Sufría el brutal contacto y la violencia, por decirlo así, de la multitud, lo sufría todo con placer delirante... Una vez, exclamó entusiasmada:

—Ves, querido... todo mi traje desgarrado... ¡Es delicioso!

Mucho trabajo nos costó abrimos paso hasta las tiendas, obstruidas por la gente, tomadas por asalto, cual si quisieran saquearlas.

—¡Mirad y escoged!... En ninguna parte encontraréis nada mejor.

—¡Aquí... aquí... por aquí!... ¡Venid por aquí!

Clara tomó un pequeño tenedor de manos del muchacho que nos seguía con una cesta, y pinchó en las vasijas.

—¡Pincha tú también!... ¡Pincha, amor mío!...

Creí que iba á perder el sentido á causa del espantoso hedor á osario que exhalaban las tiendas, los recipientes removidos, toda aquella multitud que se precipitaba á comprar tales inmundicias como si hubiesen sido flores.

—¡Clara, querida Clara!—le rogaba yo.—¡Vámonos de aquí, te lo suplico!

—¡Oh, qué pálido estás! Y ¿por qué? ¿No es esto muy divertido?...

—¡Clara... querida Clara!...—insistí.—¡Por Dios, vámonos de aquí! Me es imposible soportar por más tiempo este olor...

—¡Pero si esto no huele mal, amor mío!... ¡Se huele la muerte y nada más!...

Parecía tranquila... Ni el más leve gesto de disgusto dibujábase en su semblante, fresco cual una flor de cerezo. Por el amortiguado fuego de sus ojos y lo agitado de su respiración, hubiérase dicho que experimentaba un goce voluptuoso... Husmeaba la podredumbre con delicia, como un perfume.

—¡Oh, qué apetitoso... qué exquisito bocadito!...

Con gracioso ademán llenó la cesta de nauseabundos despojos.

Y á través de la multitud excitada, aspirando repugnantes olores, continuamos venosamente nuestro camino.

—¡Aprisa!... ¡Aprisa!..

III

El presidio está construído á la orilla del río. Es un edificio cuadrangular, que comprende una extensión de más de cien mil metros cuadrados. En el exterior no hay una sola ventana, ni otra abertura que la inmensa puerta coronada de rojos dragones y reforzada con gruesas barras de hierro. Las torres de los vigilantes;

torres cuadradas con techos superpuestos de retorcidos picos, señalan los cuatro ángulos de la siniestra mansión, y entre ellas se alzan de trecho en trecho otras más pequeñas. De noche todas estas torres se alumbran como faros, y esclarecen con delatora luz los alrededores del presidio, la llanura y el río. Una de las paredes hunde en las aguas negras, fétidas y profundas, sus robustos cimientos revestidos de algas viscosas. Una puerta baja comunica, por medio de un puente levadizo, con la empalizada que llega hasta la mitad del río, y en la que amarran numerosas barcas de servicio y sampanas. Dos alabarderos, apoyados en sus armas, velan á la puerta. A la derecha de la empalizada, un diminuto acorazado, parecido á nuestros guardacostas, se mantiene inmóvil, dirigiendo hacia el edificio la boca de sus tres cañones. A la izquierda, en toda la extensión que puede percibirse del río, veinticinco ó treinta filas de buques ocultan la opuesta margen con sus cascos multicolores, con el bosque de sus mástiles, con sus velas grises. Y de cuando en cuando pasan pesadas embarcaciones de rueda que infelices, encerrados en una jaula, mueven agotando las fuerzas de sus brazos secos y nerviosos.

Detrás del presidio se extienden hasta muy lejos, hasta la montaña que cierra el horizonte con una línea obscura, terrenos pedregosos ligeramente ondulados, negruzcos en algunos sitios, de color de sangre seca en otros; terrenos donde no crecen más que raquíticos arces, azulados cardos y desmedrados cerezos que nunca florecen. ¡Desolación infinita! ¡Abrumadora tristeza!... Durante ocho meses del año, el cielo está azul; un azul rojizo, teñido por los reflejos de un incendio perpetuo, azul implacable, en el que jamás, ni por capricho siquiera, osa aventurarse una nube. El sol cuece la tierra, tuesca las rocas, vitrifica los guijarros que bajo el pie se rompen con crujidos de cristal y chasquidos de llamas. Ningún ave cruza esta fragua

aérea. Unicamente viven allí organismos invisibles, herveridos vacilares, que, al acercarse la noche, cuando espesos vapores se elevan del caldeado río junto con las canciones de los marineros, toman distintamente la forma de la fiebre, de la peste, de la muerte...

¡Qué contraste con la otra orilla, donde el suelo rico y fértil, cubierto de huertas y jardines, nutre gigantes árboles y maravillosas flores!

Al salir del puente, pudimos, por fortuna, encontrar un palanquín que nos llevó hasta el presidio, cuyas puertas estaban cerradas todavía. Un piquete de agentes de policía, armados de lanzas con banderolas amarillas y descomunales escudos que los ocultaban casi por completo, contenía á la muchedumbre impaciente y muy numerosa que aumentaba de minuto en minuto. Habíanse levantado tiendas donde se bebía té, ó se comía lindos confites, pétalos de rosas y acacias envueltos en finas pastas olorosas y azucaradas, ó donde músicos tocaban la flauta y poetas recitaban versos, en tanto que el punka, agitando el abrasado ambiente, esparcía un ligero frescor que acariciaba el rostro. Y mercaderes ambulantes vendían imágenes, antiguas leyendas de crímenes, representaciones de suplicios, estampas y marfiles extrañamente obscenos. Clara compró algunos de estos últimos, y me dijo:

—Mira como los chinos, á quienes se moteja de bárbaros, están por el contrario más civilizados que nosotros; comprenden mejor la lógica de la vida y la armonía de la naturaleza... No consideran el acto amoroso como una vergüenza que se debe ocultar... Al revés, la glorifican contando todos los gestos, las caricias todas... lo mismo que los antiguos, para quienes el sexo, lejos de ser un objeto de infamia, una imagen de impureza, era un dios... Mira también cuanto pierde el arte occidental con que se le haya prohibido las magnificas expresiones del amor. Entre nosotros el erotismo es ridículo, estúpido, frío como la nieve... Tiene siempre visos de pecado, mientras que aquí con-

serva toda la amplitud vital, toda la rugiente poesía, todo el grandioso estremecimiento de la naturaleza... Pero tú eres un amante á la europea... un pobrecillo tímido é indiferente á quien la religión ha inculcado el miedo á la naturaleza y el odio al amor... ha falseado, pervertido en tí el sentido de la vida...

—Querida Clara—le objeté,—¿es natural, acaso, que busque usted la voluptuosidad en la podredumbre, y venga aquí á exaltar sus deseos con horribles espectáculos de dolor y muerte? ¿No es, por el contrario, una perversión de esa naturaleza, cuyo culto proclama usted, para excusar, quizá, lo que hay de criminal y monstruoso en las sensualidades de usted?...

—¡No—dijo Clara con viveza,—son una cosa misma!—Y puesto que la podredumbre es la eterna resurrección de la Vida... Veamos...

Interrumpióse de pronto y me preguntó:

—Mas ¿por qué me dices eso?... ¡Eres gracioso!...

Y haciendo un mohín encantador, añadió:

—¡Es fastidioso que no comprendas nada!... ¿Cómo no sabes esto?... ¿Cómo no has comprendido aún que, no digo ya en el amor, sino en la lujuria, que es la perfección del amor, todas las facultades cerebrales del hombre se despiertan y afirman?... ¿Que únicamente de la lujuria cabe esperar el total desenvolvimiento de la personalidad?... Atiende... Durante el acto amoroso, ¿no has pensado nunca en cometer, por ejemplo, un gran crimen... es decir, en elevarte por cima de todos los principios sociales y de todas las leyes, por cima de todo, en una palabra?... Y si no has pensado en ello, entonces, ¿por qué deseas amar?...

—No me siento con fuerzas para discutir...—murmuré.—Páreceme estar bajo el influjo de una pesadilla... Ese sol... esta gente... estos olores... y tus ojos... ¡ah! tus ojos atormentadores y voluptuosos... y tu voz... y tu crimen... todo esto me anonada... me enloquece.

Clara dejó escapar una risita burlona.

—¡Pobrecito mío!...—dijo con un suspiro lleno de ma-

licia.—¡No dirás eso esta noche cuando te halles en mis brazos... y yo te amel...

El gentío aumentaba cada vez más. Bonzos sentados en el suelo debajo de quitasoles y sobre anchas telas rojas, que parecían charcos de sangre, golpeaban los gongos é insultaban groseramente á los transeuntes, quienes, para acallarlos, dejaban caer con devoción en tazones de metal grandes monedas.

Clara me condujo bajo una tienda toda cubierta de flores de albérchigo bordadas, hizome sentar junto á ella en un rimero de cajones y díjome acariciando mi frente con su mano eléctrica, con su mano dispensadora del olvido y escanciadora de la embriaguez:

—¡Dios mío... qué cansado es esto!... Todas las semanas ocurre lo mismo... No acaban de abrir esa puerta... ¿Por qué callas?... ¿Te doy miedo tal vez?... ¿Te alegras de haber venido?... ¿Te gustan mis caricias, picarillo mío adorado?... ¡Qué ojos de fatiga!... Es la fiebre... y ¿dices que también yo?... ¿Dices que yo?... ¿Quieres beber té?... ¿Quieres otra pastilla de hama-meis?...

—¡Quisiera no estar aquí!... ¡Deseo dormir!...

—¡Dormir!... ¡Eres muy raro!... ¡Oh, pronto verás qué hermoso es esto!... ¡cuán terrible!... ¡Y qué extraordinarios... qué desconocidos... qué maravillosos deseos agitan la carne!... Regresaremos por el río en mi sampana... Y pasaremos la noche en un barco de flores... Te agrada, ¿no es cierto?...

Dióme en la mano algunos golpecitos con el abanico.

—Pero ¿no me oyes?... ¿Por qué?... Estás pálido y triste... Veo que no pones atención en lo que digo...

Se pegó á mí con todo el cuerpo, incitante y mimosa.

—No me oyes, feísimo—repitió.—¡Y ni me acaricias siquiera!... ¡Acaríciame, amor!... Toca mis pechos; verás qué frios y duros están...

Y con acento más ronco, despidiendo por los ojos verdes llamas, voluptuosa y cruel, habló así:

—Atiende... hace ocho días... vi una cosa extraordinaria... ¡Oh, amado mío! vi azotar á un hombre porque había hurtado un pescado. El juez declaró sencillamente: «No siempre se puede decir del que lleva un pescado en la mano: Es un pescador.» Y condenó al hombre á los azotes de hierro hasta que muriese... ¡Por un pescado, querido!... Esto sucedió en el jardín de los Suplicios... Figúrate que el hombre estaba arrodillado en tierra y descansaba la cabeza en una especie de tajo... un tajo enteramente negro de tanta sangre como de antiguo venía derramándose sobre él... El hombre tenía desnudas las espaldas hasta la cintura... ¡unas espaldas de color de oro viejo!... Llegué en el preciso momento en que un soldado amarraba la larga trenza del reo á una argolla fija en una piedra del suelo... Cerca del paciente otro soldado enrojecía, en un hornillo encendido, una delgadita... pero muy delgadita varilla de hierro... Y verás... ¡Escúchame bien!... ¿Me escuchas?... Cuando la varilla estaba candente, el verdugo, describiendo con el brazo un círculo en el aire, azotaba al hombre en la parte de las caderas... La varilla hacía ¡chuit! al cortar el aire, y penetraba muy adentro en los músculos que se contraían; y elevábase luego una nubecilla rosácea... ¿comprendes?... Dejaba el soldado enfriar la varilla dentro de las carnes, que se hinchaban y se cerraban... después, cuando ya estaba fría, la arrancaba de un tirón, llevándose adheridos á ella diminutos jirones sangrientos... Y el hombre lanzaba espantosos gritos de dolor... Luego comenzaba de nuevo... Repitió la operación ¡quince veces!... Y á cada golpe, parecíame, adorado mío, que la varilla entraba también en mis espaldas... ¡Aquello era atroz y dulcísimo!...

Como yo guardase silencio, repitió:

—Aquello era atroz y dulcísimo... ¡Y si supieses qué hermoso y fuerte era aquel hombre!... De músculos esculturales... ¡Abrázame, amor mío, abrázame!...

Las pupilas de Clara se volvían hacia arriba. Entre

los párpados medio cerrados no percibía yo más que el blanco de sus ojos... Aun añadió:

—El hombre no se movió... Tan sólo leves ondulaciones recorrían sus espaldas... ¡Oh, dame tus labios!..

Al cabo de algunos segundos, prosiguió:

—El año pasado vimos Annie y yo algo más asombroso... Un hombre violó á su madre y luego le abrió el vientre de una cuchillada. Seguramente estaba loco... Fué condenado al suplicio de la caricia... Sí, querido mío... ¡es admirable!.. No se permite á los extranjeros asistir á este suplicio, que, por otra parte, se aplica hoy muy raras veces... Pero compramos al guardián, que nos ocultó tras un biombo... Lo vimos todo muy bien... El loco, que no tenía semblante de tal, fué extendido sobre una mesa muy baja, sujeto á ella con resistentes cuerdas y amordazado... de manera que no pudiese hacer un movimiento ni lanzar un grito... Una mujer, ni bella ni joven, de fisonomía grave, vestida de negro, y ceñido el desnudo brazo con una ancha pulsera de oro, se arrodilló junto al loco... Empuñó el miembro viril... y dió principio al tormento... ¡Oh, querido... querido!.. ¡Si hubieras visto!.. Aquello duró cuatro horas... ¡Cuatro horas, considera!.. ¡Cuatro horas de terribles y estudiadas caricias, durante las cuales la mano de la mujer no se detuvo un minuto, durante las cuales su rostro permaneció impasible!.. El paciente expiró al lanzar por el miembro un chorro de sangre, que salpicó el rostro de la atormentadora... Nunca he visto nada tan atroz, y del efecto que nos produjo á Annie y á mí, nos desmayamos... ¡Siempre tengo presente aquella escena!..

Con acento de tristeza, añadió:

—La mujer llevaba en uno de sus dedos un grueso rubí que, durante el suplicio, iba y venía brillando; herido por el sol como una inquieta chispa de fuego... Annie lo compró... Ignoro lo que ha sido de él... Yo hubiera querido conservarlo.

Clara se calló; repasaba, sin duda, en la mente, las

impuras y sangrientas imágenes del abominable recuerdo...

Unos minutos después oyóse un rumor que partía de las tiendas y de la multitud. A través de los soñolientos párpados, que á pesar mío, se me cerraron casi, cuando escuché el horroroso relato, vi pasar en rápido torbellino trajes, sombrillas, abanicos, rostros felices y malditos... Aquello era un alud de flores inmensas, un remolino de aves fantásticas.

—¡Los puentes, corazón mío—exclamó Clara,—los puentes se abrén!... ¡Ven... ven aprisa!... ¡No estés apesadumbrado!... ¡Ah, te lo ruego!... ¡Piensa en todas las cosas bellas que vas á ver y de que te he hablado!...

Me puse en pie. Y ella, corriéndome por el brazo, me arrastró no sé á dónde...

IV

La puerta del presidio se abría al principio de un largo y obscuro corredor, de cuyo fondo, muy lejano, llegaban hasta nosotros, apagados por la distancia, sonos de campana. Clara, así que los hubo oído, palmoteó alegre.

— ¡Oh, amor mío! ¡La campana! ¡La campana!... Hemos tenido suerte... Sacude tu tristeza... No estés disgustado, te lo suplico... {

A la entrada del presidio se agolpaba la gente con tal ímpetu, que los agentes de policía á duras penas lograban poner un poco de orden. En aquella confusión que aumentaban las conversaciones, los gritos, la dificultad de respirar libremente, el roce de las telas y el chocar de las sombrillas y abanicos, se arrojó Clara resueltamente, más exaltada después de oír la campana, acerca de la que no sabía yo por qué sonaba así, ni lo que significaban sus dobles, apagados y lejanos, que producían á Clara tanto placer...

—¡La campana!... ¡La campana!... ¡La campana!...
¡Ven!

Pero no adelantábamos una pulgada, no obstante los esfuerzos de los muchachos portadores de las cestas, quienes repartiendo codazos intentaban abrir paso á sus amas. Altos ganapanes de faz siniestra, horrorosamente flacos, desnudo el pecho lleno de costurones, levantaban por cima de nuestras cabezas cestos llenos de carne cuya descomposición aceleraba el calor haciendo nacer millones de larvas. Yo veía, junto á mí, espectros del crimen y del hambre, visiones de pesadilla, demonios resucitados de las más antiguas y terroríficas leyendas de la China, y cuyas bocas que parecían hechas de un corte dado en la piel, abríanse al reir hasta la barbilla, torciéndose siniestramente y enseñando los dientes barnizados con betel. Unos se insultaban mutuamente tirándose, sin piedad, de la trenza; otros se deslizaban como reptiles por entre la multitud y registraban los bolsillos, cortaban las bolsas, hurtaban las alhajas y desaparecían con el botín.

—¡La campana!... ¡la campana!...—repetía Clara

—Pero ¿qué campana?

—Ya verás... ¡Es una sorpresa!

Y los olores que revolvía la muchedumbre—olores mezclados de tocador y de matadero, pestilencias de carnes muertas y perfumes de carnes vivas—me hacían desfallecer, me helaban hasta la médula. Sentía la misma impresión de entorpecimiento letárgico que tantas veces hube de experimentar en los bosques de Annam durante la noche, cuando los miasmas, dejando sus recónditos albergues, acechan ocultos detrás de cada flor, de cada hoja, de cada brizna de hierba. Prensado, empujado por todas partes, la respiración me faltaba, iba á perder el conocimiento.

—¡Clara!... ¡Clara!...—grité.

La joven hizome aspirar algunas sales, que me reanimaron un poco. Estaba ella tranquila, muy alegre, entre aquel gentío cuyos olores olfateaba, del que su-

fría los más repugnantes estrujones con una especie de espasmo voluptuoso. Ofrecía su cuerpo—todo su cuerpo esbelto y palpitante—á las brutalidades, á los golpes, á los empujones. Su piel, tan blanca, teñíase de encendido color: sus ojos humedecíanse como en el goce sensual; sus labios hinchábanse cual brotes á punto de florecer. Una vez más, díjome con algo de lástima burlona:

—¡Ah, pobrecillo, pobrecillo!... ¡Nunca serás otra cosa que una pobre criatura!...

Al pasar de la claridad deslumbradora del sol á la obscuridad del corredor, me pareció al pronto que andaba entre tinieblas; pero las sombras fueron desvaneciéndose poco á poco y logré, al fin, darme cuenta del lugar en que me hallaba.

El corredor era espacioso y estaba alumbrado por claraboyas que dejaban pasar á través del vidrio opaco una luz mortecina. Una sensación de húmeda frescura, casi de frío, recorrió mi cuerpo como una caricia. Las paredes rezumaban igual que las grutas subterráneas.

Mis pies, abrasados por los guijarros de la llanura, se hundían en la arena de que estaban cubiertas las baldosas del corredor, arena que tenía la blandura suave de las dunas junto al mar. Hice una aspiración lenta y profunda. Clara me dijo:

—Considera qué bien deben de hallarse aquí los presidiarios. Están al fresco cuando menos.

—Pero ¿dónde están?—pregunté.—¡A derecha é izquierda no veo más que paredes!

Clara sonrió.

—¡Eres muy curioso! ¡Ya estás más impaciente que yo! ¡Espera, espera un poco!... Lo verás en seguida... ¡Atiende!...

Se detuvo y señaló hacia un punto del corredor; relampagueábanle los ojos, acelerábase su respiración, aplicaba el oído á los ruidos que llegaban hasta nosotros, como una corza á los rumores del bosque.

—¿Oyes? ¡Son ellos! ¿Oyes?

Entonces, á través de las voces del gentío, que invadía el corredor, percibí gritos, sordos lamentos, crujir de cadenas, resoplidos como de fuelles de fragua, extraños y prolongados ronquidos de bestias salvajes. Y parecían salir de lo profundo de las paredes, de bajo tierra... de los antros mismos de la muerte... de no sé dónde...

—¿Oyes?—repetía Clara.—¡Son ellos, les verás al punto, sigamos! Cógete de mi brazo. Mira bien. ¡Son ellos! ¡Son ellos!

Continuamos andando seguidos del criadito, atento á los deseos de su ama. Y el horrible olor á cadáver nos acompañaba también, no nos dejaba, aumentando con otros olores cuya acritud amoniacal nos escocía los ojos y la garganta.

La campana no cesaba de tañer, lejos, lejos, con sonidos lentos, dulces, apagados, semejantes al quejido de un moribundo. Clara exclamó por tercera vez:

—¡Oh, la campana! Expira ya, expira ya, querido mío... ¡Puede que no le veamos!

· Sentí de pronto sus dedos clavárase nerviosamente en las carnes.

—¡Amor mío, amor mío! ¡Ah, á tu derecha! ¡Qué horror!

Volví rápidamente la cabeza. El infernal espectáculo comenzaba.

A la derecha veíanse espaciosas celdas, ó más bien, grandes jaulas cerradas por barrotes de hierro y separadas las unas de las otras por gruesos tabiques de piedra. Ocupaban cada una de las diez primeras igual número de condenados, y en las diez podía contemplarse la misma escena. Cabezas asomando por un cepo tan ancho que impedía ver los cuerpos, vivas y espantosas cabezas que hubiéranse creído cortadas y puestas sobre mesas. Acurrucados entre montones de basura, con las manos y los pies encadenados, no podían aquellos seres ni estirar los miembros, ni acostarse, ni descansar jamás. Al menor movimiento osci-

laba el cepo rozando sus cuellos desollados y sangrientos, y lanzaban rugidos de dolor mezclados á veces con insultos á nosotros y súplicas á los dioses.

Yo permanecía mudo de espanto.

Ligera, con estremecimientos infantiles y ademanes exquisitos, Clara pinchó de la cesta algunos pedacitos de carne y los lanzó con gracia á través de los hierros. Diez cabezas, simultáneamente, meciéronse en los cepos que se balancearon; veinte ojos, desencajados, clavarón en el alimento miradas indescriptibles, miradas de terror y de hambre... Después un mismo grito doliente. salió de las diez bocas contraídas. Y conociendo su impotencia, los condenados quedaron inmóviles, algo inclinadas las cabezas como á punto de rodar por el declive del cepo, los rasgos del flaco y descolorido semblante encogidos, figurando una rígida mueca, en una especie de inmovilidad burlona.

—No pueden comer—explicó Clara...—No pueden alcanzar los trozos de carne... ¡Naturalmente, con sus máquinas!... Bien mirado, esto no es nuevo. Es el suplicio de Tántalo, corregido y aumentado por la feroz imaginación mongólica. ¿Eh?... ¿Crearás ahora que hay gente desgraciada?...

Y arrojó de nuevo dentro de la jaula otro pedazo de carne, que fué á caer en el borde de uno de los cepos é imprimió á éste un leve movimiento de oscilación. Roncos gruñidos respondieron; un odio más violento y más desesperado brilló al mismo tiempo en las veinte pupilas.

Clara retrocedió instintivamente.

—Ya ves—prosiguió con acento menos firme.—Lés divierte que yo les dé de comer. Proporciono con ello un momento de distracción á esos pobres diablos. ¡Adelante! ¡adelante!

Pasamos lentamente por delante de las diez jaulas. Algunas mujeres paradas frente á ellos, gritaban ó reían con alborozo, divirtiéndose con los padecimientos de los presos. Vi á una rusa, de mirada incolora y

fría, tender á éstos, enganchado en la punta de la sombrilla, un innoble bocado verdinegro que acercaba y retiraba alternativamente.

Y estirando los labios, enseñando los dientes cual perros furiosos, con expresiones que nada tenían de humano, intentaban los miserables pillar el alimento que siempre huía de sus bocas rebosantes de baba. Buen número de curiosas seguían con atención, y regocijo el juego cruel.

—¡Qué imbéciles!—dijo Clara, realmente indignada. —Hay mujeres, en verdad, que nada respetan. ¡Esto es vergonzoso!

Le pregunté:

—¿Qué crímenes han cometido estos hombres para merecer tales castigos?

Y ella respondió, distraídamente:

—No lo sé... Ninguno, quizás, ó algunos robos sin importancia á los mercaderes. Además, esta es gente del pueblo, granujas del muelle, vagabundos, pobres... No me interesan mucho... Pero hay otros... Vas á ver luego á mi poeta... Sí, hay aquí uno que prefiero á los demás, y cabalmente es poeta... ¿Qué gracioso es esto, verdad?... ¡Ah, pero es un gran poeta! Ha compuesto una sátira admirable contra un príncipe que robó el tesoro de la nación... Y detesta á los ingleses. Hará dos años que una noche lo llevaron á mi casa. Recitó cosas deliciosas. Pero en la sátira hace maravillas... Vas á verle. Es el más hermoso de todos. ¡A menos que no haya muerto ya! No sería extraño sometido á este régimen... Lo que más pena me da es que no me conoce. Le hablo... le recito sus poemas. ¡Y nada!... Es horrible; ¿verdad? ¡Bah! es divertido también, al fin y al cabo...

Trataba de estar alegre... Pero no lo conseguía... su rostro tornábase serio, sus narices palpitaban más aprisa... Apoyábase con más fuerza en mi brazo y yo la sentía estremecerse á cada instante desde la cabeza hasta los pies...

Advertí entonces que en la pared de la izquierda, enfrente de cada una de las celdas, había profundos nichos que contenían tablas pintadas y esculpidas donde se representaban con ese espeluznante realismo del extremo Oriente las diversas clases de tormentos usados en China: decapitaciones, estrangulaciones, descuartizamientos, invenciones infernales y precisas que llevan hasta un refinamiento desconocido en nuestras crueldades occidentales, poco numerosas y variadas, por cierto, el arte del suplicio. Museo del espanto y desesperación donde nada había olvidado la ferocidad humana y que, sin cesar, á todas las horas del día, recordaba á los presos por medio de fieles imágenes la bien meditada muerte que les reservaban sus verdugos.

—¡No mires eso!—dijo Clara haciendo un ademán de menosprecio.—Son tablas pintadas, amor... Mira hacia aquí, donde está lo real... ¡Aguarda!... ¡He aquí, justamente, á mi poeta!...

Y paróse de golpe delante de la jaula.

Pálida, descarnada, con gesto macabro, los pómulos horadando la piel comida por la gangrena, los labios arremangados y temblorosos dejando al descubierto las encías, una faz asomábase á los hierros donde se agarraban dos manos largas, huesudas y semejantes á secas patas de pájaro. Aquella faz, de la que todo vestigio humano había desaparecido para siempre, aquellos ojos obstinados y aquellas manos reducidas á garras sarnosas, me infundieron pavor... Echéme hacia atrás con movimiento instintivo para no sentir el aliento pestilente de aquella boca, para evitar la herida de aquellas garras... Pero Clara se aproximó de nuevo á la jaula, en el fondo de la cual, entre medrosas tinieblas, cinco seres vivos, que un tiempo fueron hombres, iban y venían, desnudo el torso, lleno el craneo de magulladuras sangrientas. Jadeantes, gritando, aullando, trataban en vano de derribar á fuerza de rudos empujones el robusto tabique... Después volvían á pa-

searse con ágiles movimientos de pantera y obscenidades de mono... Ancho tablero, colocado transversalmente, les ocultaba de medio cuerpo abajo y del invisible pavimento de la celda exhalábase un hedor asfixiante y mortal.

—¡Buenos días, poeta!...—dijo Clara dirigiéndose á la faz.—Soy amable, ¿verdad? He venido para verte una vez más todavía ¡pobrecito mío!... ¿Me conocerás hoy?... ¿No?... ¿Por qué no te acuerdas de mí?... ¡Soy bella y te he querido toda una noche!...

La faz no se movió, fijos los ojos en la cesta de carne que llevaba el muchacho... Y de su garganta salía un ronquido de animal.

—¿Tienes hambre?—prosiguió Clara.—Ya te daré de comer... Traigo para ti lo mejor del mercado... Pero antes he de recitar tu poema «Las tres amigas»... ¿Quieres?... Te agradará escucharlo.

Y recitó:

«Tengo tres amigas.

»La primera de alma inquieta como la hoja del bambú.

»De genio ligero y juguetón, parecido á la hoja de la mosa de la eulalia.

»De ojos semejantes al loto.

»Y de senos tan duros como la toronja.

»Sus cabellos, recogidos en una trenza, descienden por sus espaldas de oro, lo mismo que negra serpiente.

»Su voz es dulce cual la miel de las montañas.

»Sus caderas son pequeñas y flexibles.

»Sus piernas son iguales por su redondez al tallo liso del bananero.

»Tiene el andar del elefante joven y alegre.

»Gusta del placer, sabe hacerlo desear y variarlo...

»Tengo tres amigas.»

Clara se interrumpió;

—¿No te acuerdas ya?—preguntó luego... —¿Acaso no te gusta mi voz?

La faz no había pestañeado siquiera...

Parecía no entender. Continuaba devorando con la mirada la horrible cesta y oíase como chasqueaba la lengua entre la saliva que le llenaba la boca.

—Vamos—dijo Clara.—Escucha otro poco... ¡Y comerás en seguida, puesto que tienes tanta hambre!

Y prosiguió con voz lenta y cadenciosa:

«Tengo tres amigas.

»La segunda posee una hermosa cabellera luciente, que se extiende en luengas crenchas sedosas.

»Su mirada turbaría al dios del Amor.

»Y haría enrojecer de vergüenza á una pastorcilla.

»Al mover su cuerpo ondulante diríase que esta mujer graciosa es una liana dorada.

»Sus pendientes, cuajados de piedras preciosas, brillan en sus orejas.

»Como la escarcha de que se cubre la flor en una luminosa mañana de invierno.

»Sus vestidos son jardines en primavera.

»Y templos en días de fiesta.

»Y sus senos duros y turgentes brillan como un par de áureas copas llenas de embriagantes licores ó enloquecedores perfumes.

»Tengo tres amigas.»

—¡Uah! ¡uah!—aulló la faz, y los otros cinco desgraciados, que no habían sentido su baseo, repitieron el aullido siniestro.

Clara continuó:

«Tengo tres amigas:

»La tercera lleva los cabellos liados alrededor de la cabeza.

»Y jamás los ha ungido con aceites olorosos.

»Su rostro, que inflama la pasión, es deforme.

- »Parecido al de la marrana es su cuerpo.
 »Creeríase que vive en perpetuo enojo.
 »Tanto es lo que refunfuña.
 »Sus senos y su vientre huelen á pescado.
 »Toda su persona es suciedad.
 »Sus apagados ojos están llenos de legañas.
 »Es glotona y borracha.
 »Y su lecho es más asqueroso que el nido de la
 vabubilla.
 »A ésta quiero yo.
 »Y la amo porque hay en ella un atractivo más
 misterioso que el de la belleza: la podredumbre.
 »¡La podredumbre en la que reside el calor eterno
 »de la vida y en la que se elabora la eterna renovación
 »de las cosas!
 »Tengo tres amigas.»

Aquí daba fin el poema. Clara guardó silencio.

Clavadas las codiciosas miradas en la cesta, la faz no cesó de aullar hasta la terminación de la última estrofa.

Clara, dirigiéndose á mí, dijo con tristeza:

—Ya lo ves... Nada recuerda... ni sus versos ni mi semblante... ¡Y esos labios que yo he besado no aciertan á pronunciar una palabra!... ¡Por Dios, que esto es inaudito!

Pinchó en la cesta el bocado mayor, é inclinando el busto graciosamente, lo tendió á la descarnada faz cuyos ojos brillaron como ascuas.

—¡Come, pobre poeta!—dijo.—¡Come ya!

Lo mismo que un animal hambriento, el poeta cogió entre sus garras el hediondo trozo de carne y lo llevó á la boca, de la que le vi colgar un instante, como cuelga de los colmillos de un perro la piltrafa que encontró en la basura de la calle...

Pero luego retembló la celda con los rugidos y saltos de los demás condenados, y los torsos desnudos se

precipitaron unos contra otros y se confundieron entrelazados por enflaquecidos brazos, desgarrados por uñas y dientes... Y vi que con la boca se arrebataban el trozo de carne... Y no vi más... Oí tan sólo ruido de lucha, respiraciones fatigosas, caídas, pataleos, crujir de huesos, golpes mortales... estertores de agonía... De vez en cuando, por cima del tablero, aparecía una cara con la presa entre los dientes, y desaparecía en seguida... Continuaron por algún tiempo los aullidos y estertores; después fueron apagándose poco á poco hasta que reinó el silencio más completo...

Clara se había pegado á mí toda temblorosa.

—¡Ah, querido... amado mío!

Yo le grité:

—¡Echales toda la carne!... ¡No ves que se matan! Ella me estrechaba entre sus brazos.

—Abrázame. Acaríciame... ¡Esto es horrible... muy horrible!...

Y besándome ferozmente en los labios, me dijo:

—No se oye nada... ¡Se habrán matado!... ¿Crees que todos hayan muerto?...

Cuando volvimos los ojos á la celda, una faz cada-
vérica, descarnada, toda chorreando sangre, estaba pegada á los hierros y nos miraba fijamente, casi con orgullo... Un pedazo de carne colgaba de sus labios entre hilos de baba sanguinolenta. Su respiración era jadeante.

Clara exclamó con acento algo inseguro todavía:

—¡Es él!... ¡Mi poeta!... ¡Es el más fuerte!...

Le echó toda la carne de la cesta y dijo con voz ahogada:

—Me siento mal... ¿Y tú también? Estás pálido, amor mío... Vamos á respirar un poco de aire al Jardín de los Suplicios...

Algunas gotitas de sudor brillaban en su frente. Las enjugó y volviéndose al poeta dijo, acompañando sus palabras con un ligero ademán de su mano desenguantada:

— ¡Me alegra que hoy hayas triunfado!... ¡Come... come! Pronto volveré... Adiós.

Despidió al muchacho, cuya compañía no nos era ya necesaria y seguimos caminando aprisa por el centro del corredor, á pesar del obstáculo que nos oponía la multitud, evitando mirar á derecha é izquierda.

La campana sonaba sin cesar... Pero sus vibraciones se apagaban hasta no ser más que un soplo de la brisa, un débil lamento de niño.

— ¿Por qué toca esa campana?... ¿Dónde está?... — pregunté.

— ¿Cómo?... ¿No sabes?... ¡Es la campana del Jardín de los Suplicios!... Imagina... Se agarrota al reo... y se le coloca bajo la campana... Esta se echa á vuelo y no cesa de tocar hasta que las vibraciones han puesto fin á la vida del condenado... Y cuando el condenado se halla á punto de expirar, toca muy quedo suavemente, como ahora, á fin de que se prolongue la agonía cuanto más sea posible... ¿Entiendes?

Yo iba á contestar, pero Clara me tapó la boca con su abanico desplegado.

--No... ¡calla!... ¡no digas nada!... ¡Y escucha, amor mío!... Y piensa en lo espantoso que debe ser morir de un modo semejante... Ven conmigo... Pero no digas nada... ¡calla, calla!...

Cuando salimos del corredor el sonido de la campana no era ya más que un canto de insecto... un zumbido lejano apenas perceptible.

V

El jardín de los Suplicios ocupa en el centro del presidio inmenso espacio cuadrado, que limitan paredes ocultas por arbustos sarmentosos y plantas trepadoras. Fué trazado hacia la mitad del último siglo por Li-Pe-Hang, superintendente de los jardines imperiales, el botánico más sabio que ha tenido China. Pueden consultarse en las colecciones del museo Guimet buen número de obras que confirman su fama y dibujos muy curiosos en los que se consignan sus más notables trabajos. Los admirables jardines de Kiew, únicos que nos satisfacen en Europa, mucho le deben desde el punto de vista técnico, del ornato floral y la arquitectura del paisaje. Pero no llegan, ni con mucho, á reproducir la belleza pura de los modelos chinos. En opinión de Clara, les falta el atractivo exquisito de hermanar los suplicios con la horticultura, la sangre y las flores.

El suelo de arenas y guijas, al igual que toda la estéril llanura, había sido cultivado profundamente y mejorado con tierra virgen, traída á costa de grandes

dispendios, de la margen opuesta del río. Se cuenta que más de treinta mil coolies perecieron de la fiebre en los desmontes gigantescos que duraron veintidós años. Esta hecatombe no fué inútil. Mezclados con el suelo, como si de estiércol se hubiese tratado—porque se les sepultaba en el lugar donde caían,—los muertos abonaron con su lenta descomposición la tierra, y así, en ninguna parte, ni aun en el corazón de las más fantásticas selvas tropicales, existe un terreno más rico en mantillo natural. Su extraordinaria fuerza de vegetación, lejos de agotarse con el tiempo, se activa aún hoy día con las mismas inmundicias de los presos, con la sangre de los ajusticiados, con todos los restos orgánicos que la multitud deposita allí cada semana, y que, cuidadosamente recogidos, hábilmente arreglados con los cadáveres en pudrideros especiales, forman un potente abono que las plantas absorben, y que les da gran vigor y belleza. Desviaciones del río ingeniosamente repartidas por el jardín, mantienen en éste, según la necesidad del cultivo, una humedad permanente, al mismo tiempo que sirven para llenar albercas y canales, en que el agua se renueva sin cesar, y donde se conservan formas geológicas casi extintas, entre otras el famoso pez de siete jorobas, cantado por Yu-Sin y por nuestro compatriota el poeta Roberto de Montequiou.

Los chinos son jardineros incomparables muy superiores á nuestros rudos agricultores, que sólo piensan en destruir la belleza de las plantas por medio de irrespetuosos injertos y desdichadas hibridaciones. Estos últimos son unos verdaderos malhechores y no acierto á concebir por qué motivo no se han dictado aún contra ellos, en nombre de la vida universal, leyes penales bien rigurosas. Y aun quisiera que los guillotinasen sin piedad, con preferencia á esos pálidos asesinos, cuyo método de selección social es casi laudable y generoso, ya que las más veces se ejerce en viejas muy feas y en innobles ciudadanos, que son el oprobio

de la vida. Además de extremar su infamia hasta el punto de estropear esas graciosas flores tan puras y sencillas, nuestros jardineros han cometido la torpeza notoria de dar á la fragilidad de las rosas, á la radiación estelar de las clemátides, á la gloria celestial de los delfinios, al misterio heráldico de los lirios y al pudor de las violetas, nombres de viejos generales y de políticos deshonorados. No es raro encontrar en nuestros parterres un lirio que, por ejemplo, se llama: «El general Archinard!... Hay narcisos—¡narcisos, sí! que se denominan grotescamente «El triunfo del Presidente Félix Faure»; alceas que, sin protestar, aceptan el mote ridículo de «Luto de monsieur Thiers»; violetas, tímidas, delicadas y exquisitas violetas á las que se da los nombres insultantes del general Skobelev y del almirante Avellan... ¡Las flores, todo belleza, todo luz y placer... las flores acariciadoras evocando los cerdosos bigotes y el avinagrado gesto de un soldado, ó el tupé parlamentario de un ministro!... ¡Las flores ostentando opiniones políticas y contribuyendo eficazmente á la propaganda electoral!... ¿A qué aberraciones, á qué decadencia intelectual pueden corresponder semejantes blasfemias y tales atentados á la divinidad de las cosas? ¡Si cupiese odiar á las flores, este hecho verdaderamente inconcebible se explicaría por la necedad de los jardineros europeos, y en particular los franceses!...

Perfectos artistas ó ingeniosos poetas, los chinos han conservado piadosamente el amor y el culto sagrado de las flores, singular y lejana tradición que se guarda aún en el decadente imperio... Como quiera que se debe distinguir una flor de otra, los chinos les han atribuído analogías graciosas, imágenes de un ensueño, nombres de pureza ó de voluptuosidad que perpetúan y armonizan en nuestro espíritu los sentimientos de dulce encanto ó de violenta embriaguez que á las flores debemos... Así vemos que á la peonía, flor predilecta de los hijos de Confucio, se la conoce, según

su forma y color, con nombres deliciosos, cada uno de los cuales es un poema y una novela: «La joven que nos ofrece su seno», ó bien: «El agua que duerme á la luz de la luna; El sol en el bosque; El primer deseo de la virgen yacente», ó bien: «Mi túnica ya no es toda blanca, porque, al rasgarla, el Hijo del Cielo la ha manchado con un poco de sangre rosada»; ó tal vez el siguiente: «He gozado de mi amigo en el jardín».

Y Clara, que me explicaba estas lindas cosas, exclamó indignada, hiriendo el suelo con sus piecitos cubiertos de piel amarilla:

—¿Y aún habrá quien trate de macacos, de salvajes á los divinos poetas que llaman á sus flores de este modo: «He gozado de mi amigo en el jardín?»



Los chinos se envanecen con razón de su Jardín de los Suplicios, el más hermoso, tal vez, de China, donde por cierto los hay maravillosos. Allí están reunidas las especies más raras de su flora, así las más delicadas como las más robustas, aquellas que proceden de los ventisqueros de la montaña, las que crecen en el ardiente horno de las llanuras, las que misteriosas y altivas se ocultan en lo más impenetrable de los bosques y que la superstición popular cree habitadas por genios maléficos. Desde el paletuvio hasta la azalea saxátil, desde la violeta cornuda y biflora hasta el nepentes destilatorio, desde el hibisco voluble hasta el helianto estolonífero, desde la androsace invisible

en su hendidura de la roca hasta las lianas más locamente abrazadoras, cada especie está representada por ejemplares numerosos que, henchidos de alimentos orgánicos y cuidados según el ritual por sabios jardineros, se desarrollan de un modo anormal y con una coloración cuya prodigiosa intensidad podemos apenas concebir en nuestros tristes climas y en nuestros jardines sin vida,



Un estanque atravesado por la arcada de un puente de madera, pintado de verde vivo, señala el centro del jardín en una hondonada donde desembocan numerosas alamedas, serpentinos y floridos senderos de un dibujo fácil y de armoniosa ondulación. Ninfas y ne-lumbios adornan el agua con sus hojas anchas y sus errantes corolas amarillas, verdes, blancas, rosadas, purpúreas; grupos de lirios yerguen sus finos bohordos, en cuya cima parecen balancearse extrañas aves simbólicas; butomos abigarrados, juncias parecidas á cabelleras, luzulas gigantes mezclan su extravagante follaje con las inflorescencias faliformes y vulvoideas de las más asombrosas aroideas. Por una combinación genial, en los bordes del estanque, entre las escolopendras enmohecidas, los trolios y las ínulas, glicinas artísticamente cortadas se elevan y se abovedan encima del agua que refleja el azul de sus racimos colgantes y movibles. Y grullas de manto gris perla, de penachos sedosos, de carúnculas escarlata; garzas blancas, cigüeñas blancas, de cuello azul, de Mandchuria, pasean entre las hierbas su gracia indolente y su majestad sacerdotal.

¡ Aquí y allá, en montículos de tierra ó de rocas ro-

jizas, tapizadas de helechos enanos, de androsaceas, de saxífragas y de arbustos rastreros, elegantes kioscos muestran por cima de los bambúes y los cedrelos el cono puntiagudo de sus techumbres de oro y las delicadas aristas de sus armaduras, cuyas extremidades se encorvan con atrevido movimiento. En las pendientes abundan las especies vegetales: epimedios que brotan entre las piedras ostentando sus tenues flores, inquietas y voladoras como insectos; hemerocalis anaranjadas que ofrecen á las esfinges su cáliz de un día; enoteras blancas que nos brindan su copa de una hora, opuncias carnosas, eomecons, moreas, y oleadas brillantes de primaveras, de esas primaveras de la China tan prodigiosamente poliformas y de las que tenemos en nuestros invernáculos míseras muestras, y tantas formas encantadoras y singulares y tanta confusión de colores... Y en torno de los kioscos, en medio del césped, en una admirable perspectiva, una como lluvia rosada, glauca, blanca, un hormiguelo cambiante, una palpitación nacarada, láctea y tan blanda y tornasolada, que no es posible expresar con palabras su infinita suavidad ni su inefable poesía edénica.

¿Cómo habíamos llegado hasta allí?... Yo no lo sabía... Empujada por Clara, una puerta se había abierto súbitamente en la pared del sombrío corredor. ¡Y de pronto, como al conjuro de la varita de un hada, mi espíritu se había inundado en celeste claridad y se habían abierto ante mí ilimitados horizontes!

Yo miraba deslumbrado; deslumbrado por la luz suave del benigno cielo, y aun por las grandes sombras azules que los árboles proyectaban sobre la hierba á modo de blandos tapices; deslumbrado por la mágica movilidad de las flores, de los planteles de peonías que un ligero enverjado de caña protegía contra el ardor mortal del sol... No lejos de nosotros, en el césped, una manga de riego lanzaba agua en la que brillaban todos los colores del arco iris y á través de

la cual las hierbas y las flores tenían la transparencia de piedras preciosas.

Yo miraba ávidamente sin cansarme, y no veía entonces ninguno de los detalles que he reconstituido más tarde; no veía más que un conjunto de misterio y de belleza cuya brusca aparición no traté de explicarme. Y ni aun me pregunté si aquello era realidad ó sueño... No me pregunté nada... no pensé en nada... no me dije nada... Clara hablaba, hablaba... Sin duda me explicaba aún cosas... Yo no la oía ni aun la sentía á mi lado... ¡En aquel punto se hallaba tan lejos de mí... ¡su voz estaba tan distante de mí y me era tan desconocida!...

Poco á poco volví á ser dueño de mí mismo, de mis recuerdos, de la realidad de las cosas, y comprendí por qué y cómo estaba allí...

Al salir del infierno y horrorizado aún de aquellos rostros de condenados, con las narices dilatadas aún por el olor de podredumbre y de muerte, con los oídos en que vibraban aún lo aullidos de la tortura, el espectáculo del jardín me devolvió la calma, siendo para mí una exaltación inconsciente, una irreal ascensión de todo mi sér hacia el deslumbramiento de un país de ensueños... Aspiré con delicia y largo tiempo el aire puro impregnado de finos y suaves aromas... Era la indecible alegría del despertar después de enervante pesadilla... Saboreé esa inefable impresión de libertad del que, enterrado vivo en un espantoso osario, levanta su túmulo y renace al sol con el cuerpo indemne, los órganos vivos y renovada el alma...

Junto á mí se veía un banco, formado con cañas de bambú, á la sombra de un gigantesco fresno, cuyas hojas purpúreas, resplandecientes con la luz, producían la ilusión de una cúpula de rubíes... Me senté, ó mejor dicho, me dejé caer en él, porque la alegría de aquella vida espléndida me hacía desfallecer con una ignorada voluptuosidad.

Y vi á mi izquierda, como guardián de piedra del

jardín, un Budha en cuclillas en una roca y que mostraba su faz serena, su faz de dominadora Bondad, bañada en azul y en efluvios solares. Alfombras de flores, cestas de frutos, cubrían á guisa de ofrenda propiciatoria el zócalo del monumento. Una joven, vestida con túnica amarilla, se alzaba hasta la frente del Dios exorable, coronándola piadosamente de loto y de cipripedios... Algunas golondrinas revoloteaban en torno de ellos, lanzando débiles gritos de alegría... Entonces pensé—¡con qué religioso entusiasmo y mística adoración!—en la vida de Aquel que, antes de nuestro Cristo, había predicado á los hombres la pureza, la renunciación y el amor.

Pero, acercándose á mí como una tentación, Clara, con sus labios rojos y parecidos á la flor de la cidonia, Clara con sus ojos verdes, del verde oscuro de las hojas del almendro, no tardó en hacerme volver á la realidad y me dijo, señalando el jardín:

—¡Ves, amor mío, cuán maravillosos artistas son los chinos y cómo saben valerse de la naturaleza para sus refinamientos de crueldad!... En nuestra horrible Europa, que desde hace mucho tiempo, ignora lo que es la belleza, se injusticia secretamente en el fondo de los calabozos, ó en la plaza pública, en medio de espectadores ebrios y despreciables... Aquí los instrumentos de tortura y de muerte, la picota, las horcas, las cruces... se levantan en medio del encanto prodigioso y el místico silencio de las flores. Ya los verás ahora, tan íntimamente unidos al esplendor de esta orgía floral, á las armonías de esta naturaleza enérgica, que en cierto modo parecen formar parte de ella, y ser las flores de este suelo y de esta luz...

Y como yo no pudiese contener un ademán de impaciencia:

—¡Bestial!—profirió Clara...—¡bestezuela; que nada comprendes!...

Con el entrecejo fruncido, en tono áspero continuó:

—¡Veamos!... ¿Has asistido alguna vez, estando tris-

te ó enfermo, á una fiesta? Si es así, habrás sentido aumentarse tu tristeza y tu exasperación al ver la alegría de los rostros y la belleza de las cosas... Es un malestar intolerable... Imagina lo que será cuando el paciente ha de perecer entre suplicios... Piensa cuánto ha de acrecentarse la tortura en su cuerpo y en su alma con los esplendores que le rodean... ¡oh, mi buen amigo! ¡cuánto más duro y más horriblemente doloroso ha de ser el tormento!...

—Yo esperaba en el amor...—repliqué con acento de reconvención...—¡Y he aquí que usted me habla ahora, como siempre, de suplicios!...

—¡Claro está!... ¡Si es la misma cosa!...

Ella estaba aún á mi lado, de pie, y apoyando sus manos en mi espalda. Y la sombra roja del fresno la rodeaba como un nimbo de fuego... Se sentó en el banco y prosiguió:

—Porque hay suplicios donde quiera que hay hombres... No puedo remediarlo, queridito mío, y trato de tolerarlo y de regocijarme con ello, porque la sangre es un precioso corroborante de la voluptuosidad... Este es el vino del amor...

Trazó en la arena del jardín; con la contera de su sombrilla, algunas figuras cándidamente obscenas, y dijo:

—¿Crees que los chinos son más feroces que nosotros?... ¡No, no!... ¿Nosotros los ingleses?... ¡Ah, ya hablaremos de esto!... ¿Y vosotros los franceses?... Yo lo he visto en vuestra Argelia, en los confines del desierto... Un día los soldados aprisionaron á unos árabes... á pobres árabes que no habían cometido más crimen que el de sustraerse á la brutalidad de sus conquistadores... El coronel ordenó que los matasen en seguida, sin formación de causa... Y he aquí lo que sucedió... Eran treinta... se abrieron en la arena treinta agujeros y se enterró á los presos desnudos, dejando que asomase sólo la cabeza, que se calentaba al sol... A fin de que no muriesen demasiado pronto,

se les regaba de vez en cuando, como si fuesen coles. Media hora después, los párpados se habían hinchado... los ojos salían de sus órbitas, las lenguas tumbadas llenaban la boca, espantosamente abierta, y la piel crujía, se marcollaba en los cráneos. Te juro que la cosa no tenía ni pizca de gracia; las treinta cabezas muertas que brotaban de la tierra parecidas á informes guijarros no inspiraban siquiera terror... ¿Y nosotros? ¡Más crueles todavía!... ¡Ah! recuerdo mi extraña sensación cuando, en Kandy, la antigua y silenciosa capital de Ceilán, escalé las gradas del templo donde los ingleses degollaron imbécilmente y sin aparato de justicia á los príncipes Modeliars, á los que las leyendas nos muestran tan encantadoras, parecidos á esas imágenes chinas, de arte tan maravilloso, de una gracia hieráticamente tranquila y pura, con su nimbo de oro y sus largas manos tendidas al cielo... Comprendí que se había realizado allí, en aquellas gradas misteriosas no lavadas aún de esa sangre después de ochenta años de posesión violenta, algo más horrible que una matanza humana: la destrucción de una preciosa, conmovedora, inocente belleza... En esa India expirante y siempre misteriosa, no se puede dar un paso sin hallar los vestigios de la barbarie europea. Los boulevards de Calcuta, las rientes ciudades himalayitas de Dardjiling, las tribadas de Benarés, los fastuosos hoteles de los mercaderes de Bombay no han podido borrar la impresión de luto y muerte que dejan doquiera la atroz matanza sin arte y el vandalismo y la destrucción bestial... Antes al contrario, esa impresión es más aguda. En todas partes la civilización muestra su doble faz de sangre estérilmente derramada y de negras ruinas. Y puede decir como Atila: «Por donde ha pasado mi caballo no vuelve á crecer la hierba.» Mira á tu alrededor y delante de ti... No hay un solo grano de arena que no esté bañado en sangre... y este grano mismo ¿qué viene á ser más que polvo de muerte? ¡Pero cuán generoso y fecundo ese polvo!...

Mira... la hierba crece... se multiplican las flores... en todas partes anida el amor...

Su rostro se había ennoblecido. Una dulce melancolía atenuaba la expresión de su frente contraída, velaba el resplandor verde de sus ojos. En seguida repuso:

—¡Ah, cuán triste y dolorida me pareció aquel día la pequeña ciudad muerta de Kandy!... En el calor ardiente, un silencio obstinado revoloteaba con los buitres sobre ella. Algunos indostanos salían del templo á donde habían llevado flores dedicadas á Budha. La profunda dulzura de sus miradas, la nobleza de su frente, la debilidad doliente de su cuerpo consumido por la fiebre, la lentitud bíblica de su andar, todo eso me conmovió hasta el fondo de mi corazón. Me parecieron desterrados de su país natal, junto á su Dios de bondad, encadenado y custodiado por los cipayos. Y sus negras pupilas ya no reflejaban la tierra, no reflejaban más que un ensueño de liberación corpórea, la espera de un nirvana lleno de luz... No sé qué respeto humano me impidió arrodillarme ante aquellos misteriosos y venerables padres de mi raza, de mi raza parricida. Me limité á saludarles humildemente... Pero ellos pasaron sin verme... sin ver mi saludo... sin ver las lágrimas de mis ojos... y la emoción filial que henchía mi corazón... Y cuando ellos hubieron pasado, sentí que odiaba á toda Europa con odio inextinguible...

Interrumpiéndose de pronto me preguntó:

—¿Te fastidio, dime? No sé por qué te he contado todo esto. No tiene el menor interés... ¡Estoy loco!...

—No, no, mi querida Clara—respondí besándole las manos.—Al contrario, le agradezco á usted sus palabras... ¡Hábleme siempre así!.

Ella continuó:

—Después de haber visitado el templo, pobre y desnudo, adornado en su entrada con un gongo, único vestigio de la antigua riqueza, después de haber respi-

rado el olor de las flores de que estaba cubierta la imagen de Budha, subí melancólicamente á la ciudad... Se hallaba desierta... Evocación siniestra y grotesca del progreso occidental, un pastor—único sér humano—erraba por aquel sitio rozando las paredes con una flor de loto en la mano. Bajo el sol cegador, había conservado, al igual que entre las brumas metropolitanas, su grotesco uniforme de *clergyman*: sombrero negro y flexible, larga levita negra de cuello recto y grasiento, pantalón también negro que caía en colgajos afrentosos sobre sólidos zapatos de obrero... Este traje típico de predicador venía acompañado de un quitasol blanco, especie de punka portátil é irrisorio, única concesión hecha por el quidan á las costumbres locales y al sol de la India, que hasta aquí no han podido los ingleses transformar en niebla de hollín... Y pensé, no sin ira, en que no se puede dar un paso, del ecuador al polo, sin tropezar con esa cara siniestra, esos ojos rapaces, esas garras, con esa boca inmundada que exhala sobre las deidades encantadoras y los mitos adorables de las religiones infantiles el olor del gin y el espanto de los versículos de la Biblia...

Clara se animó, y sus ojos expresaron un odio generoso que yo no sospechaba en ella. Olvidando el lugar en que nos hallábamos, su reciente entusiasmo criminal y su exaltación sangrienta, dijo:

—Doquiera hay que vengar una afrenta, consagrar una piratería, bendecir una violación, un comercio vergonzoso, se ve al punto á ese Tartufo británico que realiza, so pretexto de proselitismo religioso ó de estudio científico, su obra de conquista abominable. Su espectro de astucia y ferocidad se destaca sobre la desolación de los pueblos vencidos, abrazado al del soldado acuchillador y al del sórdido *shylock*. En los bosques vírgenes, donde con razón se teme más al europeo que al tigre, en la entrada de la humilde choza devastada, entre las cabañas incendiadas, aparece, tras la matanza, como en las noches de batalla, el mero-

deador que viene á vaciar los bolsillos de los muertos. Digno compañero, por otra parte, de su competidor el misionero católico, que también nos trae la civilización en el pábilo de las antorchas, en la punta de los sables y las bayonetas. ¡Ay! la China está invadida y devastada por esos dos azotes... ¡Dentro de algunos años no quedará nada de este país maravilloso, en el que yo gusto tanto de vivir!...

De pronto se levantó y lanzó un grito:

—¡Y la campana, amor mío!... Ya no se oye la campana... ¡Ah, Dios mío... debe haber muerto!... Mientras nosotros estábamos allí, hablando, le habrán conducido al osario... ¡Y no le veremos!.. ¡Tuva es la culpa!...

Me obligó á levantarme del banco...

—¡De prisa!... ¡de prisa, amado!

—No te apures, querida Clara... Tiempo nos quedará para ver esos horrores... ¡Háblame como me hablabas hace un segundo y cuando yo amaba tu voz cuando yo amaba tanto tus ojos!

Ella se impacientó.

—¡Pronto!... ¡pronto!... ¡No sabes lo que te dices!

Sus ojos denotaban otra vez dureza, su voz volvía á ser anhelante, su boca imperiosamente cruel y sensual... Parecióme que el Budha mismo torcía ahora, bajo un mortecino sol, su mofadora cara de verdugo... y vi á la joven de las ofrendas alejarse por una alameda, entre los céspedes, allá lejos... Su túnica amarilla era pequeña ligera y brillante como una flor de narciso.



La alameda por la que caminábamos se hallaba formada de melocotoneros, cerezos, membrillos, almendros, enanos unos y podados de un modo singular; los demás libres y tendiendo en todos sentidos sus largas ramas cargadas de flores. Un pequeño manzano, cuyo tronco y cuyas hojas y flores eran de un rojo vivo, imitaba la forma de un vaso panzudo. Observé también un árbol admirable que se llama peral, de hojas de abedul. Representaba una pirámide completamente recta, alta como de seis metros, y de la base á la cima, que era un perfecto cono, estaba tan cubierto de flores que no se veían ni sus hojas ni sus ramas. Pétalos innumerables se desprendían de él sin cesar; en tanto que otros se abrían, y los primeros revoloteaban alrededor de la pirámide y caían lentamente á las alamedas y el césped, cubriéndolos con blancura de nieve. Y allá lejos, el aire se hallaba impregnado de los sutiles aromas del agavanzo y la reseda. En seguida pasamos junto á grupos de arbustos entre los que figuraban, con las deutzias parvifloras, de anchos corimbos rosados, esas lindas ligustrinas de Pekín, de follaje veloso, de amplias paniculas plumosas de flores blancas, espolvoreadas de azafrán.

A cada paso un goce nuevo, una sorpresa de los ojos, que me hacía prorrumpir en gritos de admiración. Aquí una vid ya observada en las montañas de Annam;

con anchas hojas doradas, irregularmente escotadas y dentadas, tanto como las del ricino, abrazaba con sus sarmientos á un inmenso árbol muerto, subía hasta el ápice del ramaje, y desde allí caía á modo de cascada, de catarata, de alúd, protegiendo toda una flora de sombra que se descogía en la base entre las naves, las columnatas y las hornacinas formadas por sus ramas péndulas. Allá una estefanandra mostraba su follaje paradógico, preciosamente entretejido como un encañado y que maravillosamente cambiaba de color, desde el verde pavonado hasta el azul de acero, desde el rosa claro hasta el púrpura intenso, desde el tenue amarillo hasta el ocre gris. Cerca de ese árbol se levantaba un grupo de viburnos gigantescos, tan altos como encinas, y que agitaban en los extremos de sus ramas sendas bolas de nieve.

De trecho en trecho, los jardineros, arrodillados en la hierba ó encaramados en escalas rojas, enlazaban las clemátides con finos enrejados de bambú; otros enrollaban ipomeas y calistegias en largos y delgados rodrigones de madera negra. Y en todas partes, en el césped, los lirios alzaban sus tallos próximos á florecer.

Arboles, arbustos, grupos, plantas aisladas parecía que hubiesen germinado y crecido al azar, sin método, sin cultivo, sin más impulso que el de la Naturaleza, sin más capricho que el de la vida. Error... El sitio de cada vegetal, por el contrario, había sido laboriosamente estudiado y elegido, ya para armonizar los colores y las formas, ya para coordinar planos, las perspectivas florales, los grupos aéreos y para multiplicar las sensaciones con la variedad del decorado. La más humilde flor, lo propio que el árbol más gigantesco, contribuía por su posición misma á una armonía inflexible, á un conjunto artístico, cuyo efecto era tanto más conmovedor, cuanto que no dejaba percibir ni el trabajo geométrico ni el esfuerzo decorativo.



Todo parecía también dispuesto, por la munificencia de la Naturaleza, en pro de las peonías.

En las suaves pendientes se descogía la suntuosa alfombra de las peonías arborescentes en medio de aspéculas olorosas y crucianelas rosadas, del rosa tenue de la seda vieja, sembradas á modo de césped. Junto á nosotros las había aisladas, que nos tendían sus grandes cálices rojos, negros, cobrizos, anaranjados, purpúreos. Otras, idealmente puras, ofrecían los más virginales matices del rosa y el blanco. Reunidas en ondeantes grupos, ó solitarias al borde de la alameda, pensativas al pie de los árboles, enamoradas en torno de los tresbolillos, las peonías eran verdaderamente las hadas, las reinas milagrosas de aquel milagroso jardín.

Donde quiera alcanzase la vista, se distinguía una peonía. En los puentes de piedra, enteramente cubiertos de plantas saxátiles, y los cuales, con sus atrevidas arcadas, enlazan montones de rocas y los kioscos entre sí, se agitaban las peonías como una multitud ociosa. Su brillante procesión subía á los otros, á cuyo alrededor se levantan, se cruzan, se entretejen las alamedas y los senderos franjeados de pequeños boneteros argenteos y de aligustres que forman setos vivos. Admiré un montículo, en cuyas paredes muy bajas, muy blancas y tortuosas se extendían, protegidas por esteras, las más preciosas especies de la peonía, que hábiles artistas habían amoldado á las

formas múltiples del espaldar. En los espacios libres, peonías inimitables, que figuraban bolas en el extremo de los altos tallos desnudos, ocupaban cajas cuadradas. Y la cima se coronaba de matas espesas, de libres matorrales de la planta sagrada, cuyo florecimiento, tan raro en Europa, ocurre aquí durante todas las estaciones. Y á mi derecha, á mi izquierda, próximas á mí, ó perdidas en la lejanía, divisé peonías, nada más que peonías y peonías...



Clara había empezado á pasear más de prisa, insensible á tanta belleza; andaba con la frente torva, las pupilas ardientes... Hubiérase dicho que estaba impulsada por una fuerza de destrucción. Hablaba y yo no la oía ya... ¡ó la oía tan mal!... Las palabras de «muerte, encanto, tormento, amor», que sin cesar salían de sus labios, no parecían más que un eco lejano, una vocecilla de campana apenas perceptible, allá lejos, allá lejos, y confundida lejos, y confundida con la gloria, con el triunfo, con la voluptuosidad serena y grandiosa de aquella espléndida vida.

Clara andaba, andaba, y yo con ella, y en todas partes nos sorprendía la visión de las peonías, arbustos de ensueño ó de locura, boneteros azules, acebos abigarrados, magnolias con raros dibujos, rizadas, cedros enanos que se ensortijaban como cabelleras, aralias y altas gramíneas, eulalias gigantescas, cuyas hojas lanceoladas caen y ondulan parecidas á pieles de serpientes listadas de oro. También había especies tropicales, árboles desconocidos, en cuyos troncos se balanceaban impuras orquídeas; el baniano de la India

que arraiga en el suelo con sus múltiples ramas; inmensos bananeros, y al abrigo de sus hojas, flores como insectos, como pájaros, al modo de la seductora *strelitzia regia*, cuyos pétalos amarillos semejan alas animadas de perpetuo vuelo.

De improviso, Clara se detuvo, como si un brazo invisible se hubiese apoyado en ella brutalmente.

Inquieta, nerviosa, con las ventanas de la nariz muy abiertas, á la manera de una cierva que ha olfateado al macho, aspiró el aire en torno suyo. Un estremecimiento, que era en ella el anuncio del espasmo, recorría todo su cuerpo. Sus labios se volvieron más húmedos y rojos.

—¿Has sentido?...—me preguntó con voz breve y sorda.

—Aspiro el aroma de las peonías que llena el jardín...

Ella, impaciente, hirió el suelo con su pie.

—¡No es eso!... ¿No has olido?... ¡Acuérdate!...

Y con las narices aún más dilatadas y los ojos más brillantes, me dijo:

—¡Huele muy bien, lo mismo que cuando te amo!...

Entonces se inclinó vivamente sobre una planta, un talictro, que, en el borde de la alameda, erguía su largo tallo fino, ramoso, rígido, de un morado claro. Los ramos axilares salían de estuches de marfil en figura de órganos sexuales y se terminaban en densos racimos de menudas flores, cubiertas de polen...

—¡Es ella!... ¡ella!... ¡Oh, querido mío!...

En efecto, un olor potente, fosfatado, un olor á semen subía de aquella planta... Clara cogió el tallo, me obligó á respirar su extraño olor, y luego, embadurándome la cara con polen:

—¡Oh, querido!... ¡amante mío!—dijo,—¡qué hermosa planta!... ¡Cómo me embriaga su aroma!... ¿Por qué habrá plantas que exhalan el perfume del amor?... ¿Por qué? ¡dime! ¿No lo sabes? Pues bien, yo lo sé... ¿Por qué habrá tantas flores parecidas á órganos se-

xuales, si ya no es porque la naturaleza no cesa de gritar á todos los seres vivientes: «Amaos los unos á los otros... haced lo que las flores... No hay más que el amor...» Dile también que sólo existe el amor... Díselo en seguida, lechoncillo mío...

Siguió aspirando el olor del talictro, y mascó el racimo, cuyo polen se pegaba á los labios. Y brusca-mente exclamó:

—La quiero en el jardín... en mi cuarto... en el kiosco... en toda la casa... ¡Huele, corazoncillo mío, huele! Una sencilla planta... ¿habrá cosa más admirable? Y ahora, ven... ven... Con tal que no llegemos demasiado tarde... á la campana...

Y con un mohín tragicómico, continuó:

—¿Por qué te has detenido ahí, en ese banco? Y todas esas flores... no las mires... no las mires... Las verás mejor después, cuando hayas visto padecer, cuando hayas visto morir... ¡Verás como son entonces más bellas y qué ardiente pasión aumenta su perfume! Huele un poco, querido mío, y ven... Toca mis pechos... ¡Cuán duros son! Sus pezones se irritan al contacto de la seda... diríase que un hierro candente los quema... ¡Es delicioso!... ¡Ven, ven!...

Y huyó corriendo, lleno el rostro de amarillo polen y mordiendo el tallo de talictro...



Clara no quiso detenerse ante otra imagen de Buña; cuyo rostro convulso y desgastado por el tiempo, miraba al sol. Una mujer le ofrendaba con ramos de membrillero y sus flores me parecieron corazones de niño... Al salir de una alameda nos cruzamos con

una parihuela llevada por dos hombres, y en la que se movía un bulto de carne sangrienta, con apariencia de sér humano, cuya piel, cortada en tiras, colgaba hasta el suelo como un andrajo. Por más que fuese imposible reconocer el menor vestigio humano en aquella repugnante llaga, que poco antes era un hombre; advertíase que por un milagro respiraba todavía. Y rojas gotas, regueros de sangre manchaban la avenida.

Clara cogió dos flores de peonía, y en silencio, las depositó en la parihuela con mano temblorosa. Los portadores sonrieron estúpidamente enseñando las negras encías y los dientes barnizados de laca... Cuando la parihuela hubo pasado, dijo Clara:

—¡Ah! Ya veo la campana... la campana...

Y alrededor de nosotros, en torno de la parihuela que se alejaba, parecía caer una lluvia rosada y blanca; notarse un hormigueo de matices, una palpitación carminosa, láctea, nacarada, y tan tierna y tan mudable que es imposible dar con palabras una idea de su dulzura y de su encanto edénico...

VI

Dejamos el paseo circular del que parten otros que serpenteando se dirigen hacia el centro del jardín, y tomamos un estrecho sendero que conducía directamente á la campana. En los paseos y senderos habíase echado, en vez de arena, cuarzo pulverizado, lo que daba al verde de los arriates y del follaje extraordinaria intensidad, y una á modo de transparencia de esmeralda. A la derecha, arriates floridos; á la izquierda, arbustos raros y preciosos. Arces rosa, plateados, dorados, bronceados; mahonias, cuyas hojas apergaminadas y de color castaño, tienen la longitud de las palmas del cocotero; eleagnos que parecen estar barnizados de laca policroma; perales espolvoreados de mica; laureles en los que espejean mil facetas de irisados cristales; caladios cuya nervadura, color de oro viejo, sostiene sedas bordadas y encajes rosados; tuyas azules, violadas, plateadas; tamariscos amarillos, verdes, rojos, cuyas hojas flotan y serpentean en el aire semejantes á menudas algas marinas; algodoneros, cuyos copos vuelan y viajan arrastrados por el viento; sauces con el alegre enjambre de sus flores aladas;

clerodéndros, que abren cual quitasoles sus encarnadas umbelas... Entre estos arbustos, en los espacios donde daba el sol, anémonas, ranúnculos y heuqueras brotaban junto con el césped; en las partes sombreadas crecían extrañas criptógamas, musgos cubiertos de florecillas blancas y líquenes que tenían el aspecto de aglomeraciones de pólipos, de masas madreporicas.

Y en este florido paraíso, erguíanse cadalsos, aparatos de crucifixión, horcas pintadas con vivos colores, negras máquinas en cuya cima reían horribles máscaras de demonios; elevados aparatos dispuestos para la estrangulación solamente; otros más pequeños destinados á despedazar las carnes. Por un refinamiento diabólico, enredábanse á los fustes de aquellas columnas de suplicio calistegias pubescentes, ipomeas de Dauria, lofospermos, coloquintidas, clemátides y atragenos... Escondidos entre las hojas de esas plantas, entonaban los pájaros canciones de amor...

Al pie de una horca, que desaparecía bajo las flores, veíase sentado en el suelo á un verdugo, que limpiaba con retazos de seda delgados instrumentos de acero; tenía la ropa llena de salpicaduras de sangre, y las manos teñidas de rojo; á su alrededor, como en torno de un animal muerto y corrompido, zumbaban revoloteando enjambres de moscas... Mas, entre las flores y los perfumes, aquello no era repugnante ni horrible. Parecía que hubiese caído sobre sus ropas una lluvia de pétalos procedentes de un membrillero contiguo. Con todo, ostentaba un vientre pacífico y piadoso... Su cara inmutable expresaba bondad y casi jovialidad; la jovialidad de un cirujano que ha llevado á feliz término una operación difícil... Al pasar cerca de él nos miró y nos saludó cortésmente.

Clara le dirigió la palabra en inglés.

—Lástima grande—nos dijo aquel hombre—que no hayan venido ustedes una hora antes... Hubieran visto algo muy hermoso, algo que no se ve todos los días... ¡Un trabajo extraordinario, milady!... ¡He despedazado

á un hombre de los pies á la cabeza después de desollarle en regla!... ¡Ja, ja, ja!...

Su vientre, á impulso de la risa, se henchía y se vaciaba alternativamente con sordos borborismos. Un tic nervioso dilataba su boca hasta el cigoma, á la vez que con el mismo movimiento bajaban los párpados á unirse con las comisuras de los labios entre los gruesos pliegues de la piel. Y era un visaje—una infinidad de visajes—que daba á su rostro una expresión de crueldad cómica y macabra. Clara preguntóle:

—¿Sin duda es aquel á quien hemos encontrado hace poco en una parihuela?

—¡Ah, le han encontrado ustedes!—exclamó envanecido el buen hombre.—¿Y qué me dicen ustedes?...

—¡Qué horror!—dijo Clara con voz segura, que desmentía la repugnancia expresada con la exclamación.

Entonces el verdugo se explicó:

—Era un mísero coolie del puerto... Un cualquiera, milady. Por cierto que no merecía el honor de tan bello trabajo. Según parece, había robado un saco de arroz á los ingleses, á nuestros queridos y excelentes amigos los ingleses. Cuando le hube quitado la piel dejándosela sujeta á los hombros por dos pequeños ojales, le obligué á andar, milady. ¡Ja... ja... ja!... Fué una idea singular. Era para descoyuntarse de risa. Diríase que llevaba prendido al cuello un... ¿cómo llaman ustedes á eso?... ¡Ah, sí!... ¡Un macferlane!... Nunca había vestido ese perro con tal elegancia. Pero tenía los huesos tan duros, que han mellado mi sierra, esta hermosa sierra que veis aquí:

Un pedacito blanquecino y grasiento se había quedado entre los dientes de la sierra. Le hizo saltar de un papirotazo y fué á perderse entre las florecillas del césped.

—Es médula, milady—dijo alegremente el sayón.—No vale gran cosa...

Y moviendo la cabeza de modo significativo, añadió:

—No nos reporta gran beneficio, porque casi siempre operamos en la chusma.

En seguida, con gesto de tranquila satisfacción:

—Ayer...—dijo—ocurrió algo muy curioso. De un hombre hice una mujer... ¡Je... je... je!... Era fácil equivocarse... Y yo mismo me equivoqué al ver... Mañana, si los genios quieren concederme una mujer, aquí, en esta horca, la convertiré en hombre... ¡Es menos fácil!... ¡Ja... ja!...

Con este nuevo exceso de risa, su papada, las roscas de su cuello y su vientre temblaron como gelatina. Una línea rojiza y arqueada enlazaba el ángulo izquierdo de su boca con la comisura de sus párpados rígidos, en medio de las protuberancias y arrugas por las que se deslizaban hilillos de sudor y lágrimas de risa.

Introdujo la sierra limpia y reluciente en el estuche y lo cerró. La caja era bonitísima y de admirable laca: una bandada de ánades silvestres en un estanque cuyos lotos y lirios argentaba la luz de la luna.

En aquel momento la sombra de la horca trazó en el cuerpo del sayón una línea transversal y violácea.

—Ya lo veis, milady—prosiguió el endemoniado charlatán,—nuestro oficio, lo mismo que nuestros bellos vasos de porcelana, nuestras bellas sedas bordadas, nuestras bellas lacas, vale cada día menos... Hoy no sabemos lo que es realmente el tormento... Aunque me esfuerzo para conservar las verdaderas tradiciones... soy derrotado... y no puedo yo solo detener su decadencia... ¿Qué queréis? Ahora los verdugos proceden de no sé dónde... Nada de exámenes ni de oposiciones... El favor y las recomendaciones deciden la elección... ¡Y si viéseis quiénes son los elegidos! ¡Es vergonzoso!... Estas importantes funciones se confiaban en otro tiempo á verdaderos sabios, á personas de mérito, que conocían perfectamente la anatomía del cuerpo humano, que tenían títulos, experiencia, ó, por lo menos, talento natural... ¡Hoy, que si quieres! El último za-

patero aspira á desempeñar estos cargos tan difíciles como honrosos... ¡No más jerarquías... no más tradiciones!... Vivimos en una época de descomposición... En China, milady, hay algo que huele á podrido...

Lanzó hondo suspiro, mostrándonos sus manos rojas y luego el estuche que brillaba á su lado entre la hierba.

—Y, no obstante, hago, como ven ustedes, todo lo posible para salvar nuestro prestigio aminorado... Porque soy un viejo conservador... un nacionalista intransigente... y reniego de todas estas prácticas, de estas modas nuevas, que, so color de civilización, nos traen los europeos, y, en particular, los ingleses... No querría hablar mal de los ingleses, milady. Son buena gente y todos muy respetables... pero debemos confesar que su influencia en nuestras costumbres ha sido desastrosa... Cada día quitan á nuestra China algo de su carácter excepcional... Desde el punto de vista de los tormentos, milady, nos han causado mucho daño... mucho daño... ¡Qué lastimal

--¡Y eso que son inteligentes en la material!—interrumpió Clara, á quien aquel reproche hirió en su amor propio nacional.

Quería mostrarse severa con sus compatriotas, á quienes detestaba, pero le gustaba que los demás los respetasen.

El sayón alzó los hombros y, dominado por su tic nervioso, hizo el visaje más imperiosamente cómico que cabe admirar en rostro humano. Y mientras nosotros, á pesar del horror que nos avasallaba, conteníamos á duras penas la risa, exclamó secamente:

—No, milady, no lo entienden... Bajo ese respecto son verdaderos salvajes... Veamos la India, nada más que la India, y encontraremos un trabajo tosco y sin arte. ¡Cuán torpemente, oh, sí, torpemente, han afeado la muerte!...

Juntó las ensangrentadas manos en actitud suplicante, y levantó los ojos al cielo con voz de profundo dolor al recuerdo de tantas torpezas.

—¡Cuando pienso, milady—exclamó,—en todas las cosas maravillosas que debían hacer allí... y que no han hecho... y que no harán jamás!... ¡Es imperdonable!...

—Se equivoca usted—protestó Clara.—No sabe lo que se dice...

—¡Si iniento que los genios me lleven!—exclamó el amable ejecutor.

Y con voz más tranquila, con ademanes doctorales, prosiguió:

—En los tormentos, al igual que en todas las cosas, los ingleses no son artistas... Tendrán las cualidades que usted quiera, milady, pero esa... no, no, no.

—¡Pero si han hecho llorar á todo el género humano!...

—Mal, milady, muy mal—replicó el verdugo.—El arte no consiste en matar mucho, en degollar, despanzurrar, exterminar en masa á los hombres... Ello es demasiado fácil... El arte, milady, consiste en saber matar según el ritual de belleza, del que únicamente nosotros los chinos conocemos el secreto... ¡Saber matar!... Es decir, cincelar la carne humana, como lo hace un escultor con el barro ó el marfil... Extraer toda la cantidad, todos los prodigios de procedimientos que aquélla encierra en el fondo de sus tinieblas y sus misterios... ¡Nada más!... Necesitamos ciencia, variedad, elegancia, inventiva... genio, en suma. Pero todo, desaparece hoy día... El snobismo occidental que nos invade, los acorazados, los cañones de tiro rápido, los fusiles de largo alcance, la electricidad, los explosivos... ¡qué sé yo!... todo lo que hace que la muerte sea colectiva, administrativa y burocrática... todas las cochinadas de vuestro progreso, en una palabra, destruyen lentamente nuestras hermosas tradiciones del pasado, Sólo en este jardín se conservan bien que mal... sólo

aquí tratamos de mantenerlas, como se puede... ¡Qué de dificultades!... ¡qué de trabas!... ¡qué de luchas continuas que no podéis imaginar!... ¡Ay, me parece que esto no durará mucho tiempo!... La medianía nos vence. Y el espíritu burgués vence en todas partes...

Su rostro ofreció entonces una singular expresión de melancolía y orgullo reunidos, al mismo tiempo que revelaba un cansancio profundo.

—Escuchadme— dijo.— Yo no soy un chisgarabís... me envanezco de haber trabajado toda mi vida y siempre con desinterés, por la gloria de nuestro pasado imperio... He llevado siempre el primer premio en los concursos de tormentos... Creedme, he inventado cosas verdaderamente sublimes, suplicios admirables que, en otro tiempo y bajo otra dinastía, me hubieran valido la fortuna y la inmortalidad. Pues bien; apenas se fija la gente en mí, no me comprenden... lo diré en dos palabras: me desprecian... ¿Qué quieren ustedes?... Hoy no se estima en nada al genio, nadie le concede la menor importancia... es para descorazonar á cualquiera, se lo juro á ustedes... ¡Pobre China, antes tan artística, tan prodigiosamente ilustre!... ¡Ah, me temo que pronto llegará el día de su conquista!...

Con ademanes de abatimiento y pesimismo, tomó á Clara por testigo de tal decadencia, y acompañó su aserto con muecas de indecible disgusto.

—¡En fin, vamos á ver, milady!... ¿No es cosa de echarse á llorar? Yo que había inventado el suplicio de la rata. Si no he sido yo, que los genios me roan el hígado y me estrujen los testículos... ¡Ah, milady; se lo juro á usted, es un suplicio extraordinario!... Originalidad, colorido, psicología, ciencia del dolor, de todo había en él. Y, además, era infinitamente cómico... Se inspiraba en la vieja alegría china, tan olvidada en nuestros días... ¡Ah, cómo hubiera excitado el buen humor de todo el mundo!... ¡qué recurso para animar las conversaciones!... Pues bien, se ha renunciado á él... Mejor dicho, no han querido emplearlo. Y, sin em-

bargo, los tres ensayos que se hicieron á presencia de los jueces tuvieron un éxito colosal.

Como advirtiera que no participábamos de su sentimiento, pues antes nos regocijaban sus quejas de viejo empleado, repitió marcando mucho las sílabas:

— ¡Co-lo-sall!... ¡co-lo-sall!...

— ¿Cómo es el suplicio de la rata?—preguntó mi amiga.— ¿En qué consiste? Nunca había oído hablar de él.

— ¡Una obra maestra, milady... una verdadera obra maestra!—afirmó con voz retumbante el ventrudo parlanchín, cuyo cuerpo flácido se hundió más en la hierba.

— Ya oigo bien... pero...

— Toda una obra maestra... Ya ve usted... Usted no la conoce... Nadie sabe de ella... ¡Qué lástima!... ¿Cómo quiere usted que no me sienta humillado?...

— ¿Podiera usted describírmelo?

— ¿Que si puedo?... Pues claro que sí. Voy á explicárselo á usted para que juzgue. Ponga usted atención.

Y acompañando sus palabras con ademanes precisos, cual si pretendiese dibujar en el aire las cosas á que iba refiriéndose, habló así:

— Se escoge un condenado, encantadora milady, que sea lo más joven y fuerte posible, de músculos resistentes... ¡porque cuanto más fuerte sea, mayor será la lucha y cuanto mayor sea la lucha más grande y prolongado será el dolor!... Bueno... Se le desnuda... Bueno... Y cuando está desnudo—¿no es eso?—se le hace arrodillar encorvado el cuerpo hacia tierra, á la que se le sujeta con cadenas provistas de collares de hierro que le ciñen el cuello, las muñecas, las corvas y la garganta de los pies... Bueno... No sé si me hago comprender... Se mete, entonces, en un tiesto cuyo fondo atraviesa un agujerillo—¡un tiesto de flores, milady!—se mete una gran rata á la que conviene privar de alimento durante dos días á fin de excitar

su ferocidad... Y el tiesto con la rata dentro se aplica, á manera de ventosa, á las nalgas del condenado sujetándolo fuertemente con sólidas correas atadas á un cinturón de cuero que le rodea el cuerpo... ¡Ja... ja!... la cosa no puede ser más sencilla...

Nos miró melancólicamente de reojo para juzgar del efecto que producían en nosotros sus palabras.

—¿Y luego?—dijo Clara con naturalidad.

—Después, milady, se introduce por el agujerillo del tiesto... ¿no lo adivina usted?

—No por cierto...

El buen hombre se frotó las manos, sonrió de un modo horrible y prosiguió:

—Se introduce una varilla de hierro enrojecida en una fragua portátil que está allí, cerca de uno. Y cuando se ha introducido la varilla de hierro ¿qué sucede?... ¡Ja... ja... ja!... Figúrese usted, milady, lo que debe ocurrir...

—¡Acaba ya, viejo de los demonios!—dijo en tono imperioso mi amiga, que pateaba encolerizada.

—Despacio... despacio—respondió el prolijo atormentador.—Un poco de paciencia, milady... Y procedamos con método. Pues se introduce por el agujero del tiesto una varilla de hierro enrojecida en una fragua. La rata quiere evitar la quemadura, huir del ascua deslumbrante... Enloquecida, brinca y salta, da vueltas alrededor del tiesto, trepa y corre por las nalgas del reo, las que comienza por arañar y desgarrar después con las uñas y muerde con sus dientes agudos, buscando una salida á través de las carnes martirizadas y sangrientas... Pero no la hay... ó, al menos, en los primeros momentos, la rata no la encuentra... Y la varilla de hierro, manejada con destreza y calma, sigue amenazando al animal cada vez de más cerca... le chamusca el pelo... ¿Qué piensa usted de este preludio?...

Tomó aliento, y pausadamente y con autoridad continuó:

—El gran mérito está en saber prolongar esta operación el mayor tiempo que se pueda, porque las leyes fisiológicas nos enseñan que nada hace padecer tan horriblemente como la combinación de los arañosos y los mordiscos... Puede acontecer que el paciente pierda la razón... Aúlla y se revuelve... Su cuerpo agítase; levántase, retuércese recorrido por dolorosos estremecimientos... Pero ese cuerpo está fuertemente sujeto por las cadenas... el tiesto por las correas... y el reo no logra en sus movimientos otra cosa que aumentar el furor de la rata que hace más grande todavía la embriaguez de la sangre... ¡Sublime, milady!...

—Y ¿por último?...—preguntó con acento breve y tembloroso Clara, que había palidecido lentamente.

El verdugo chasqueó la lengua y prosiguió:

—Por último—pues veo que tenéis prisa por conocer el desenlace de esta admirable y divertida narración—por último... huyendo de la amenaza constante del hierro candente y merced á la excitación de algunas quemaduras oportunas, la rata concluye por encontrar una salida... una salida natural, milady... y ¡cuán innoble!... ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!...

—¡Qué horror!...—gritó Clara.

—¡Ah, lo ve usted!... ¿No lo decía yo?... Me envanece el interés que despierta en usted mi suplicio... Pero aguarde... La rata entra por dónde usted sabe... en el cuerpo del hombre... ensanchando con las patas y los dientes... la madriguera... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... la madriguera en la que escarba frenéticamente como en la suya propia... Y muere ahogada al mismo tiempo que el paciente, quien después de media hora de indescriptibles é incomparables torturas, acaba por sucumbir á una hemorragia... cuando no al exceso de padecimientos... ó á la congestión de espantosa locura... En todo caso, milady... y sea cualquiera la causa de la muerte, crea usted que el espectáculo es por extremo hermoso...

Satisfecho, orgulloso, con expresión de triunfo, terminó así:

—¡Extremadamente hermoso, milady!... ¿No es el mío un invento, en verdad, prodigioso... una admirable obra maestra, clásica en cierto modo y sin precedentes?... No quisiera parecer inmodesto, pero convenga usted, milady, en que los demonios que frecuentaron algún tiempo los bosques de Yunnan, no discurrieron nada semejante... Pues bien, los jueces le han desaprobado... Les brindaba con él, usted lo conoce bien; algo infinitamente glorioso... algo único en su género y capaz de inflamar la inspiración de nuestros más grandes artistas... Le han rechazado... Les asusta volver á las tradiciones clásicas... Y sin contar otros motivos difíciles de enumerar... la intriga, el cohecho, la venalidad... el desprecio de lo justo, la aversión á lo bello... ¿Piensa usted que por servicio tal me han ascendido al mandarinato?... ¡Ah, sí, ya!... Nada, milady, no me han concedido nada... Los síntomas característicos de nuestra decadencia se revelan con esto... ¡Ah, somos un pueblo que debe desaparecer, un pueblo muerto!... Ya pueden venir los japoneses... que no tendremos ánimos para resistirles... ¡Adiós, China!...

Y guardó silencio.

El sol descendía al ocaso, y la sombra prolongada de la horca proyectábase ahora en la hierba. El césped adquiría un verde más intenso; tenue vapor, teñido de rosa y oro, desprendíase de los bosquecillos humedecidos por el riego, y las flores se dilataban más resplandecientes, parecidas á minúsculos astros multicolores en un firmamento de verdor. Un pájaro amarillo pasó volando, con una larga fibra de algodón en el pico, y fué á esconderse en su nido oculto entre las hojas que adornaban el mástil de la horca, al pie de la cual estaba sentado el sayón.

Este meditaba; por su rostro plácido extendíase un velo de melancolía...

—¡Lo mismo ocurre con las flores!...—murmuró, después de un rato de silencio...

Un gato negro que salió de los bosquecillos empezó á rascarse con él arqueando el lomo y moviendo la cola... El verdugo le acarició suavemente. Luego, como el gato percibiese un escarabajo, agazapóse tras unas matas de hierba y, tiasas las orejas, clavó las ardientes pupilas en el insecto siguiendo su caprichoso vuelo con la mirada. El verdugo, que había sido interrumpido en sus lamentaciones patrióticas por el felino, movió la cabeza y repitió:

—¡Lo mismo ocurre con las flores!... Hemos olvidado la verdadera significación de las flores... No sabemos ya lo que son las flores... ¿Creerá usted que nos las traen de Europa, á nosotros que poseemos la flora más extraordinaria y variada de la tierra?... Pero ¿qué no nos traen ya de Europa?... ¡Gorras, bicicletas, muebles, molinos de café, vino y flores!... ¡Es un escándalo!... Y ¿no hay quién pretende demostrar que son perversas las flores?... ¡Perversas las flores!... No se sabe, á la verdad, qué inventar... ¿Le ha ocurrido á usted alguna vez, milady, tan monstruoso pensamiento?... ¡Las flores son ardientes, crueles, terribles y espléndidas... como el amor!...

Cogió un ranúnculo que por cima del césped mecía blandamente su capítulo de oro, y, con delicadeza infinita, lenta, amorosamente, le hizo dar vueltas entre sus dedazos rojos donde la sangre seca se agrietaba formando escamas.

—¿No es adorable?...—decía contemplando la flor... —Pequeñita, frágil... y es, sin embargo, la naturaleza toda... en ella admiro toda la belleza y la fuerza de la naturaleza... Encierra un mundo... ¡Organismo mezquino y despiadado que realiza cumplidamente su deseo!... ¡Ah, las flores no la echan de sentimentales, milady!... No hacen más que entregarse al amor... nada más que al amor... Y gozan de él sin tregua y por todos sus órganos á la vez... No piensan en otra cosa... ¡Y qué

razón tienen!... ¿Perversas?... ¿Por qué obedecen á la única ley de la Vida, por qué satisfacen la única necesidad de la Vida, que es el amor?... Pero atienda usted... La flor es un sexo, milady... ¿Y hay algo más sano, más fuerte, más hermoso que un sexo?... Estos pétalos maravillosos... estas sedas... estos terciopelos... estos suaves, flexibles y delicados tejidos... son las cortinas de la alcoba... las colgaduras de la cámara nupcial... el lecho perfumado donde se unen los sexos... donde pasan su vida efímera é inmortal en un deliquio de amor... ¡Qué admirable ejemplo para nosotros!

Separó los pétalos de la flor, contó los estambres cargados de polen y siguió diciendo con entonación jovial:

—¡Vea usted, milady!... Uno... dos... cinco... diez... veinte... ¡Vea usted cómo se estremecen!... ¡Vea usted!... ¡En algunas ocasiones se juntan veinte machos para el espasmo de una sola hembra!... ¡Je!... ¡je!... ¡je!... ¡Otras veces sucede lo contrario!...

Arrancó, uno á uno, los pétalos de la flor:

—Y cuando están ahitas de amor, se rasgan las cortinas del lecho... caen las colgaduras de la alcoba... Y las flores mueren... porque conocen bien que nada les resta que hacer... ¡Mueren para renacer más tarde y, de nuevo, al amor!...

Arrojando lejos de sí el desnudo pedúnculo, exclamó:

—¡Ame usted, milady... ame usted... como las flores!...

Y luego bruscamente recogió su estuche, se levantó y saludándonos se marchó por el césped, hollando con su cuerpo pesado y oscilante el tapiz florido de escilas, doronias y narcisos.

Clara le siguió con la mirada un instante, y en el momento de dirigimos hacia la campana, dijo:

—¡Qué pícaro tonel!... Parece un buen hombre...
¡Yo exclamé neciamente;

—¿Cómo se atreve usted á decir eso, mi querida Clara?... Pero si es un monstruo.. ¡Y aún horroriza pensar que tal monstruo pueda vivir entre los hombres!... En lo sucesivo no podré borrar de mi mente esa cara horrible... y el espanto de sus palabras... Sus palabras de usted me afligen...

Ella replicó con viveza:

—Y tú también, tú me afliges... ¿Por qué crees que ese tonel es un monstruo?... ¿Quién te lo ha dicho?... El ama su arte, y nada más... Lo ama como el escultor ama la escultura, y el músico la música... ¡Y habla de él con entusiasmo de poeta!... ¿Habrá rareza mayor que esa de no querer comprender que estamos en China, felizmente, y no en Hyde-Park ó en la Boudinière, en medio de esos cochinos burgueses en los que adoras?... Para ti las costumbres debieran ser idénticas en todos los países... ¡Y qué costumbres!... ¡Bellísima concepción!... ¿No comprendes que sería cosa de morirse de hastío y de no volver á viajar?...

Y de pronto, en tono de reconvención aún más enérgico:

—¡Ah, en verdad, eres poco amable!... Tu egoismo no ceja ni aun tratándose de un pequeño favor que te pido... No hay medio de divertirse un poco contigo... Nunca estás contento... Me contrarias en todo aquello que á mí me gusta... ¡Sin contar que, por tu culpa, hemos dejado de ver lo más hermoso, tal vez!...

Suspiró tristemente, añadiendo:

—¡He aquí un día perdido!... ¡No tengo ni pizca de suerte!...

Traté de defenderme y tranquilizarla...

—No, no...—insistió ella...—eso está muy mal... Tú no eres hombre... Y cuando estábamos con Annie ocurría lo mismo... Cuando se es tan bestia, no hay más que quedarse en casa... ¿Habrá necedad mayor?... Se sale de casa feliz y alegre... para distraerse bienamente, para exaltarse á sensaciones extraordinarias... y de

pronto se pone uno triste... y todo ha terminado... ¡No!... ¡no!... eso es necio... ¡necio!

Se cogió de mi brazo con mayor fuerza é hizo un mohín—un mohín de enfado y de ternura—tan seductor, que sentí correr por mis venas un estremecimiento de placer.

—Y yo que hago todo lo que tú quieres...—gimió ella...—¡yo que soy tu perrito!...

Y en seguida:

—Sin duda me crees mala... porque me divierto con cosas que te hacen palidecer y temblar... Me crees mala y sin corazón; ¿no es cierto?

Sin esperar mi respuesta, prosiguió:

—Pero yo también palidezco... yo también tiemblo... Sin eso no me divertiría... ¿Me crees, pues, mala?...

—No, no, mi querida Clara, no crees mala... Eres...

Me interrumpió vivamente y me tendió sus labios.

—No soy mala... No quiero que me creas mala... Soy una mujercita amable y curiosa... como todas las mujeres... ¡Y usted, usted no es más que un gallina!... Ya no le amo... Bese usted á su mamá, bese fuerte, más fuerte, más... No, ya no le amo, gurrumino mío... Sí, eso es... no pasa usted de gurrumino enamorado que no vale nada.

Gozosa y seria á la vez, sonriente y con el fruncimiento de cejas que le era peculiar, así en la ira como en la voluptuosidad, añadió:

—¡Y decir que no soy más que una mujer... una mujercita... delicada como una flor... tan delicada y frágil como un tallo de bambú... y que de los dos yo soy el hombre... y valgo más que diez hombres como tú!...

El deseo que excitaba en mí su cuerpo se mezcló con un sentimiento de viva compasión por su alma extraviada y loca.

Y ella añadió, poseída de desdén, las palabras siguientes, que con frecuencia salían de sus labios:

—¡Los hombres!... esos no conocen el amor ni saben lo que es la muerte, más hermosa aún que el amor... No saben nada... y están siempre tristes y lloran siempre... Y se desmayan sin motivo... por una nonada... ¡Puut!... ¡put!... ¡put!...

Cambiando de ideas, como un lepidóptero que va de flor en flor, de repente me preguntó:

—¿Es cierto todo lo que nos ha explicado, hace poco, ese tonel?

—¡Qué dice usted, querida Clara!... ¿Y qué le importa ese bellaco? ¿Qué interés tienen sus palabras? No hace mucho que el tal buen hombre nos decía que á veces veinte flores masculinas no bastan para el goce de una sola flor femenina... ¿Es verdad?

—Sí... sí...

—¿Es verdad?...

—Sin duda...

—¿No se burlaba de nosotros?... ¿Estás segura de ello?

—¿Habrás mentecato!... ¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué me miras de un modo tan singular?... ¡Si es la verdad!...

—¡Ah!...

Quedó pensativa... un punto, con los párpados cerrados... Su aliento era entrecortado, su pecho casi jadeaba... Y en voz muy baja profirió, reclinando la cabeza sobre mi pecho:

—Quisiera ser flor... ¡Quisiera... quisiera ser todo!...

—¡Clara!...—imploré...—mi dulce Clara...

La estreché entre mis brazos... la estreché contra mi corazón...

—Y tú... ¿no quieres?... Tú no querías... ¡Oh! tú prefieres ser toda tu vida un marica... ¡Arre allá, majadero!

Tras breve pausa, durante la que oímos crujir bajo nuestros pies la arena roja de la alameda, ella repuso con voz musical:

—Y quisiera también... cuando haya muerto... quisiera que depositasen en mi féretro perfumes muy fuertes... flores de talictro... é imágenes del pecado... bellas imágenes, ardientes y desnudas, como las que adornan los tapices de mi cuarto... O bien... quisiera... ser sepultada... sin túnica ni sudario, en las criptas del templo de Elefanta... en medio de esas extrañas bacantes de piedra... que se acarician y se desgarran... con una lascivia tan feroz... ¡Ah, querido mío... yo quisiera... quisiera estar muerta!...

Y bruscamente:

—Cuando está uno muerto... ¿los pies tocan la madera del féretro?

—¡Clara!—imploré...—¿Por qué hablas siempre de la muerte?... ¿Y quieres que no esté triste? Te suplico... que no me hagas enloquecer por completo... Desecha esas negras ideas que me atormentan... y volvamos á casa... Por piedad, vámonos, querida Clara.

Ella no atendió á mi súplica, y continuó en tono de melopea del que yo no podría decir... del que en verdad no podría decir si denotaba emoción, ó ironía, lágrimas nerviosas ó convulsivo reír.

—Cuando yo muera... si aún estás á mi lado... querido amigo... ¡óyeme bien!... pondrás, sí... pondrás un lindo cojín de seda entre mis pobres piecitos y la madera del ataúd... Y luego... matarás á mi hermoso perro de Laos... y lo colocarás, aun ensangrentado, sobre mí... como suele él hacerlo... ¿no sabes? con una pata en mi muslo y otra pata en mi seno... Y luego, largo rato... largo rato... me besarás en la boca... y en los cabellos... Y me dirás cosas... cosas tan lindas... que acarician y que abrasan... lo que me dices cuando me amas... ¿Lo harás, no es cierto?... ¿Me lo juras?... Bueno; no pongas cara de entierro... No es lo triste el morir... sino vivir cuando no se es dichoso... ¡Júrame; jura que lo harás!...

—¡Clara! ¡Clara!... te lo suplico... ¡calla!..

Me hallaba en el colmo de la agitación nerviosa... Una oleada de lágrimas brotó de mis ojos... No habría podido explicar la razón de esas lágrimas, que en vez de causarme dolor, aliviaron mi pecho... Clara se engañó al creer que yo las vertía por ella. No lloraba por ella ni por su pecado, ni por la lástima que ella me inspiraba, ni por su dolorosa evocación de la muerte... Quizá lloraba sólo por mí, por mi presencia en aquel jardín, aquel amor maldito por el cual todo lo que había en mí de arranques generosos, de deseos altivos, de ambiciones nuevas, se desvanecía al hálito impuro de los besos que me avergonzaban y que yo deseaba, al mismo tiempo... ¿Por qué engañarme á mí mismo?... ¡Lágrimas puramente físicas, lágrimas de debilidad, de fatiga y de fiebre, lágrimas de abatimiento ante un espectáculo demasiado horrible para mi sensibilidad, ante olores demasiado fuertes para mi olfato, ante el continuo sobresalto y el paso de la impotencia á la exasperación de mis deseos sensuales... lágrimas de mujer... lágrimas de nada!...

Segura de que yo lloraba por ella, ya muerta y tendida en su féretro, segura del dominio que ejercía sobre mí, Clara se volvió deliciosamente halagadora.

— ¡Pobre mancebo!... — suspiró... — ¡Lloras!... Pues bien: dime que aquel bufón panzudo parecía un chiquillo... Dímelo para darme gusto... y me callaré, y nunca más hablaré de la muerte... nunca más... ¡Vamos, dímelo en seguida... gorrinillo!...

Cobardemente, para terminar de una vez, accedí á su ruego, y ella, poseída de gozo, me rodeó el cuello con sus manos, y enjugándose los ojos, exclamó:

— ¡Ah, cuán amable eres!... ¡eres un amable bebé; un bebé delicioso, bien mío!... Y yo soy una torpe mujer... una mala mujercita... que te molesta sin cesar y que te hace derramar lágrimas... Y luego aquel hombre panzudo en un monstruo... y le detesto... Ni quiero que mates á mi hermoso perro de Laos... y yo no quiero morir... ¡Te adoro!... Y luego... todo esto... lo

he dicho en broma; ¿lo entiendes?... ¡No llores más!... ¡ah! ¡no llores más!... Sonríe, sonríe con tus ojos de mirar tan dulce, con tu boca que vierte palabras de miel... ¡tu boca! ¡tu boca! Y vamos más aprisa... Me gusta tanto andar aprisa, á tu lado...

Y su sombrilla, encima de nuestras cabezas juntas, revoloteaba, ligera, brillante y loca, como una mariposa.

VI

Nos acercábamos á la campana.

A derecha é izquierda, grandes flores rojas, grandes flores purpúreas, peonías de color de sangre, y en la sombra las enormes hojas umbeliformes de los petasites, los anturios, semejantes á pulpos sangrientos, parecían saludarnos irónicamente, mostrándonos el camino del tormento. Se veían allí también flores de matanza y de horror, tigridias que abrían sus gargantas mutiladas, dieltras con sus guirnaldas de corazoncillos, y también medrosas labiadas de pulpa dura, carnosa, de un matiz de mucosa, unos verdaderos labios humanos—los labios de Clara,—que vociferaban desde el ápice de los blandos tallos:

—Marchad, queridos míos... caminad más aprisa... Donde quiera que vayáis, hallaréis aún más dolores, más suplicios, más sangre que se derrama por el suelo... más cuerpos retorcidos, desgarrados, gimiendo en las planchas de hierro... mayor número de cuerpos que penden de la cuerda de la horca... mayor espanto y una confusión más infernal... Id, amores míos, id cogidos del brazo y besándoos en la boca. Y mirad á

través del follaje y los encañados... ved desarrollarse el infernal diorama y la diabólica fiesta de la muerte.

Toda estremecida, con los dientes apretados, con los ojos otra vez brillantes y crueles, Clara se había callado... Se había callado y mientras andaba, escuchaba la voz de las flores en la que reconocía su propia voz, su voz de los días terribles y de las noches homicidas, una voz de ferocidad, de voluptuosidad y á la vez de dolor y que, al par que de las simas de la tierra y de los abismos de la muerte, parecía venir de las simas aún más hondas y negras de su alma...

Un ruido estridente como el rechino de una polea cruzó el aire... Y luego se oyó una vibración más suave, más pura, parecida á la resonancia de una copa de cristal con la que, al caer la tarde, hubiesen rozado las alas de una falena. Entrábamos entonces en una vasta alameda sinuosa, rodeada de altas empalizadas que proyectaban en la arena sombría pequeños rombos de luz. Clara miró á través de los encañados y el follaje. A mi pesar, á despecho de mi sincera resolución de cerrar los ojos ante el espectáculo maldito, atraído por el raro imán del horror, vencido por el vértigo de las curiosidades abominables, también yo miré á través de las enredaderas y el encañado.

He aquí lo que vimos:

En la meseta de un otero de poca elevación y al que se llegaba por una pendiente suave adornada con árboles, había un redondel artísticamente arreglado por hábiles jardineros. Enorme, achaparrada, de bronce mate, con la lúgubre pátina roja del tiempo, la campana pendía del gancho de una polea colocada en el travesaño superior de una como guillotina de madera negra, y cuyos montantes presentaban inscripciones doradas y mascarones terribles. Cuatro hombres, desnudos hasta la cintura, con los músculos contraídos y la piel dilatada que marcaba las sinuosidades del cuerpo, tiraban de la cuerda de la polea y apenas podían, con sus esfuerzos rítmicamente combinados, mover, levantar la pe-

sada mole de metal que á cada sacudimiento exhalaba un sonido casi imperceptible, aquel sonido dulce, puro, quejumbroso que oyéramos poco antes, y cuyas vibraciones se difundían y espiraban entre las flores. El badajo, macizo como de hierro, tenía entonces un leve movimiento oscilatorio, pero no alcanzaba á las paredes sonoras cansadas de haber tañido la agonía del pobre diablo. Bajo la cúpula de la campana dos hombres también semidesnudos, con el tronco bañados en sudor, y que llevaban ceñidos á la cintura toneletes de lana parda, se inclinaban sobre algo que no veíamos... Y sus pechos de costillas salientes, y sus hundidos ijares palpitan como los de los caballos despeados.

Todo esto se distinguía vagamente, algo confuso, nebuloso, disipándose á veces por mil interposiciones raras y reconstituyéndose al punto en los intersticios del follaje y los rombos del encañado.

—Démonos prisa... Démonos prisa—exclamó Clara, que para andar más ligera cerró la sombrilla y arrezagóse con resuelto ademán hasta las rodillas.

La alameda serpenteaba constantemente, ora iluminada por el sol, ora sombría, y cambiaba á cada instante de aspecto mezclando al máximo de belleza floral el colmo del inexorable horror.

—Fíjate bien, querido mío—repuso Clara,—mira á todos lados... Hétenos en la parte más hermosa, en la parte más interesante del jardín... ¡Mira!... ¡Esas flores! ¡Oh, esas flores!

Y me designó raros vegetales que crecían en una parte del terreno, de la que brotaba agua por todas partes... Me acerqué... En los altos tallos escamosos y mosqueados de negro como pieles de serpientes, se balanceaban enormes espadas, á modo de cucuruchos muy dilatados, de un violeta obscuro y repulsivo en el interior, por fuera de un amarillo verdusco de descomposición, y parecidos á tórax abiertos de bestias muertas... Del fondo de esos embudos, salían largos

espádices sanguinolentos que afectaban la forma de monstruosos falos... Atraídas por el hedor á cadáver que esas horribles plantas despedían, las moscas volaban en torno en apretados enjambres, las moscas se abismaban en el fondo de la espata, tapizada de arriba abajo con sedas contráctiles que las enlazaban y las aprisionaban más fácilmente que telarañas... Y á lo largo de los tallos las hojas digitadas se crispaban, se torcían al modo de las manos de un atormentado.

—Ya ves, amor mío—decía Clara,—que esas flores no son engendros de un cerebro enfermo, de un genio delirante... es la naturaleza. ¡Cuando yo te digo que la naturaleza ama la muerte!...

—¡También la naturaleza ha creado los monstruos!

—¡Los monstruos!... ¡Sabe que no existen!... Lo que tú llamas monstruos son formas superiores á las que puedes concebir... ¿Por ventura los dioses no son monstruos?... ¿Y el hombre de genio no es un monstruo, lo mismo que el tigre y la araña, lo mismo que todos los individuos que viven fuera de la mentira social, en la esplendente y divina inmoralidad de las cosas?... ¡De este modo yo también seré un monstruo!

Nos hallábamos entre los encañados de bambú; por los que se extendían las madreselvas, jazmines fragantes, bigonias, malvas arborescentes, hibiscos trepadores sin flores todavía. Un menispermo abrazaba una columna de piedra con sus lianas innumerables. En el remate de la columna reía la cara de una deidad horrible, cuyas orejas se despleaban como las alas de un murciélago, y cuya cabellera se terminaba en cuernos de llama. Las incarvileas, las hemerocalis, las moreas, los delfinios nudicaules ocultaban la base que se hundía en medio de sus campanillas rosadas, sus tirsos escarlata, sus cálices de oro y sus estrellas purpúreas. Un bonzo mendigo, cubierto de úlceras y comido de parásitos, que parecía el guardián de aquel

edificio y que adiestraba en dar saltos mortales á mangostas del Turán, nos injurió al vernos...

—¡Perros... perros... perros!...

Tuvimos que arrojarle algunas monedas, á fin de que cesara en sus invectivas, que excedían de todo lo más obsceno y extravagante que puede concebirse.

—¡Le conozco!—dijo Clara.—Se parece á los sacerdotes de todas las religiones; quiere asustarnos para que le demos dinero... pero no es mal bicho.

De trecho en trecho, en los ángulos de la empalizada, que figuraban parterres de flores y de hierbas, las banquetas de madera, guarnecidas de cadenas y collares de bronce, las planchas de hierro en forma de cruz, los tajos, los grilletes, las máquinas de descuartizamiento automático, los potros cubiertos de hojas cortantes provistas de puntas de hierro, las cangas fijas, las picotas y las ruedas, las calderas y los faroles encima de los hornillos apagados, todos los utensilios é instrumentos de tortura estaban manchados de sangre, aquí seca y negruzca, allá viscosa y roja. Charcos de sangre aparecían en los espacios libres; largas lágrimas de sangre coagulada colgaban de los intersticios... Alrededor de estas máquinas la tierra estaba empapada en sangre... y la sangre roja profanaba la blancura de los jazmines, el verde claro de las pasionarias, y pedacitos de carne humana, arrancados por los azotes, se adherían á las puntas de los pétalos y de las hojas... Viendo que yo desfallecía y retrocedía intimidado á la vista de los charcos, que se extendían con dirección al centro de la alameda, Clara trató de confortarme con su dulce voz.

—No es nada, amor mío... ¡Avancemos!...

Pero avanzar era difícil. Las hierbas, los árboles, como la atmósfera y el sol, estaban plagados de moscas, de insectos ebrios, de coleópteros fieros y batalladores, de mosquitos hartos. Toda la fauna de los cadáveres se mostraba por miríadas á nuestro alrede-

dor, á la luz del sol... Larvas inmundas pululaban en los charcos rojos, caían de las ramas en blandos racimos... la arena parecía respirar, animarse, moverse toda por un impulso de vida vermicular. Ensordecidos, cegados, á cada punto nos deteníamos ante aquellos enjambres zumbadores, de cuya picadura mortal quería yo preservar á Clara... Y á veces nos invadía la sensación de que nuestros pies hundíanse en la tierra húmeda como si acabase de llover sangre...

—Nada temas—repetía Clara.—¡Avancemos!...

Y he aquí que se completó el drama y aparecieron semblantes humanos, brigadas de obreros que con paso indolente venían á limpiar y arreglar los instrumentos de tortura después de las ejecuciones cotidianas del jardín... Nos miraban asombrados, sin duda de encontrar en aquella hora y en aquel sitio á dos seres vivos todavía y que conservaban la cabeza, las piernas y los brazos... Más allá, en cuclillas en el suelo, en la postura de un figurón de vaso de porcelana, se hallaba un alfarero panzudo y humilde que barnizaba macetas recién cocidas; á su lado un cestero trenzaba con dedos tan hábiles como perezosos, juncos flexibles y pajas de arroz, ingeniosos abrigos para las plantas... Un jardinero afilaba en una piedra su injertador, canturreando aires populares, en tanto que una vieja mascaba hojas de betel y movía plácidamente su cabeza, limpiando una especie de quijadas de hierro en cuyos dientes se veían aún inmundas jifas humanas. También aparecieron allí niños que mataban á palos ratas con las que luego llenaban sus cestos, y en toda la extensión de las empalizadas, hambrientos y feroces, arrastrando el imperial esplendor de su manto por el ensangrentado lodo, pavos reales, manadas de pavos reales, picoteaban la sangre vertida en el cáliz de las flores y con veracidad de carnívoros engullían los colgajos de carne pegados á las hojas.

Un olor insípido á matadero, un olor que dominaba

los demás olores, nos revolvía el estómago y nos daba náuseas. La misma Clara, hada de los osarios, ángel de la podredumbre y la descomposición, había palidecido ligeramente. Gotas de sudor brillaban en sus sienas... La vi poner los ojos en blanco y vacilar sobre sus piernas.

—Tengo frío—dij

Me lanzó una mirada de verdadera angustia. Sus narices siempre dilatadas, cual velas hinchadas al soplo de la muerte, se habían recogido... Creí que iba á perder el conocimiento.

—¡Clara!—imploré.—Ya ve usted que es imposible... y que hay un límite de horror que ni usted misma puede rebasar...

Le tendí mis brazos... pero ella me rechazó, y, rebelándose contra el mal, con la indomable energía de sus delicados órganos:

—¿Está usted loco?—profirió.—¡Vámonos, querido mío! Más de prisa... vamos más de prisa.

Sin embargo, acercó el frasco de sales á la nariz y aspiró fuertemente. !

—Usted sí que ha palidecido... Y se tambalea como un borracho... Yo no estoy enferma... Me siento muy bien... y quisiera cantar...

Y, en efecto, cantó:

«Sus vestidos son jardines primaverales,
Y templos...»

Había confiado demasiado en sus fuerzas... y su voz se ahogó bruscamente en la garganta.

Pensé que había llegado la ocasión de convertirla... de conmovirla... de aterrorizarla tal vez... y vigorosamente la atraje hacia mí.

—¡Clara! ¡mi dulce Clara!... No hay que desconfiar de nuestras fuerzas... no hay que desconfiar de nuestra alma... ¡Volvámonos, te lo suplico!...

Pero ella protestó:

—No... no... déjame... no me hables... no es nada...
¡Soy tan feliz!

Y vivamente se desprendió de mis brazos.

—¿No ves?... Mis zapatos no tienen mancha alguna de sangre...

Y luego, enojada:

—¡Dios mío, cuán pesadas son estas moscas!... ¿Por qué habrá tantas moscas aquí?... Y estos horribles pavos reales... ¿por qué no haces que se callen?

Traté de echarles... Algunos se obstinaron en su festín sangriento; otros pesadamente alzaron el vuelo y lanzando gritos estridentes se posaron no lejos de nosotros, en lo alto de las cercas y en los árboles de donde pendían sus colas á manera de cascadas de telas recamadas de espléndidas joyas.

—¡Cochinas aves!—murmuró Clara.

Merced á las sales, cuyas emanaciones había aspirado largo rato, y merced especialmente á su enérgico propósito de no desfallecer, se había serenado, y su rostro ofreció otra vez su color róseo, en tanto que sus piernas se movían otra vez con elástica firmeza... Entonces cantó con voz segura:

«Sus vestidos son jardines primaverales,
»Y templos en los días de fiesta.
»Sus senos duros y turgentes
»Brillan como un par de copas doradas
»Llenas de licores embriagadores
»Y de penetrantes perfumes...
»Tengo tres amigas...»

Se detuvo un instante y volvió á cantar con voz más fuerte que dominaba el zumbido de los insectos:

«Los cabellos de la última están trenzados,
»Y arrollados á la cabeza,

»Y nunca se han impregnado de esencias.

»Su cara, que expresa lujuria, es deforme

»Y su cuerpo igual al del cochino...

»Todo en ella molesta y refunfuña...

»Sus pechos y su vientre huelen á pescado,

»Y su lecho está más sucio que el nido de la abú-
»billa.

»Esta es la que yo amo.

»Y la amo porque ofrece un atractivo más fuerte
»que el de la belleza: la divina podredumbre...

»¡La podredumbre en la que está el calor eterno da
»la vida.

»Y en la que se verifica la incesante renovación
»de las metamórfosis!...

»Tengo tres amigas...»

Y en tanto que cantaba, en tanto que su voz se perdía entre los horrores del jardín, apareció una nube muy alta, muy lejos... En la inmensidad del cielo era como una barquilla rosada y con velas de seda que aumentaban de tamaño por efecto de la distancia, y que avanzaba blandamente.

Cuando hubo terminado su canto, me dijo:

—¡Oh, qué nubecilla!... ¡Mira cuán linda es, toda rósea en el espacio azul!... ¿No la conoces? ¿No la has visto nunca?... Es una nubecilla inofensiva y que tal vez ni aun es nubecilla. Aparece diariamente á la misma hora, y viene de no se sabe dónde... Siempre sola, siempre de rosado color. Avanza... avanza... avanza... Y luego aparece menos densa, se deshace, se disemina, se disipa, se funde en el firmamento... ¡Se ha marchado!... ¡Y se ignora su procedencia y no se sabe á dónde va! Hay aquí astrónomos eminentes que creen se trate de un genio... Pero yo creo que es un alma en pena, una pobrecita alma extraviada como la mía...

Y añadió, hablando para sí:

—¿Y si fuera el alma de la pobrecita Annie?

Durante algunos minutos contempló la nube desconocida, que ya empezaba á palidecer y lentamente se desvanecía...

—¡Mira!... ya se funde, se funde... ¡Todo ha terminado!... ¡No hay nubecilla!... ¡Se ha marchado!...

Permaneció silenciosa y arrobada, con los ojos fijos en el cielo.

Soplaba una ligera brisa, que hacía estremecerse levemente á los árboles, y el sol se mostraba menos riguroso, menos implacable; su luz tomaba en el Occidente tonos cobrizos, tonos gris perla, de un matiz nacarado. Y las sombras de los kioscos, de los grandes árboles, de los Budhas de piedra se adelgazan en el fondo azul del césped.

VIII

Nos hallábamos cerca de la campana.

Interceptaban su vista altas y densas ramas de ce-rezo. La adivinamos por la mayor sombra entre las hojas, entre las flores, florecitas empenachadas, blancas y redondas, como margaritas.

Los pavos reales nos seguían á pocos metros de distancia, desvergonzados y discretos á la vez, tendiendo el cuello, desplegando sobre la arena roja su espléndida cola ocelada. Los había completamente blancos, de un blanco aterciopelado, y cuyo pecho estaba mosqueado de manchas sangrientas, y cuya cabeza cruel ostentaba ancho copete en figura de abanico, y cada una de cuyas delgadas plumas traía en la punta una gotita temblorosa de cristal rosado.

Planchas de hierro, caballetes erguidos y máquinas siniestras abundan allí. A la sombra de un taray gigante, distinguimos algo como sillón antiguo. En vez de brazos contorneados tenía una sierra y hojas de cortante acero; el asiento y el respaldo estaban compuestos de picas de hierro. De una de éstas colgaba

un pedazo de carne. Ligera y diestramente, Clara lo quitó con la punta de su sombrilla y lo echó á los voraces pavos que agitando sus alas se lanzaron sobre él y se lo disputaron á picotazos. Durante algunos minutos combatieron encarnizadamente, y la confusión y el chocar de las piedras preciosas resultaron tan maravillosos que, á pesar de mi repugnancia, no pude apartar mis ojos de aquel espectáculo. Posados en los árboles contiguos, varios lóforos, faisanes y gallos de pelea de Malasia, revestidos de corazas adamasquinadas, clavaban su vista en el reñidero, y, sollastres, aguardaban la hora del festín.

En la muralla de cerezos se divisó de pronto una brecha, una especie de arco de luz y de flores, y apareció allí, enorme y terrible, ante nosotros, la campana. Su pesada armadura, barnizada de negro, adornada con áureas inscripciones y con gárgolas rojas; parecíase al perfil de un templo y brillaba de un modo extraño á la luz del sol. Alrededor de ella la tierra, cubierta completamente de una capa de arena en la que se apagaba el ruido, estaba dentro del círculo de cerezos floridos, de densas flores que tapizaban con sus blancos ramilletes el tronco entero. En medio de ese redondel rojo y blanco, la campana tenía un aspecto siniestro. Semejaba en cierto modo un abismo en el aire, un abismo colgante que subía de la tierra al cielo, y del que no se veía el fondo sumergido en mundos de tinieblas.

Y en aquel instante comprendimos qué hacían los dos hombres inclinados bajo la cúpula de la campana y cuyos flacos troncos y cuyas caderas ceñidas de lana parda se habían ofrecido á nuestros ojos, desde que penetráramos en el jardín. Hallábanse inclinados sobre un cadáver al que quitaban sus ligaduras de cuerda, tiras de cuero por medio de las cuales le habían atado sólidamente. El cadáver, de color de arcilla amarillenta, estaba enteramente desnudo, y su

cara tocaba al suelo. Aparecía rígido, con los músculos contraídos y la piel llena de abolladuras á modo de tumores. Se conocía que el ajusticiado habíase esforzado en vano y largo tiempo por romper sus ligaduras y que, con el esfuerzo desesperado y continuo, la cuerda y el cuero habían penetrado paulatinamente en su carne donde formaban ahora protuberancias de sangre negra, de pus coagulado, de tejidos verdosos. Con un pie apoyado en el muerto y los brazos tirantes como cables, los dos hombres arrancaban los lazos llevándose trozos de carne... Y de su garganta salía un jaleo rítmico, que se terminaba en ronco silbido...

Nos acercamos más...

Los pavos reales se habían detenido. Aumentado su número con nuevas manadas, llenaban ahora la alameda circular y la abertura florida por la que no se atrevían á pasar... Oímos detrás de nosotros su rumor y su sordo pisoteo de multitud. Y era en efecto como una multitud que acude al umbral de un templo, una multitud compacta, paciente, callada, respetuosa y que, con el cuello tendido, los ojos extraviados y muy abiertos, desatinada y loca, mira realizarse un misterio que nadie puede comprender.

Nos acercamos más todavía.

—Mira, querido—me dijo,—cuán curioso y raro es todo esto... ¡y qué magnificencial... ¿En qué país se encuentra un espectáculo como éste? Una sala adornada como para un baile... y esta multitud esplendente de pavos reales que son los concurrentes, los comparsas, el público y la decoración de la fiesta... ¿No se diría que nos hallamos fuera de la vida en medio de las concepciones y las poesías de antiquísimas leyendas? ¿No estás maravillado?... ¡A mí me parece vivir en impercedero ensueño!

Faisanes de plumas brillantes, de largas colas fantásticas, volaban y se cruzaban sobre nuestras cabezas. Muchos se atrevían á posarse, de trecho en trecho, en el ápice de los tallos en flor.

Clara, que seguía todas las formas caprichosas y los colores de aquel mágico volar, repuso, tras un corto silencio agradable:

— ¡Confiesa, amor mío, que los chinos, tan despreciados de aquellos que no los conocen, son verdaderamente hombres admirables!... ¡Ningún otro pueblo ha sabido domar la naturaleza con tan hábiles esfuerzos!... ¡Qué artistas sin parl... ¡y qué poetas!... Contempla ese cadáver que encima de la arena roja tiene el aspecto de un viejo ídolo... Mírale bien... porque es extraordinario... Diríase que la campana suena á todo vuelo y que sus vibraciones han penetrado en este cuerpo como una materia dura y rebotante... que han levantado los músculos, hecho crujir las venas, torcido y triturado los huesos. ¡Un sencillo sonido, tan dulce al oído, tan deliciosamente musical, tan conmovedor, convirtiéndose en algo mil veces más terrible y doloroso que todos los instrumentos de suplicio juntos!... ¿No es ello desesperante? ¡Conseguir esa rareza admirable de que lo que hace llorar de éxtasis y de melancolía divina á las vírgenes amorosas que cruzan de noche la campiña, puede también provocar el dolor, dar la muerte en medio de los más crueles padecimientos, he ahí un rasgo de genio!... ¡Ah, qué maravilloso suplicio!... y tan discreto, ya que se realiza en las tinieblas... y cuyo horror, si se medita un poco en ello, no puede ser igualado por otro alguno... Por otra parte, hoy es tan raro como el suplicio de la caricia, y tienes la suerte de haberlo visto en tu primera visita á este jardín... Me aseguran que los chinos lo trajeron de Corea; donde es muy antiguo, muy antiguo, y se usa en la actualidad muy frecuentemente... Iremos, si quieres, á Corea... ¡Iremos allí, amor mío! Los coreanos son atormentadores de una ferocidad inimitable... y fabrican los más hermosos vasos del mundo... vasos de color blanco, excepcional, que parecen tener un baño— ¡ah! ¿cómo decirlo?—un baño de licor seminal...

Y luego, volviendo al cadáver:

—¡Querría saber quién es ese hombre!... Porque aquí se reserva el suplicio de la campana para los criminales de alto copete... los príncipes que conspiran... los altos funcionarios que han perdido el favor del Emperador... Es un suplicio aristocrático y casi glorioso...

Me cogió del brazo y lo sacudió con rudeza.

—Esto no te hace mella... te deja frío... y ni aun prestas atención á mis palabras... Fíjate bien... Esta campana que suena, que suena... ¡Qué sonido tan dulce!... Cuando se la oye de lejos nos da la idea de una mística Pascua... de una misa de alba... de bautismos... de casamientos... ¡Y es la muerte más terrorífica!... Parece increíble... ¿Qué dices?

Y como yo no le contestase:

—Sí... sí...—insistió.—¡Dime que es increíble! ¡Lo quiero!... ¡Sé complacientel!...

Ante mi obstinado silencio, ella se encolerizó.

—¡Qué grosero!—prosiguió.—¡Nunca serás amable para mí!... ¿Cómo hacerte sonreír?... ¡Ah, no quiero amarte más!... ¡No quiero nada contigo!... Esta noche dormirás solo, en el kiosco... Yo iré á buscar á mi pequeña Flor de melocotonero, que es más amable que tú y que conoce el amor mejor que vosotros los hombres...

Quise balbucear no sé qué...

—No, no... ¡déjeme usted!... ¡Todo ha terminado!... No quiero hablar más con usted... y siento en el alma no haber traído conmigo á Flor de melocotonero...

Su charla y su voz me exasperaban. Desde hacía un instante yo no veía siquiera su belleza. Sus ojos, sus labios, su nuca, su opulenta cabellera de oro, y aun los ardores de su deseo, y la lujuria de su pecado, todo me parecía vergonzoso en ella ahora. Y de su corpiño entreabierto, de la desnudez rósea de su seno, donde tantas veces yo había respirado y bebido la embriaguez de un perfume tan intenso, salía la exhalación

de una carne pútrida, de aquel montoncito de carne pútrida que constituía su alma... Muchas veces me sentí dispuesto á interrumpirla con un violento ultraje... á cerrarle la boca con mis manos... á retorcerle el cuello... Palpitaba en mí un odio tan salvaje contra aquella mujer, que, cogiéndole el brazo rudamente, grité con voz desesperada:

—¡Cállese usted!... ¡Ah, cállese! ¡no me hable más, no más!... ¡Porque quisiera matarla!... ¡Debiera matar á usted y echarla al muladar!... ¡Mujer maldita!...

No obstante mi exaltación, tuve miedo de mis propias palabras... Mas para acentuarlas en grado sumo, para hacer que el insulto fuera definitivo, irremediable, magullé su brazo entre mis manos irritadas:

—¡Maldita!... ¡maldita!... ¡maldita!...

Ella ni aun retrocedió un paso, ni sus párpados se movieron... Me mostró su garganta, me ofreció su pecho... Su rostro se iluminó con gozo radiante é inconcebible... Lentamente, con naturalidad, con una dulzura infinita, dijo:

—Pues bien: mátame, amigo mío... ¡Quisiera morir á tus manos, mi querido corazoncito!...

Fué un relámpago de protesta en la larga y dolorosa pasividad de mi sumisión... Se extinguió apenas encendido... Avergonzado de la exclamación insultante é indigna que acababa de proferir, solté el brazo de Clara... y todo mi furor, debido á la excitación nerviosa, se transformó de pronto en abatimiento.

—¡Ah! ¿no ves?...—profirió Clara, que no quiso aprovecharse más de mi vergonzosa derrota y de su fácil triunfo...—¡Ni aún te has atrevido á ese acto tan hermoso!... ¡Pobre niño!...

Y como si nada hubiera sucedido, volvió su mirada apasionada al horrible drama de la campana...

Durante nuestro breve altercado los dos hombres se habían detenido. Parecían extenuados. Flacos, jadeantes, mostrando sus costillas bajo la piel, descar-

nados los muslos, ya no tenían nada de humano... Manaba el sudor como de un canalón por la punta de sus bigotes y sus caderas latían como las de bestias feroces acosadas por los perros...

Pero al punto apareció un vigilante, látigo en mano. Vociferaba palabras de ira y con toda su fuerza, repetidas veces, descargó su látigo en las huesudas espaldas de los dos miserables, que aullando reanudaron su trabajo...

Asustados por el chasquido del látigo, los pavos reales lanzaron fuertes gritos y agitaron sus alas. Produjose en ellos el tumulto de la huída... el torbellino de la confusión, el pánico de la derrota... Y luego, tranquilizándose poco á poco, volvieron, uno por uno, pareja tras pareja, á su sitio debajo de la arcada de flores, hinchando aún más su soberbio cuello y lanzando miradas más feroces á la escena de muerte... Los faisanes, que volaban aún, rojos, amarillos, azules, verdes, por encima del blanco circo, bordaban con seda luminosa y cubrían con una decoración cambiante y magnífica la esplendente bóveda del cielo.

Clara llamó al vigilante y trabó con él, en chino, breve coloquio que ella misma me resumía, á medida que iba oyendo las respuestas.

—Estos dos pelagatos son los que tocaban la campana... ¡Cuarenta y dos horas sin beber, sin comer, sin reposo alguno!... ¿Lo creerás? ¿Cómo no se han muerto también?... Ya sé que los chinos valen más que nosotros y que resisten de un modo extraordinario á la fatiga y al dolor físico... Así he querido ver cuánto tiempo puede un chino trabajar sin alimentarse... ¡Doce días, querido mío! ¡no se muere hasta que han transcurrido doce días!... ¡Parece increíble!... Cierto que el trabajo que yo les impuse no podía compararse con éste... Yo les mandaba cavar la tierra bajo el sol...

Había olvidado sus injurias, su voz volvía á ser amorosa y acariciadora como en los días en que me

explicaba un hermoso cuento de amor... Y continuó de este modo:

—No puedes imaginar, alma mía, los esfuerzos violentos, continuos, sobrehumanos, que se requieren para mover la campana y darle con el badajo... Muchos campaneros, aun los más fuertes, sucumben á esta tarea... ¡Una vena rota... una lesión de la cadera... y ya está! ¡Caen repentinamente muertos sobre la campana!... ¡Y los que no perecen en el acto atrapan una dolencia incurable!... ¡Mira como por el roce de la cuerda se hinchan y ensangrientan sus manos!... ¡Con todo, parecen que también son ellos condenados!... ¡Mueren matando y un suplicio equivale al otro!... No le hace... debemos mostrarnos compasivos con esos miserables... y cuando se marche el vigilante les darás algunos tael... ¿verdad?

¡Y pensando nuevamente en el cadáver:

—¿No sabes?... ahora le conozco... es un notable banquero de la ciudad... era muy rico y robaba á todo el mundo... Pero no fué este el motivo de su condena. El vigilante mismo no lo sabe... se dice que estaba vendido á los japoneses... Siempre hay que inventar un pretexto...

Apenas hubo ella pronunciado estas palabras, oímos como sordos lamentos, ahogados sollozos... Venían de la pared blanca situada frente á nosotros y por la cual lentamente caían á la arena roja los pétalos desprendidos del árbol... ¡Lluvia de lágrimas y de flores!

—Es la familia—explicó Clara.—Según costumbre, está ahí, aguardando á que le entreguen el cuerpo del ajusticiado...

En aquel instante los dos hombres extenuados, que por un prodigio de voluntad se sostenían aún en pie, dieron vuelta al cadáver. Clara y yo lanzamos simultáneamente el mismo grito. Y abrazándose á mí y arañándose la espalda con sus uñas:

—¡Oh!... ¡querido mío!... ¡querido!... ¡querido!

Con esta expresión Clara expresaba siempre la intensidad de su emoción en los momentos de terror ó de ansia amorosa.

Y miramos el cadáver y, con igual movimiento de estupor, tendimos el cuello hacia el cadáver, sin poder separar la vista de él.

En su cara convulsa y cuyos músculos contraídos marcaban espantosas muecas y horribles ángulos, la boca torcida descubría las encías y los dientes, parodiaba una risa espantosa de loco, una risa que la muerte había helado y, por decirlo así, cincelado en todas las arrugas de la piel. Los ojos, medrosamente abiertos, clavaban en nosotros una mirada que no miraba ya, pero en la que la expresión de horrorosa locura persistía, una mirada tan prodigiosamente fisgona, de tal paroxismo de locura, que jamás me fué dado, en las mazmorras de las cárceles, sorprenderla en los ojos de un sér viviente.

Y al observar en el cuerpo todas aquellas dislocaduras musculares, todas aquellas desviaciones de los tendones, todos aquellos huesos salientes, y en la cara aquel reir de la boca, la demencia de los ojos que sobrevivían á la muerte, comprendí cuán dolorosa y extremadamente superior á los demás tormentos debía haber sido la agonía del desdichado tendido con sus ligaduras bajo la campana. Ni el cuchillo que descuartiza, ni el hierro candente que abrasa, ni las cuñas que rompen las articulaciones y hienden los huesos al modo de trozos de madera, ni la tenaza que arranca la carne viva, podían causar mayor daño en los órganos del cuerpo ó llenar de mayor espanto el cerebro que aquel inmaterial é invisible sonido de la campana; convertido en instrumento de todos los suplicios, cebándose á la vez en las partes sensibles é incorpóreas de un individuo y ejerciendo el oficio de cien verdugos juntos...

Los dos improvisados campaneros habían empezado

otra vez á tirar de la cuerda, y de su boca salían nuevos ronquidos y sus costados latían más de prisa. Pero faltábales la fuerza, que manaba de sus cuerpos en arroyos de sudor. Apenas si podían ahora permanecer en pie, y tender con sus dedos rígidos y anquilosados las tiras de cuero...

—¡Perros!—aulló el vigilante.

Un latigazo les hirió sin que ellos sintieran ni aun el dolor. Parecía que sus nervios relajados careciesen de toda sensibilidad. Sus rodillas doblábanse y temblaban cada vez más, chocando entre sí. Lo que quedaba de músculos bajo la piel lastimada se contraía en movimientos titánicos... De pronto uno de ellos, completamente rendido, soltó las ligaduras, lanzó un breve gemido ronco, y extendiendo los brazos hacia delante, cayó junto al cadáver, de cara al suelo, lanzando por la boca una oleada de sangre negra.

—¡De piel... ¡cobarde!... ¡de pie, canalla!...—gritó el vigilante.

Cuatro veces silbó el látigo y chasqueó en las espaldas de aquel hombre... Los faisanes, posados en los tallos floridos, huyeron con rápido y ruidoso aleteo. Oímos también el rumor de los pavos reales asustados, que estaban detrás de nosotros... Pero el condenado no se levantó... Ya no movía y la mancha de sangre se ensanchaba en la arena... ¡Estaba muerto!...

Entonces me llevó á Clara que aún hundía en mi piel los dedos afilados... Yo debía de estar muy pálido, y andaba á tropezones como un borracho...

—¡Es demasiado!... ¡demasiado!...—gritaba yo sin cesar.

Y Clara, que me seguía dócilmente, decía:

—¡Ah! ¿no le ves, amor mío?... ¡ya lo sabía yo!... ¿te he engañado?...

Nos fuimos á una alameda que conducía al estanque central, y los pavos reales, que hasta entonces nos habían seguido, se separaron de nosotros con gran

ruido y se esparcieron por los bosquecillos y el césped del jardín.

Aquella alameda, muy ancha, estaba cercada por grandes árboles muertos, altísimos tamarindos, cuyas gruesas ramas exfoliadas se entrelazaban formando singulares arabescos bajo el cielo. Había en cada tronco una cavidad. La mayor parte se hallaban vacías, y algunas encerraban cuerpos de hombres y de mujeres violentamente doblados y sometidos á horribles y obscenos suplicios. Delante de las cavidades ocupadas se hallaba de pie uno á modo de grave escribano, vestido de negro, con un tintero atado al vientre y un libro registro en la mano.

—Esta es la alameda de los procesados—dijome Clara.—Y esos que ves ahí de pie, son los encargados de recoger la confesión que un prolongado padecimiento puede arrancar á los desgraciados... Rara vez confiesan... Prefieren morir de este modo á la larga agonía en las jaulas del presidio y á la muerte en otros suplicios... Comunmente el tribunal no abusa, salvo en lo que toca á crímenes políticos, de la prisión preventiva... Se juzga en masa, por hornadas, al tun tun... Por lo demás, ya ves que los acusados no son numerosos y que la mayor parte de las hornacinas están vacías... Pero no por ello deja de ser ingeniosa la idea. Creo que procede de la mitología griega. Se trata de una horrible transposición de la encantadora fábula de las hamadriadas, cautivas de los árboles.

Clara se acercó á un tamarindo en el que agonizaba una mujer, joven todavía. Estaba suspendida, por las muñecas, de un gancho de hierro y las muñecas estaban comprimidas por un cepo. Una cuerda áspera, trenzada con filamentos de coco, cubierta de pimienta pulverizada y de mostaza, y empapada en una solución salina, se enroscaba alrededor de los dos brazos.

—Se deja esa cuerda—se sirvió decir mi amiga,— hasta que los miembros se han hinchado el cuádruplo de su tamaño natural... Entonces la quitan y las úlce-

ras por ella producidas suelen degenerar en llagas purulentas. A menudo el paciente se muere, pero no cura jamás...

—¿Y si el acusado resulta inocente?—pregunté.

—¡Ahí verás!—profirió Clara.

Otra mujer, en la cavidad de otro árbol, con las piernas abiertas, ó más bien, descoyundadas, mostraba el cuello y los brazos metidos en collares de hierro... Sus párpados, sus narices, sus labios, sus órganos sexuales estaban espolvoreados de pimienta roja y dos tuercas le oprimían los pezones... No lejos de allí, un hombre colgaba de una cuerda que le pasaba por los sobacos; una enorme piedra pesaba sobre sus espaldas y se oía el crujido de las articulaciones... Otro ajusticiado se encorvaba, mantenido en equilibrio por un alambre que enlazaba el cuello con los dedos gordos de los pies, y puesto como en cuclillas mostraba piedras puntiagudas y cortantes entre las corvas... Las cavidades de los troncos estaban vacías... Sólo de trecho en trecho un hombre atado, un crucificado, un ahorcado, cuyos ojos se habían cerrado y que parecía dormir, que estaba muerto quizá... Clara no decía nada, no me explicaba nada... Prestaba oídos al pesado vuelo de los buitres, que encima de las ramas entrelazadas aleteaban, y al graznido lejano de los cuervos, cuyas bandadas innumerables obscurecían el cielo.

La lúgubre alameda de los tamarindos terminaba en una amplia terraza cubierta de peonías y por la cual bajamos al estanque.



Los lirios sobresalían del agua con sus largos tallos que ostentaban flores extraordinarias, de pétalos coloreados como los antiguos vasos de asperón; preciosos esmaltes violáceos con reflejos de sangre; púrpuras siniestras, azules teñidos de ocre anaranjado, negros de terciopelo con manchas de azufre... Algunos, grandes y retorcidos, semejaban caracteres cabalísticos... Las ninfeas y los nelumbios descogían sobre el agua dorada sus grandes flores abiertas que se me antojaron cabezas cortadas y flotantes... Permanecimos algunos minutos apoyados en la balaustrada del puente, mirando el agua, silenciosamente... Una carpa descomunal, de la que sólo se veía el hocico de oro, dormía debajo de una hoja, y entre los juncos y las macetas se deslizaban los ciprinos, semejantes á pensamientos rojos en el cerebro de una mujer.

X

Y he aquí que terminó el día.

El cielo se tornó purpúreo, cruzado por anchas fajas de esmeralda, de admirable transparencia. Es la hora en que las flores adquieren un brillo misterioso, una radiación intensa y tenue á la vez... Por todas partes llamean como si, de noche, devolvieran á la atmósfera toda la luz, todo el sol de que se impregnan durante el día... Las alamedas de almazarrón parecen, en medio de los verdes céspedes, aquí cintas de fuego, allá oleadas de lava incandescente. Los pájaros se callan en las ramas; los insectos han dejado de zumbar y se mueren al dormirse. Unicamente los nocturnos lepidópteros y los murciélagos empiezan á moverse en el aire. Del cielo al árbol, del árbol al suelo, en todas partes reina completo silencio. Y lo siento penetrar en mi corazón y helarme como si me abrazase la muerte.

Una bandada de grullas baja despacio por la pendiente de césped y viene á posarse frente á nosotros, alrededor del estanque. Oigo el roce de sus patas en la

alta hierba y el chasquido breve de sus picos. Y luego, sosteniéndose en una sola pata, inmóviles, con la cabeza bajo el ala, parecen aves de bronce. Y la carpa de hocico de oro que dormía debajo de una hoja de nelumbio, vira en el agua, se hunde, desaparece, formando en la superficie anchas ondas que agitan con muelle balanceo los cálices cerrados de los nenúfares, y van ensanchándose entre los montones de lirios cuyas diabólicas flores, raramente sencillas, inscriben en la magia de la noche signos fatídicos, olvidados en el libro del destino...

Una enorme aroidea dilata á flor de agua el cucurrucho de su flor verdosa salpicada de manchas grises; y nos envía un fuerte olor á cadáver. Largo espacio las moscas zumban en torno del osario de su cáliz...

Apoyado en la balaustrada del puente, con el ceño fruncido y los ojos fijos, Clara mira el agua... Un reflejo del sol poniente dora su nuca... Su cuerpo está fatigado y su boca es más delgada. Está pensativa y, muy triste. Parece contemplar el agua, pero su mirada va más lejos y es más profunda que el agua; alcanza tal vez á una cosa más impenetrable y más negra que el fondo del líquido; alcanza quizá á su alma, penetra en el abismo de su alma, que, en el remolino de llamas y de sangre, hueña las flores monstruosas de su deseo... ¿Qué mira?... ¿En qué piensa?... No lo sé... Tal vez no mira nada... tal vez no piensa en nada... Un poco fatigada, rotos los nervios, lastimada por los latigazos de sus pecados, se calla... A menos que, por un supremo esfuerzo de su cerebro, no reuna todos sus recuerdos y todas las imágenes de este día de horror, para formar con ellos un ramillete de flores rojas... En verdad, no lo sé...

Ya no me atrevo á dirigirle la palabra. Me da miedo y me turba en lo más íntimo del corazón por su inmovilidad y por su silencio. ¿Existe realmente?... Me lo pregunto no sin temor... ¿No habrá nacido de

mi licencia y de mi fiebre?... ¿No sera uno de esos trasgos que vemos sólo en una pesadilla?... ¿una idea de crimen suscitada por la lujuria en la imaginación; de esos enfermos á quienes llamamos asesinos y locos?... ¿No será mi alma que ha salido de mí mismo, á pesar mío, y se materializa en figura de pecado?

Pero no... Yo la toco. Mi mano ha reconocido la realidad admirable, la viviente realidad de su cuerpo... A través de la delgada y sedosa tela que la cubre, su piel ha quemado mis dedos... Y Clara no se ha estremecido á mi contacto; no se ha extasiado como otras veces con el ardor de mis caricias... La deseo y la odio... Quisiera cogerla con mis brazos y estrecharla hasta ahogarla y romperle los huesos y beber la muerte—su muerte—en sus venas abiertas... Y por eso grito con voz alternativamente sumisa y amenazadora:

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

Clara no responde, no se mueve... Mira aún el agua que se obscurece cada vez más; pero creo en verdad que no mira nada, ni el agua, ni el reflejo encarnado del cielo en las aguas; ni á las flores, ni á sí misma... Entonces me separo un poco para no verla ni tocarla más, y me vuelvo hacia el sol que desaparece, hacia el sol del que no quedan en el cielo más que efimeros resplandores que, lentamente, se fundirán, extinguiéndose en la noche...

La sombra cubre el jardín, arrastra sus velos azules, cada vez más ligeros, por el desnudo césped y por los bosquecillos. Las flores blancas de los cerezos y los melocotoneros de un blanco lunar, tienen matices fugitivos, errantes, matices raramente fantásticos. Y las horcas y las picotas enderezan sus columnas siniestras, sus negras armaduras, en el cielo oriental, de color de acero azulado.

¡Qué horror!... Encima de un bosquecillo, en la purpúrea luz expirante de la tarde, veo girar y girar, girar alrededor de los rollos, girar lentamente, girar

en el vacío y oscilar como flores gigantes cuyos tallos son visibles por la noche, veo girar, girar los negros espectros de cinco ajusticiados.

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

Pero mi voz no llega á sus oídos... Clara no responde, no se mueve, no se vuelve... Permanece inclinada sobre el agua, encima del abismo del agua. Y como ya no me oye, no oye tampoco las quejas, los gritos, el estertor de aquellos que mueren en el jardín.

Me siento abatido en extremo, como por la inmensa fatiga después de andar y andar, á través de los bosques apestados, á la orilla de los lagos mortales... y me siento invadido por un descorazonamiento, que ya no podré ahuyentar de mí... Al mismo tiempo mi cerebro me pesa, me molesta... Diríase que un anillo de hierro oprime mis sienes y que mi cráneo va á estallar.

Y entonces poco á poco mi pensamiento huye del jardín, de los círculos de tortura, de las agonias bajo la campana, de los árboles atormentados por el dolor, de las flores sangrientas y devoradoras... Quisiera apartarse de ese sarcófago, penetrar en la luz pura, llamar, en suma, á la puerta de la vida... ¡Ay! la puerta de la vida no se abre más que á la muerte, no se abre más que ante los palacios y los jardines de la muerte... Y el universo aparece como un inmenso, como un inexorable Jardín de los Suplicios... Por todas partes sangre, y allí donde hay mayor vida, doquiera, horribles atormentadores que rasgan las carnes, asierran los huesos y os arrancan la piel, con siniestra cara de alegría...

¡Oh, sí! ¡el Jardín de los Suplicios!... Las pasiones, los apetitos, los intereses, el odio, la mentira y las leyes, y las instituciones sociales, y la justicia, el amor; la gloria, el heroísmo, las religiones son sus monstruosas flores y los espantosos instrumentos del eterno dolor humano... Lo que hoy he visto y oído existe y grita y aúlla fuera de ese jardín, que en mi juicio no

es más que un símbolo en la tierra... En vano busco una tregua en el crimen, un alto en la muerte; no los encuentro en parte alguna.

Quisiera sí, quisiera tranquilizarme, limpiar mi alma y mi cerebro de los recuerdos antiguos, del recuerdo de los semblantes conocidos y familiares... Llamo en mi ayuda á Europa y sus civilizaciones hipócritas, y á París, mi París del placer y la risa... Pero sólo veo la jeta de Eugenio Mortain sobre los hombros del grueso y parlanchín verdugo que al pie de la horca, entre las flores, limpiaba sus escalpelos y sus sierras... Veo los ojos, la boca, las lacias y colgantes mejillas de la señora G... acercarse al potro... y sus manos violadoras que tocan, acarician las mandíbulas de hierro, atiborradas de carne humana... á todos aquellos á quienes he amado ó creído amar, almas mezquinas, indiferentes y frívolas, sobre las que aparece al presente la imborrable mancha roja... Y á los jueces, los soldados, los sacerdotes que, en todas partes, en la iglesia, en el cuartel, en los palacios de justicia se obstinan en la obra de muerte... ¡Y al hombre, al individuo, al hombre-multitud, el bruto, la planta, el elemento, toda la naturaleza, en fin, que, impulsada por la fuerza cósmica del amor, se lanza al asesinato, creyendo poder saciar fuera de la vida el furioso deseo de vivir que les devora y que brota de ellos como chorro de sucia espuma!

Hace poco me preguntaba quién sería Clara y si realmente existe... ¿Que si existe?... ¡Pero si Clara es la vida, la presencia real de la vida, de la vida entera!...

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

No me responde, no se mueve, no vuelve el rostro... Un vapor denso, azul y plata, sube de los céspedes, del estanque, rodea los grupos de árboles, ahuma los maderos del suplicio... ¡Y paréceme que un olor á sangre, que un olor á cadáver sube con él, perfume que

invisibles incensarios, agitados por manos invisibles; ofrecen á la gloria inmortal de la muerte, á la gloria inmortal de Clara!

En el otro extremo del estanque, detrás de mí, un geco empieza á dar la hora... Otro geco le responde... y luego otro... y otro... á intervalos regulares... Son como campanas que se llaman y hablan cantando, campanas festivas de timbre extraordinariamente puro, de sonoridad cristalina y suave, tan suave, que disipa como por encanto las figuras de pesadilla que abundan en el jardín, y que presta solemnidad al silencio, y á la noche el encanto de un apacible ensueño... Esas notas tan claras, tan inefablemente claras, evocan en mí mil y mil paisajes nocturnos en que mis pulmones respiran, en que mi pensamiento se enaltece... A poco me he olvidado de que estoy junto á Clara y de que, á mi alrededor, el sol y las flores aspiran sangre, y véome solo, en la noche argentada, vagando por los mágicos arrozales de Annam...

—¡Entremos!—dice Clara.

Esa voz breve y agresiva me llama á la realidad... Clara está delante de mí... Las piernas cruzadas se dibujan debajo de su traje... Se apoya en el puño de su sombrilla... Y en la penumbra sus labios brillan como, en un espacioso aposento cerrado, un leve resplandor velado por rosada pantalla...

Y como no la sigo, añade:

—¡Venga usted!... ¡Le espero!

Quiero cogerla del brazo... Ella se resiste.

—No... no... ¡Vamos uno al lado del otro!...

Insisto en mi pretensión.

—Debe usted hallarse fatigada, querida Clara... Usted...

—¡No, no... de ningún modo!

—De aquí al río hay gran trecho... ¡Tome usted mi brazo, se lo ruego!

—No... gracias. Cállese... ¡oh! ¡cállese usted!

—Clara... ¡no es usted la misma!...

—Si es usted caballero, cálese!... ¡No quiero que me hablen á esta hora!...

Su voz es áspera, incisiva, imperiosa... Echamos á andar... Atravesamos el puente, ella delante, yo detrás, perdiéndonos luego en las pequeñas alamedas que serpentean á través del césped. Clara anda con paso brusco, por sacudidas, penosamente... Y la invulnerable belleza de su cuerpo es tal, que estos esfuerzos no destruyen su línea harmoniosa, flexible y opulenta... Sus caderas conservan una ondulación divinamente voluptuosa... Y aun en los momentos en que su espíritu no sueña con el amor, ama todavía... Todas las formas, toda la embriaguez, todos los ardores del amor animan, ó, por decirlo así, cincelan aquel cuerpo predestinado... No hay en ella ni una actitud, ni un ademán, ni un estremecimiento, ni un vuelo de su cabellera que no pregone el amor, que no respire amor, que no revele amor y más amor en torno suyo y sobre todos los seres y sobre todas las cosas. La arena de la alameda cruje bajo sus piecitos y oigo ese ruido como un clamor de deseo y como un beso... y distingo claramente este nombre que suena en el crujido de los cadalsos, en el estertor de la agonía y que llena con su exquisita y fúnebre obsesión el crepúsculo entero.

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

Para oirlo mejor, el geco ha callado... Todo calla.



Precioso es el crepúsculo, de una suavidad infinita... de una dulzura acariciadora que embriaga. Caminamos entre perfumes... Rozamos flores maravillosas tanto más maravillosas cuanto menos visibles, que se inclinan y nos saludan á nuestro paso como hadas misteriosas. Nada queda ya del horror del jardín; únicamente su belleza persiste y se estremece y se exalta al compás de la noche que cierra, más deliciosa cada vez.

He recobrado la calma... Paréceme que mi fiebre ha desaparecido... Mis miembros se han tornado ligeros; más elásticos, más fuertes... A medida que ando, mi fatiga se disipa y siento rugir en mí un violento deseo de amor... Me he acercado á Clara y camino á su lado... cerca de ella... abrazado por ella... Pero Clara no tiene su rostro de pecadora como cuando mordiscaba la flor de talictro y manchaba sus labios apasionadamente con el amargo polen... La expresión glacial de su rostro desmiente los ardores lascivos de su cuerpo... Por lo menos, parece que la lujuria que fermentaba en ella; prestando tan raro esplendor á sus ojos y crispando su boca se ha desvanecido y no fulgura ya ni en sus ojos ni en su boca, desde que han desaparecido las sangrientas escenas de los suplicios del jardín

Le preguntó con voz temblorosa;

—¿Está usted enfadada, Clara?... ¿Me detesta usted?

Ella me contestó con voz irritada:

—¡No!... ¡no!... ¡no se trata de eso, amigo mío!... Ruego á usted que se calle... no puede usted imaginar cuánto me molesta su voz.

—¡Sí, sí, veo que usted me aborrece!... ¡Esto es horrible!... Me dan ganas de llorar...

—¡Dios mío, qué pesado es usted!... ¡Calle y llore, si quiere, pero cálese!

Al pasar de nuevo frente al sitio en que nos habíamos detenido para hablar con el viejo sayón, dije, pensando que con mi pesadez estúpida podría arrancar una sonrisa á los muertos labios de Clara:

—¿Te acuerdas, amor mío, de aquel hipopótamo?... ¡Qué asqueroso estaba con su túnica cubierta de sangre y sus dedos rojos!... Y sus teorías respecto al instinto genésico de las flores... ¿Te acuerdas? Dijó que á veces no bastan veinte flores masculinas para el goce de una femenina...

Clara no se dignó contestar más que encogiéndose de hombros.

Entonces, acometido de un deseo grosero, me incliné torpemente hacia Clara, traté de abrazarla y brutalmente llevé la mano á su seno.

—Quiero gozar de ti... aquí... ¿lo oyes?... en este jardín, en este silencio, al pie de esta horca...

Mi voz es anhelante, una baba innoble sale de mi boca, y con esta baba salen palabras abominables, ¡las palabras que tanto le gustan á ella!...

De un codazo, Clara se sustrae á mi torpe pretensión y me dice con voz en que vibran la cólera, la ironía y también el cansancio y el tedio:

—¡Dios mío, qué pesado y grotesco es usted, mi pobre amigo! ¡Necio cabrón! Déjeme... Dentro de poco, si quiere, podrá satisfacer sus deseos con prostitutas... ¡Es usted muy ridículo!

¡Ridículo, comprendo que lo soy!... Tomo el partido de estarme quieto... No quiero trubar más su silencio, como una piedra turba el silencio de un lago en que duermen los cisnes ' la argentea luz de la luna.

X

La sampana, iluminada por faroles rojos, nos esperaba en el embarcadero del presidio. Una china de semblante rudo, vestida con una blusa y un pantalón de seda negra, con los brazos desnudos, cargados de gruesas pulseras de oro y adornadas las orejas con anchos aretes de oro, sostenía la amarra. Clara saltó á la embarcación. La seguí.

—¿A dónde quieren ustedes que les lleve?—preguntó la china en inglés.

Clara contestó con voz entrecortada, en que se notaba un ligero temblor:

—Donde quieras... no importa dónde... por el río... Ya lo sabes...

Noté entonces que estaba muy pálida, con las alas de la nariz estremecidas, el rostro fatigado, la mirada vaga que expresaba dolor... La china movió la cabeza de un lado á otro.

—Sí, sí... ya sé—dijo.

Sus labios estaban comidos por el betel y su mirada

era de una dureza bestial. Como mascunase palabras que no comprendí:

—¡Ea, Ki-Pai!—ordenó Clara en tono breve—¡cállate!... ¡Haz lo que te digo!... Además, las puertas de la ciudad están cerradas...

—Las del jardín están abiertas...

—Haz lo que te mando.

Soltando la amarra con brioso esfuerzo, la china empuñó la espadilla y la manejó con ágil destreza... Y nos deslizamos por el agua.

La noche era apacible. Respirábamos el aire tibio, extremadamente ligero. El agua cantaba en la proa de la sampana... Y el río ofrecía el aspecto de una gran fiesta.

En la margen opuesta, á nuestra derecha y á nuestra izquierda, los faroles multicolores alumbraban las velas y los puentes de los buques... Un extraño rumor—gritos, cantos, músicas—venía de allí, como de una alegre multitud... El agua era negra, de un negro mate y aterciopelado con resplandores mortecinos y sin otros reflejos vivos que los quebrados reflejos, rojos y verdes, de los faroles de las sampanas, que en aquella hora cruzaban el río en todos sentidos. Y tras una faja sombría, en el cielo obscuro, surgía, allá lejos, de entre los negros árboles, la ciudad, con sus casas escalonadas que se encendían como un inmenso brasero rojo; como una montaña de fuego.

A medida que nos separábamos del presidio, percibíamos menos bien sus altos muros, desde cuyas atalayas los faros giratorios proyectaban sobre el río y la campiña triángulos de luz deslumbrante.

Clara se había guarecido debajo del baldaquino que convertía á la barca en muelle tocador, tendido de seda y que convidaba al amor... Violentos perfumes ardían en antiquísimo vaso de hierro labrado, representación candorosamente sintética del elefante, cuyas cuatro patas bárbaras y macizas descansaban en delicada red de rosas. En los tapices estampas voluptuo-

sas, escenas atrevidamente lascivas, de un arte raro, sabio y magnífico. El friso del pabellón, precioso trabajo de madera coloreada, reproducía exactamente un fragmento de aquella decoración del templo subterráneo de Elefanta, á la que los arqueólogos, conocedores de la tradición bramínica, llaman púdicamente «Unión de la Corneja...» Un ancho y mullido colchón de seda bordada ocupaba el centro de la embarcación, y del techo se hallaba colgado un farol de transparentes fálcos, una linterna parcialmente velada por orquídeas y que derramaba en el interior de la sampana una semiclaridad misteriosa de santuario ó de alcoba.

Clara se tendió en los cojines. Se hallaba muy pálida y su cuerpo temblaba, agitado por una convulsión nerviosa. Quise tomarle las manos... Estaban materialmente heladas.

—¡Clara!... ¡Clara!—supliqué,—¿qué tiene usted?... ¿padece mucho?... Hábleme...

Me respondió con voz ronca, con voz que salía penosamente del fondo de su garganta contraída:

—Déjeme usted en paz... No me toque... no me diga nada... Estoy enferma...

Su palidez, sus labios exangües y su voz parecida al estertor de la agonía me dieron miedo... Creí que iba á morir... Azorado, llamé en mi auxilio á la china:

—¡Pronto!... ¡pronto! ¡Clara se muere! ¡Clara se muere!

Pero Ki-Pai, levantando la cortina y mostrando su faz de bruja, se encogió de hombros y exclamó brutalemente:

—No es nada... Siempre le ocurre lo mismo... siempre que vuelve de allí.

Y hablando entre dientes volvió á su remo

Bajo el nervioso impulso de Ki-Pai, la barca se deslizó más de prisa por el río. Nos cruzamos con sampanas parecidas á la nuestra y de cuyos camarines

salían cantos, ruido de besos, risas, rugidos de amor que se mezclaban con el chapoteo de los remos y con sonoridades lejanas y amortiguadas de tam tams y de gongos... A no tardar llegamos á la orilla opuesta, después de pasar entre pontones negros y desiertos, pontones alumbrados y llenos de gente, madrigueras plebeyas, casas de té para los faquines, barcos de flores para los marineros y la chusma del puerto. Apenas si por los tragaluces y por las ventanas pude ver—visiones rápidas—caras empolvadas, bailes lúbricos, una saturnal producida por el opio...

Clara permanecía insensible á cuanto ocurría á su alrededor en la barca y en el río. Tenía el rostro pegado á un almohadón, que de cuando en cuando mordiscaba... Traté de hacerle oler mi pomo de esencias. Tres veces apartó el pomo con ademán de fatiga. Con la garganta desnuda, con los pechos turgentes que rompían casi la tela del cuerpo del vestido, rígidas y vibrantes las piernas como unas cuerdas de viola, respiraba pensativamente... No sabía yo qué hacer ni qué decir. Estaba inclinado sobre ella, con el alma angustiada, llena de incertidumbre y de turbios pensamientos... A fin de asegurarme de que tal estado era producto de una crisis pasajera y que no se había roto ningún resorte de la vida, le tomé las muñecas... Entre mis manos sentía el latir rápido y ligero de su pulso, parecido al del corazón de un pájaro ó de un niño... De vez en cuando un profundo suspiro se escapaba de su boca, un profundo y doloroso suspiro que conmovía las rosadas sinuosidades de su pecho... Y en voz baja, temblorosa, muy suave, dije:

— ¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

No me veía ni me oía, con la cabeza oculta en el cojín. Se le había caído el sombrero y sus cabellos de oro rojo tenían, á los reflejos del farol, matices de caoba vieja, y sus dos piececillos, calzados de cuero claro, mostraban aquí y allá, manchas de barro sargento.

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

No se oía más que el murmullo del agua y de músicas lejanas y, entre los cortinajes, allá abajo, se divisaba la montaña incendiada de la ciudad terrible, y más cerca, reflejos rojos, verdes, los reflejos ondulantes y vivos, parecidos á agujas luminosas, que se hundían en las oscuras aguas.

Un choque de la barca... Un llamamiento de la china... Y atracamos á una amplia terraza, la terraza iluminada, resonante de músicas y risas, de un barco de flores

Ki-Pai amarró la barca junto á una escalera que hundía en el agua sus últimos peldaños rojos. Dos enormes faroles redondos brillaban en lo alto de los dos mástiles, en cuyo extremo flameaban amarillas banderolas.

—¿Dónde estamos?—pregunté.

--Donde querían ustedes que se les condujese—contestó Ki-Pai en tono brusco.—Donde ella pasa la noche cada vez que vuelve del jardín...

Se me ocurrió:

—¿No valiera más llevarla á casa en el estado en que se halla?...

—Siempre está así, después de visitar el presidio... Además, la ciudad está cerrada, y para ir al palacio por los jardines, hay gran trecho... y muy peligroso.

Y añadió con acento de desprecio:

—Aquí está muy bien... Ya la conocen.

Me resigné.

—Ayúdame—dije.—Y no seas severa con ella.

Con infinitas precauciones levantamos á Clara, que no oponía resistencia, como si estuviese muerta, y la sostuvimos, haciéndola salir de la barca y subir la

escalinata. Clara estaba helada... Su cabeza se inclinaba hacia atrás; sus cabellos, desatados, envolvían en ondas de oro sus hombros. Asiéndose con mano desfallecida al cuello de Ki-Pai, lanzaba sentidas quejas, palabras inarticuladas, como un niño... Yo, jadeante bajo el peso de mi amiga, gemía:

—¡Con tal que no muera, Dios mío!... ¡Con tal que no muera!

Ki-Pai replicó ferozmente:

—¡Morir!... ¡Ella!... ¡Ya, ya!... No es el padecimiento el que atormenta su cuerpo, sino la lascivia...



En lo alto de la escalera nos recibieron dos mujeres con los ojos pintados, y cuya desnudez se advertía á través de vaporosos encajes. Tenían adornos obscenos en el pelo, brazaletes en las muñecas, sortijas en los dedos; y de su piel, frotada con esencias preciosas, se exhalaban perfumes de jardín.

Una de ellas batió palmas alegremente y dijo:

—Es nuestra amiguita... Ya te dijo que vendría, pobre cilla... Viene siempre... ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Llévemola á la cama!

Designaba con la mano una especie de colchón arriado al tabique. Allí acostamos á Clara.

No se movía... Bajo sus párpados, espantosamente abiertos, sólo se veía el blanco de los ojos... Entonces la chinita de pintados ojos se inclinó hacia ella y con voz deliciosamente rítmica, como si cantara una canción, dijo:

—Amiguita, amiguita de mi corazón y de mi alma... qué hermosa estás así... Eres bella como una joven muerta... Vivirás, amiguita de mis labios, bajo mis caricias y al perfume de mi boca.

Le humedeció las sienes con un licor precioso y aproximó á su nariz un pomo de esencias.

—Sí, sí, alma mía... estás desmayada... no me oyés... No sientes la suavidad de mis dedos, pero tu corazón late, late, late... Y el amor galopa por tus venas como un potro... el amor salta por tus venas como un tigre joven...

Se volvió hacia mí.

—No hay que entristecerse... siempre está desmayada cuando viene aquí... Dentro de algunos minutos lanzaremos gritos de alegría sobre su cuerpo dichoso y acariciador.

Yo estaba allí inerte, silencioso, con los miembros pesados, de plomo, con el pecho oprimido como en una pesadilla... Había perdido la noción de la realidad... Cuanto veía—imágenes truncadas que salían del río y se hundían para reaparecer en seguida, con deformaciones fantásticas—me horrorizaba... El amplio mirador rodeado de tinieblas, con sus balaustres rojos, sus finas columnitas que soportaban el techo, sus guirnaldas de faroles que alternaban con guirnaldas de flores, rebosada de una multitud parlera, bulliciosa, extraordinariamente animada. Cien miradas se fijaban en nosotros, cien bocas arreboladas murmuraban palabras que no comprendí, pero que pronunciaban á menudo el nombre de Clara:

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...



Cuerpos desnudos, cuerpos entrelazados, cuerpos tatuados, cargados de brazaletes y ajoyas de oro, vientres y pechos prominentes, ondulaban y se movían bajo gasas ligerísimas. Y entre esos cuerpos, alrededor de eso, encima de todo eso, gritos, risas, cantos, sonidos de flauta, olores de té, de maderas preciosas, aromas penetrantes de opio, alientos perfumados...

Embriaguez de ensueños, de libertinaje, de suplicios; de crimen; hubiérase dicho que todas aquellas bocas y vientres y pechos y manos, que todos aquellos cuerpos vivientes iban á lanzarse sobre Clara, para gozar de su carne muerta...

Yo no podía hacer un ademán, ni pronunciar una palabra... Cerca de mí, una china, joven y linda, casi una niña, tocaba con sus manos objetos extrañamente obscenos, impúdicos marfiles, falos de goma rosada, libros iluminados en que estaban reproducidas por el pincel las mil imágenes complicadas del amor...

—¡Amor!... ¡Amor!... ¡Amor!... ¿Quién quiere amor?... ¡Tengo amor para todo el mundo!...

Yo me incliné hacia Clara...

—Es preciso llevarla á mi casa—dijo la china de pintados ojos.

Dos hombres robustos levantaron el colchón en el que reposaba Clara... Maquinalmente les seguí...

Guiados por la cortesana, penetraron en un amplio corredor, suntuoso como un templo. A derecha é izquierda había puertas que daban acceso á grandes cuartos adornados con flores y plantas, alumbrados por lámparas rosadas envueltas en muselina... Animales simbólicos, exhibiendo sexos enormes y terribles, divinidades hermafroditas prostituyéndose á sí mismas, ó cabalgando sobre monstruos en celo, estaban junto á esas puertas. Y perfumes exquisitos ardían en preciosos vasos de bronce...

Un cortinaje de pesada seda bordada de flores se apartó, y aparecieron dos cabezas de mujeres por la abertura...

Una de ellas preguntó al pasar:

—¿Quién ha muerto?

Y le contestó la otra:

—No... no ha muerto nadie... Es la mujer del Jardín de los Suplicios...

Y el nombre de Clara, murmurado de cuarto en cuarto, de cama en cama, llenó bien pronto todo el barco de flores como una maravillosa obscenidad. Hasta me pareció que los monstruos de metal lo repetían en su espasmo, lo aullaban en su lujuria sangrienta:

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

Vi á un joven tendido en una cama. La lamparilla de una pipa de opio ardía al alcance de su mano. Había en sus ojos dilatados como un éxtasis doloroso... Ante él, boca con boca, vientre con vientre, mujeres desnudas se compenetraban una en otra, bailaban las danzas sagradas, en tanto que, en cuclillas detrás de los biombos, los músicos soplaban en sus flautas cortas. Más lejos, otras mujeres, sentadas formando círculos ó tendidas en el suelo, en posturas obscenas, mostraban sus rostros impregnados de una lujuria más triste que los rostros de los ajusticiados. Ante cada

habitación, á medida que avanzábamos, se oían estertores, gritos ahogados, clamores de lujuria; se advertían ademanes de lujuria; cuerpos retorcidos por convulsiones, toda una voluptuosidad que se estremecía y clamaba bajo el latigazo de un onanismo bárbaro... Vi, en la puerta de una habitación, un grupo bronceado cuyas solas líneas me estremecieron de horror... Un pulpo enlazaba con sus tentáculos el cuerpo de una virgen, en tanto que sus ventosas ardientes y formidables aspiraban el amor, todo el amor, en la boca, en los pechos, en el vientre.

Creí hallarme en una cámara de tormento y no en una casa de alegría y de amor.

La multitud era tan grande en el corredor, que tuvimos que detenernos unos momentos delante de la puerta de una sala, la más amplia de todas, diferente de las demás por su decoración y su alumbrado, de un rojo siniestro... De pronto no vi más que un grupo de mujeres que se entregaban á unos bailes desenfrenados, á posesiones demoniacas alrededor de una especie de Idolo, cuyo bronce macizo antiguo se elevaba hasta el techo. Luego el Idolo se destacó con mayor precisión y vi que era el Idolo terrible, llamado el Idolo de los Siete Falos... Tres cabezas armadas de cuernos rojos, cubiertas de cabelleras de llamas retorcidas, coronaban un solo torso, ó mejor, un solo vientre que se unía á un pilar faliforme. Alrededor de ese pilar, en el sitio preciso en que terminaba el vientre monstruoso, se erguían siete miembros viriles, á los que las mujeres, bailando, ofrecían flores y prodigaban furiosas caricias. La luz roja que iluminaba la estancia daba á las bolas de azabache, que servían de ojos al Idolo, una vida diabólica... En el momento en que continuábamos nuestra marcha, asistí á un espectáculo del que no puedo expresar el infernal carácter. Gritando, aullando, siete mujeres se precipitaron de repente sobre los siete falos de bronce. El Idolo, enlazado, cabalgado.

violado por toda aquella carne delirante, vibró bajo las multiplicadas sacudidas de aquellas posesiones y de aquellos besos que resonaban parecidos á golpes de ariete contra las puertas de hierro de una ciudad sitiada. Entonces estalló alrededor del Idolo un clamor de demencia, un grito de voluptuosidad salvaje, y los cuerpos se estrecharon con frenesí como en un combate, el cual recordaba la matanza de aquellos condenados que se disputaban, en sus jaulas de hierro, los trozos de carne de Clara... Comprendí en un segundo que la locura del amor puede igualar el horror de las mayores atrocidades humanas, y dar idea verdadera del infierno, del espanto del infierno...

Y me pareció que aquellos sonidos, aquellas voces anhelantes, aquel estertor, aquellos mordiscos y el Idolo mismo proferían para expresar, para eructar su furor inútil y el suplicio de su impotencia, una palabra... ¡una sola palabra!

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...



Cuando hubimos salido del cuarto dejando á Clara desvanecida en la cama, volví en mi acuerdo, advertí el sitio en que me hallaba y me di cuenta de mi situación. Aquellos cantos, aquella licencia, aquellos sacrificios, aquellos molestos perfumes, aquel impuro contacto que manchaban el alma dormida de mi amiga me inspiraban, no sólo horror, sino también indecible vergüenza... Me costó trabajo alejar á las mujeres, curiosas y burlonas, que nos habían seguido, del lecho y del cuarto de Clara, en el que quise quedarme solo... Conmigo estaba Ki-Pai, que, no obstante su aire severo y sus rudas palabras, demostraba grande afecto á su señora y le prodigaba dulces cuidados.

El pulso de Clara latía con la misma regularidad tranquilizadora que si la joven hubiese gozado de perfecta salud. La vida no había dejado de alentar en aquel cuerpo que parecía muerto para siempre. Y Ki-Pai y yo esperábamos llenos de ansiedad en su resurrección...

De pronto, ella exhaló un quejido; los músculos de su rostro se crisparon y leves sacudidas nerviosas agitaron su seno, sus brazos y sus piernas. Ki-Pai dijo: —Ahora viene la crisis terrible. Hay que sujetarla

vigorosamente y cuidar de que no se arañe el rostro ni se arranque los cabellos á zarpazos.

Creí que ella podría oirme y que, sabiendo que yo estaba allí, á su lado, la crisis anunciada por Ki-Pai menguaría algún tanto... Murmuré á su oído, tratando de poner en mis palabras todas las caricias de mi corazón y también toda la piedad—¡ah, sí!—toda la piedad que existe en la tierra...

—¡Clara! Clara... soy yo... Oyeme, escucha...

Pero Ki-Pai me cerró la boca.

—¡Cállese!—me dijo imperiosamente...—¿Cómo quiere usted que nos oiga?... Está en poder de los malos genios...

Entonces Clara empezó á moverse... Todos sus músculos se estiraron de un modo horrible, crujieron sus articulaciones como las juntas de un buque abandonado durante la tempestad... Una expresión de intolerable dolor, tanto más terrible cuanto que era silencioso, invadió su faz crispada y parecida á la de los ajusticiados, bajo la campana del jardín. De sus ojos, medio ocultos bajo los párpados movibles, no se veía más que una tenue raya blanquecina... Asomaba á sus labios un poco de espuma... Y todo estremecido gemí:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿es posible?... ¿que va á suceder?...

Ki-Pai me dijo:

—¡Sujétela usted!... dejándole libre el cuerpo... porque hay que permitir á los demonios salgan de su cuerpo...

(Y añadió:

—Esto termina... Pronto se echará á llorar...

Le sujetábamos las muñecas para impedir que se arañase el rostro. Y tenía una fuerza de presión tal, que creí iba á triturarnos las manos... En la postrer convulsión su cuerpo se enroscó y sus talones tocaron á la nuca. Su piel dilatada vibraba... Luego, poco á poco, cedió la crisis... Los músculos se aflojaron, vol-

vieron á su sitio, y cayó rendida en la cama, llenos de lágrimas los ojos...

Durante algunos minutos lloró... lloró... Brotaban de sus ojos, sin cesar, lágrimas silenciosas, brotaban como de una fuente...

—¡Ya está!—dijo Ki-Pai.—Puede usted hablarle...

Su blanda mano, al presente, quemaba las mías. Sus ojos, aún extraviados, trataban de darse cuenta de los objetos y formas situados á su alrededor. Parecía despertar de un letargo, penoso sueño...

—¡Clara!... ¡mi dulce Clara!...—murmuré.

Largo espacio me contempló con mirada triste y velada, á través de sus lágrimas.

—Tú...—profirió.—Tú... ¡ah, sí!...

Y su voz era un débil lamento...

—¡Soy yo! ¡soy yo!... ¡Clara, heme aquí!... ¿Me reconoces?

Hipaba menos y exhaló breve sollozo... y luego tartamudeó:

—¡Oh, querido mío!... ¡querido!... ¡pobre querido mío!...

Apoyó su cabeza en mi hombro y rogó:

—No te muevas... estoy bien así... Así soy pura... toda blanca... más blanca que una anémona...

Le pregunté si aún padecía.

—¡No, no!... ya no padezco... Y soy feliz á tu lado, tan pequeña... á tu lado... pequeña y blanca como una de esas menudas golondrinas de los cuentos chinos... ya sabes... esas golondrinas...

Ella sólo pronunciaba—apenas las pronunciaba—breves palabras... palabras de cándida pureza... ¡De sus labios no más brotaban florecitas, pajarillos, pequeñas fuentes, estrellitas... y almas, y alas, y cosas del cielo, del cielo!

Y de vez en cuando interrumpía su piar, me estrechaba la mano fuertemente, apoyaba su cabeza en mi pecho, y me decía con fogoso acento:

—¡Oh, querido mío!... ¡jamás, lo juro!... Jamás... jamás... jamás...



Ki-Pai se había retirado al fondo del cuarto. Y en voz baja entonaba una canción, una de esas canciones que adormecen el sueño de los niños en la cuna.

—Jamás... jamás...—repetía Clara con voz lenta, que se confundía con la canción, cada vez más lenta también, de Ki-Pai.

Y se durmió con la cabeza reclinada en mi pecho, y con tranquilo sueño, luminoso y lejano, profundo, como un grande y apacible lago en que se refleja la luna de noche estival.

Ki-Pai se levantó despacio, sin ruido

—Me voy—dijo,—me voy á dormir en mi sampa-na... Mañana, al despuntar el día, la conducirá usted al palacio... Y vuelta á empezar... ¡Ah, no habrá más que empezar de nuevo!...

—No digas esto, Ki-Pai—imploré.—Mírala dormir en mi pecho, mírala dormir con puro y tranquilo sueño, reclinada en mi pecho.

La china movió la fea cabeza, y murmuró triste-

mente, con acento en que la misericordia vencía á la repugnancia:

—La veo dormir, y no obstante... Dentro de ocho días os conduciré á los dos, como esta tarde, al río y volveréis al jardín... ¡Y por espacio de ocho años les guiaré de igual modo por el río, dado que usted no se haya marchado y yo no me haya muerto!

Tras corta pausa, prosiguió:

—Y si yo muero, otra conducirá á usted y mi señora al jardín. Y si se marcha usted, otro acompañará á mi señora por el río... ¡Y nada habrá cambiado!...

—Ki-Pai... Ki-Pai... ¿por qué me hablas así?... Lo repito: mira cómo duermo... ¡No sabes lo que te dices!...

—¡Chis!—profirió ella, llevando su índice á la boca.

—No hable usted tan fuerte... No se mueva usted tanto... No la despierte usted... ¡Por lo menos, cuando duermo, no hace daño á los demás ni se daña á sí misma!...

Andando con precaución, de puntillas, como una enfermera, se dirigió hacia la puerta y la abrió...

—Márchese usted... ¡Márchese!

Era la voz de Ki-Pai imperiosa en medio de las voces zumbadoras de las mujeres...

Y vi ojos pintados, rostros llenos de colorete, bocas rojas, senos tatuados, bocas pegadas á los senos... y oí gritos, estertores, rumor de danzas, sonidos de flautas, resonancias de metal y un nombre que corría, palpitaba de labio en labio y conmovía como un espasmo el barco de flores entero:

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

La puerta se cerró y se apagaron los ruidos y desaparecieron los semblantes.

Halléme solo en el cuarto, donde ardían dos lámparas, veladas por crespón rosa... sólo con Clara que dormía y de vez en cuando repetía en su delirio, como un niño que sueña:

—¡Jamás!... ¡Jamás!...

Y como un mentís á tales palabras, un bronce que yo aún no había visto, una especie de mico de bronce, acurrucado en un rincón del cuarto, tendió á Clara con befa su monstruoso priapo.

¡Ah, si ella no pudiese despertar jamás... jamás!...

—¡Clara!... ¡Clara!... ¡Clara!...

(Clos Saint-Blaise. París 1898-1899.)

FIN

OBRAS DE VENTA

EN LA

Casa Editorial Maucci

La guerra Ruso-Japonesa. — Port-Arthur

⑦ Por *Hesibo Tikotara*.—Un tomo.—

La guerra Ruso-Japonesa. — Del Yalú á Mukden

⑧ ⑨ Por *Augusto Riera*.—Un tomo.—

La guerra Ruso-Japonesa. — De Mukden á la Paz

⑩ ⑪ Por *Augusto Riera*.—Un tomo.—

Los tres Mosqueteros Por *Alejandro Dumas* (padre).
Dos tomos.—

Veinte años después Por *Alejandro Dumas* (padre).
Dos tomos.—

El vizconde de Bragelone Por *Alejandro Dumas*
(padre).—Seis tomos.

⑫ ⑬ ⑭ ⑮ ⑯ ⑰

⑱ ⑲ ⑳ ㉑ ㉒ ㉓

Viaje al Polo Sur Por *Otto Nordenskjöld*.—Dos tomos

Lejos del terruño Por *Anibal Latino*.—Un tomo.—

⑳ ㉑ ㉒

㉓ ㉔ ㉕

El Buen Mozo Por *Guy de Maupassant*. Dos tomos.

La señorita Perla Por el mismo autor.—

La criada de la granja Por el mismo autor.—

Berta Por el mismo autor.—Un tomo:

Bajo el sol de Africa Por el mismo autor.—

El testamento Por el mismo autor.—

La loca Por el mismo autor.—

El abandonado Por el mismo autor.—

Miss Harriet Por el mismo autor.—

Inútil belleza Por el mismo autor.—

El suicidio del cura Por el mismo autor.—

Nami-ko Por *Kenjiro Tokutomi*.—Novela de cos tumbres japonesas. (Segunda edición no tablemente corregida).—Un tomo ilustrado.

El amo del mar Por el *Vizconde E. M. de Vogüé*.—

Los Raros Por *Ruben Dario*.—Un tomo ilustrado con retratos.

La Reina del Mercado Por *Carolina Invernizio*.—Dos tomos.

Amor triunfante Por la misma autora.—(Segunda parte de *La Reina del Mercado*).—Un tomo.
② ② ② ② ③ ③ ③ ③ ③ ③

Corazón de obrero Por *Carolina Invernizio*:—Dos tomos. ①

La pecadora Por la misma autora.—Un tomo: ② ② ②

Al borde del abismo Por *Carolina Invernizio*.—Un tomo: ② ③ ③ ③

Lazo funesto (Segunda parte de *Al borde del abismo*). Por la misma autora
② ② ② ② ② Un tomo: ② ② ② ② ②

Aventurera Por la misma autora.—Dos tomos ② ② ②

Heroísmo de una mujer (Continuación de «Aventurera»). Por la misma autora.
② ② ② ② ② Un tomo: ② ② ② ② ②

Cadena eterna Por *Carolina Invernizio*.—Cuatro tomos:

1.º *La boda trágica.*

2.º *La hija del cementerio.*

② ② ② ② ②

3.º *Hija sin padres.*

4.º *El triunfo de la in ocencia*

② ② ② ② ②

La baraúnda Por *Jerónimo Rovetta*.—Dos tomos:

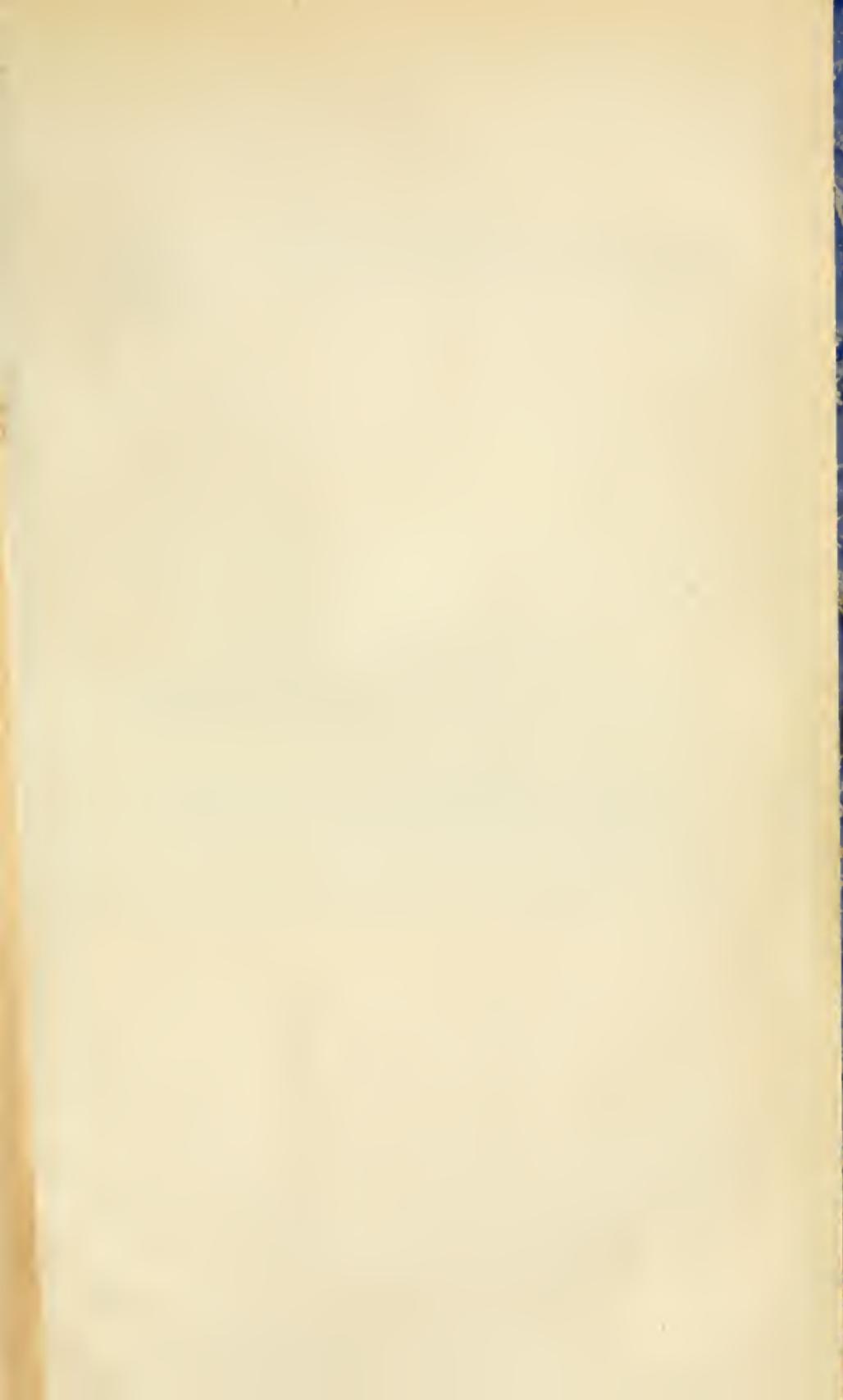
—
I

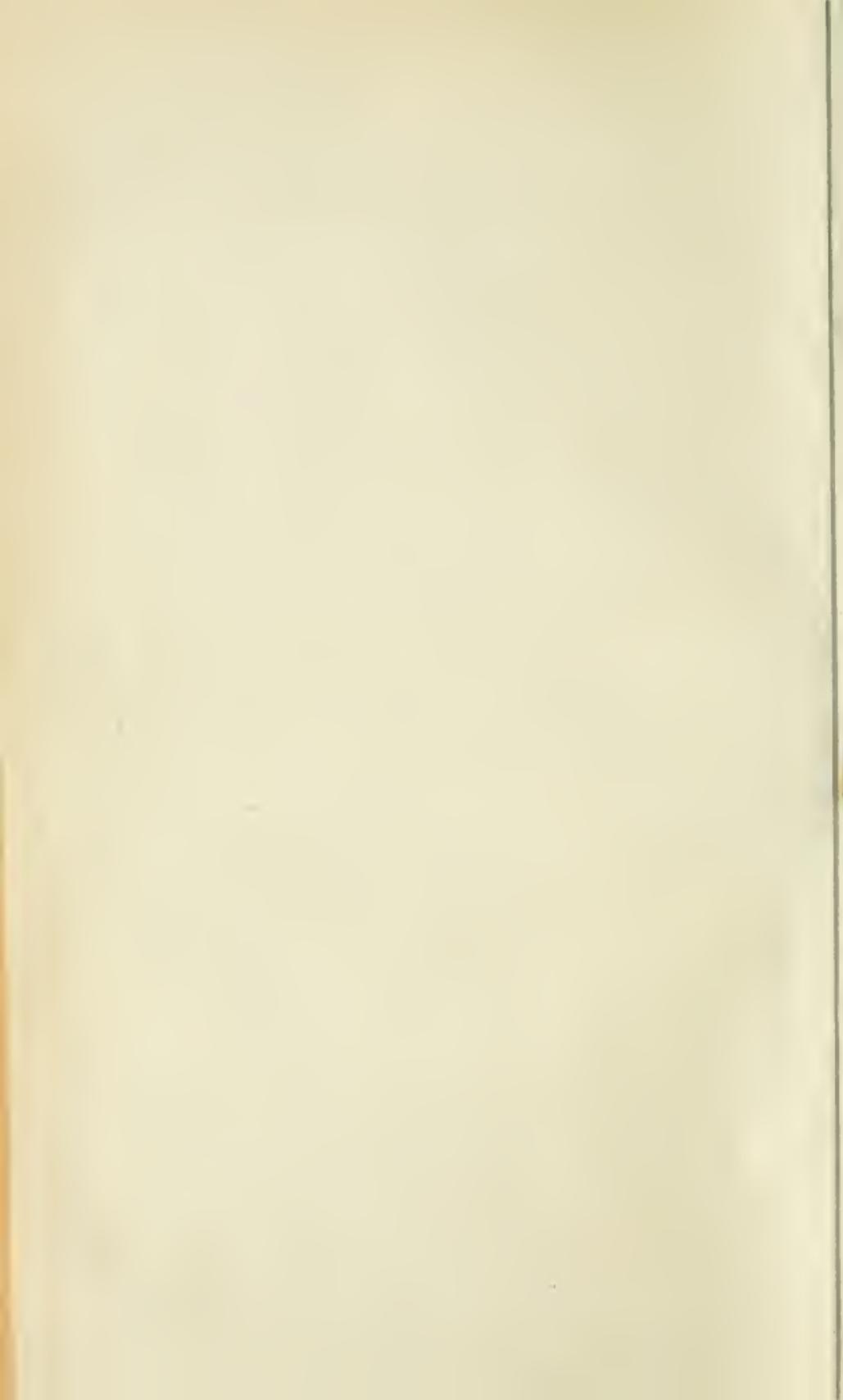
—
I

—
EI

—
N
tab

—
EI





PQ Mirbeau, Octave
2364 El jardín de los suplicios
M7J318

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

